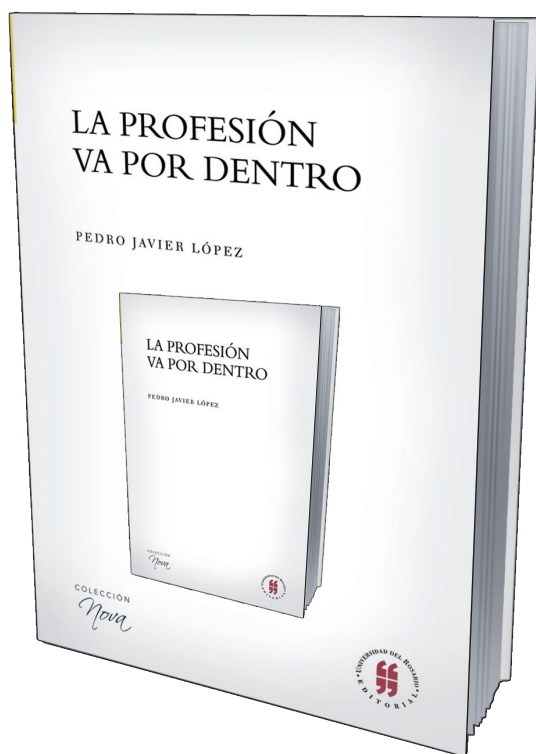


LA PROFESIÓN VA POR DENTRO

PEDRO JAVIER LÓPEZ



COLECCIÓN
Nova





UR

La profesión va por dentro

La profesión va por dentro

Pedro Javier López

López, Pedro Javier
La profesión va por dentro. — Facultad de Jurisprudencia, Universidad Colegio
Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2010.
290 p. (Colección Nova).

ISBN: 978-958-738-130-6

Abogados – Aspectos Sociales – Relatos Personales / Derecho Como Profesión – Relatos
Personales / Derecho Y Sociedad / I. Título. / II. Serie.

340.23 SCDD 20



© 2010 Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,
Facultad de Jurisprudencia
© 2010 Editorial Universidad del Rosario
© 2010 Pedro Javier López
© José Manuel Restrepo, por la presentación

ISBN: 978-958-738-130-6

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo
escrito de la Editorial Universidad del Rosario

Primera edición: Bogotá D.C., agosto de 2010
Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario
Corrección de estilo: Leonardo Holguín Rincón
Diseño de cubierta: José Osorio Villa
Diagramación: Precolombi EU-Ángel David Reyes Durán
El título de la obra procede de la entrevista a Alfonso Sánchez Bauté
Impresión: pendiente
Editorial Universidad del Rosario
Cra. 7 N° 13-41, of. 501. Tel. 297 0200 ext. 7724
www.editorial.urosario.edu.co

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Contenido

Presentación	11
<i>José Manuel Restrepo Abondano</i>	
Unas preguntas sobre este trabajo	17
Martha Senn	29
Juan Carlos Iragorri.....	55
Felipe Zuleta Lleras.....	85
María Isabel Rueda	115
Luis Fernando Pradilla	147
Álvaro Castaño Castillo	167
Alonso Sánchez Baute	197

Juanita León García	223
Juan Gabriel Vásquez	245
Jorge Iván Salazar	267

Mis más sinceros agradecimientos a la Editorial y a la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad del Rosario. Sin el apoyo constante de éstas, no habría sido posible este trabajo.

Gracias también a los doctores José Manuel Restrepo, Juan Felipe Córdoba, Alejandro Venegas, Hans Pater Knudsen, Rafael Riveros y Luis Enrique Nieto. Su tiempo, sus palabras y sus ideas están presentes en el corazón de estas entrevistas.

Por supuesto, gracias a todas las personas que compartieron parte de sus vidas en este libro. La generosidad con su tiempo y con sus experiencias llena de valor esta obra.

A mis amigos y amigas. Y a mi familia.

Presentación

LECCIONES DE VIDA Y DEBIDAS

Con mucha frecuencia recibimos en nuestras universidades a jóvenes que aún no tienen clara su vocación de vida y, sin embargo, ya saben qué van a estudiar. Sin mayor profundidad o análisis, definen su proyecto de educación superior basados más en intuiciones, recomendaciones e imitaciones que en su propio estudio y valoración personal presente o futura. Con la misma frecuencia reconocemos profesionales que terminan dedicados a asuntos distintos a los de su profesión o disciplina. Muchos estudiamos para ejercer como economistas y como por arte de magia y del azar de la vida terminamos dedicados a la educación.

Como me lo expresara algún maestro en mi vida, al final lo importante no son las credenciales o los títulos, sino entregarse con pasión a eso que hacemos a diario; no tanto saber sobre la profesión que definimos antes del primer semestre,

sino aprender de nuestras propias actuaciones y realizarnos con ellas. La formación universitaria termina forjándonos una manera de ser, una forma de pensar, una actitud frente al conocimiento y frente a la sociedad, una capacidad para interpretar y actuar en el medio en que nos desenvolvemos, una actitud frente a la vida.

Quizás estas o algunas otras similares fueron las inquietudes que Pedro López Cuéllar tenía en mente cuando inició este trabajo. Él mismo se hizo y se sigue haciendo estas preguntas. Las mismas que me expresara luego de tomar la decisión de ir más allá de una entrevista inicial y emprender el reto de abordar en un libro, y con pasión, aquellas preguntas que tanto le inquietaban sobre abogados que, alejándose total o parcialmente de su profesión, tienen una vocación distinta en su vida y la desarrollan exitosamente.

No dudé un solo instante en apoyar esta iniciativa. Me impactó que un joven abogado, recién egresado, se enfrentara a tamaña idea y lo hice sobre la base de su novedad, de su potencial aporte a muchos estudiantes y profesionales universitarios, que como muchos abogados y otros egresados universitarios “patinan” en su vida profesional sin comprender la razón de su estudio inicial. Luego me impresionó aún más la profundidad y el rigor con los que asumió el compromiso. Cada conversación sostenida con él me demostraba la entrega y el trabajo previo que implicaba acercarse a cada uno de los entrevistados. Se trataba de conocerlos al detalle, casi de anticipar sus respuestas, de deleitarse con sus trabajos y pensamientos, de tener en cada caso una conversación inteligente y no solo una entrevista personal. De dibujar al entrevistado perfectamente antes del encuentro.

Pocas personas se interesan en lo formativo de un diálogo sincero. Muchos reconocen que es justamente en esos espacios donde verdaderamente se aprenden lecciones de vida, pero pocos son capaces de transmitirlos. Este trabajo es un diálogo en el que descubrimos la misión que muchos adoptamos como proyecto a lo largo de nuestra vida. Se nos invita a ser profesionales de una disciplina o profesión y terminamos en caminos totalmente distintos, en actúares sociales que distan de lo “estudiado”, pero que se acercan a la primigenia idea de nuestra vocación.

Ello me recuerda el mensaje de Robert Reich acerca de la formación de analistas simbólicos en la educación superior. Estos últimos son especialistas que “a pesar” de la formación disciplinar, pueden innovar, solucionar problemas complejos, crear estrategias, pensar originalmente y transformar la sociedad. Se trata de la más alta y mejor educación posible, aunque sin ningún interés o identidad por algunas credenciales o certificados académicos.

Para Colombia en donde desde tiempo atrás la educación superior es un elemento de movilidad social, desarrollo económico y material, y partiendo de la coyuntura actual de nuestra historia universitaria, es importante investigar, reflexionar, discutir, hablar sobre los diferentes asuntos relacionados con la universidad. Al revisar la literatura en educación superior hay numerosos trabajos sobre la calidad, el currículo, la extensión, la docencia, la investigación, los egresados... ¡pero no es suficiente! Es necesario preguntarnos por nuevos tópicos para que en conjunto podamos construir una Universidad que por medio de sus programas, investigaciones y profesionales contribuya decididamente en la construcción de una sociedad más incluyente, en un país mejor.

El asunto al que le apuesta el joven abogado Pedro Javier López Cuéllar es, sin lugar a dudas, refrescante y novedoso; para él, “hacerse profesional no significa necesariamente ejercer la profesión por la cual se optó en el momento de ingreso a una universidad”. Es entonces necesario estudiar la intención, la formación y el posterior desempeño de los educados. Tal vez faltan investigaciones que nos muestren y nos enseñen que si bien un profesional puede desempeñarse en aquello para lo cual estudió, también puede hacerlo con talento y suficiencia en otro campo.

Para realizar el trabajo, López Cuéllar eligió con acierto el género de la entrevista, estilo que maneja con criterio agudo y en algunos casos con una dosis de buen humor. El objetivo de estas entrevistas no es justificar el desempeño de los entrevistados en otras áreas, por el contrario, es brindar la posibilidad de observar las destrezas del pensamiento que construye la Universidad como recinto del saber en cada uno de sus estudiantes y las que hacen de estas personas ejemplo de actuación en la sociedad.

En el desarrollo de la primera reflexión de este novel autor sobre la profesión y el ejercicio profesional, se dio a la tarea de elegir diez personajes destacados de la vida nacional que estudiaron Derecho en las universidades del Rosario, Externado, Nacional y Andes, y que realizaron su vida profesional en campos como el periodismo, la cultura, la música y la literatura.

La invitación es a recorrer, con atención y placer, el texto que nos ofrece Pedro Javier, no con la intención de responder algo particular y concluirlo, más bien con el ánimo de seguir preguntando e indagando sobre lo que como Universidad ofrecemos y logramos en las personas y en la sociedad, así

como aquello que olvidamos o no ofrecemos cuando deberíamos hacerlo.

Esta reflexión y modelo de aprendizaje apenas comienza. Releer cada entrevista es además una verdadera lección debida y de vida, que seguramente será inspiración para muchos jóvenes y para gran cantidad de directivos universitarios que tenemos como propósito central motivar a los actores de nuestras instituciones a apasionar a nuestros estudiantes en el aprendizaje, en la tarea diaria que realizan, a que las clases sean menos repeticiones aburridas de clases previas similares y mucho más momentos de enamoramiento permanente con nuestra propia vocación.

Felicitaciones a Pedro por el trabajo realizado, por la posibilidad de lo mucho que tenemos por aprenderle a él y a sus entrevistados, y a la Universidad del Rosario por permitirnos leer y releer historias y entrevistas tan apasionantes como las que usted descubrirá en este libro.

José Manuel Restrepo Abondano

Rector, CESA

Bogotá, 16 de junio de 2010

Unas preguntas sobre este trabajo

Por Pedro Javier López

- ¿Por qué escogió este tema?

Porque creo que es algo que se ha repetido de diferentes formas a través de los años. Creo que es un fenómeno, y me interesa saber en qué consiste, cómo se desarrolla y cómo cambia.

Es usual oír hablar de personas que estudiaron Derecho pero que se dedicaron a muchos tipos de ocupaciones diferentes: la política, los negocios, la diplomacia, y los resaltados en esta investigación, que son los que se dedicaron al periodismo, la literatura, el arte y la música.

Me interesa saber qué es lo que hace que una persona se anime a dedicar cinco o más años de su vida a estudiar algo como Derecho. Quiero saber qué pensamientos y qué influencias

sociales hacen que se tome esa decisión, que para mí es una de las más difíciles. También quiero buscar cuáles son los puntos que hacen que una persona se separe del ejercicio formal del Derecho y se arriesgue, ahí sí, a hacer otra cosa.

- ¿Y usted por qué estudió Derecho y no se dedicó a eso?

En parte, resolver esa pregunta es lo que me impulsa a adelantar esta búsqueda. Sin embargo, sí tengo la intuición de que yo estudié Derecho debido a que terminé el bachillerato muy joven, no tenía muy claro qué era lo que me gustaba, y aun así sentía una presión social sutil pero constante –por parte del colegio, de la familia y los compañeros– que insinuaba que el siguiente paso obligatorio era empezar unos estudios universitarios.

En esa medida, sentía que debía escoger, y una influencia cercana por parte de mi hermana me mostró que existía algo que se llamaba Derecho, que al parecer servía para muchas cosas y permitía que uno tuviera conversaciones muy interesantes y clases muy emocionantes... cosa que después no sentí con tanta claridad.

Tal vez si no hubiera tenido que escoger entre mis márgenes limitadísimos de educación universitaria, habría terminado estudiando lo necesario para ser un guía de montaña o algo así, pues por esa época eso era para mí una fuerte afición.

- ¿Y por qué no lo hizo?

Creo que alcancé a insinuarlo. Me dijeron que les parecía un lindo *hobby*, pero que eso no era suficiente... y creo que al traducir eso en palabras más duras lo que se oía era ¡no!

- ¿Y cómo le fue estudiando Derecho?

Esa pregunta puede ser interpretada de muchas formas. Puede significar ¿le fue bien? o también ¿lo disfrutó?, ¿la pasó bueno?... Así, creo que podría responder que, hablando de notas, me fue bien, aunque en muchas clases me fue mal; que tuve compañeros de estudio muy interesantes y algunos profesores muy buenos.

Sin embargo, tuve muchos momentos de duda, algunos momentos *jartos*, y estudiar no me resultó ni tan fácil ni tan placentero como a otros de mis compañeros de clase.

- ¿Cómo empezó este proyecto, cómo apareció la idea?

Un día me preguntaron si me interesaba hacerle una entrevista a Juan Carlos Iragorri, y cuando estaba leyendo sobre él, encontré que había estudiado Derecho, que se dedicaba al periodismo y que decía que durante sus años de estudio había aprendido más de billar que de Derecho. Eso fue lo que prendió el bombillo, y siguiendo la pista empezaron a aparecer otros candidatos con cosas muy interesantes para contar; empezó a aparecer la idea de la investigación.

Después presenté la idea en la Universidad y recibí mucha ayuda. Empecé a conseguir a los entrevistados, a leer mucho sobre ellos y a armar unas preguntas, pensando en hacer unas entrevistas fáciles de leer, que fueran a su vez profundas y superficiales. Una combinación entre la revista *Hola* y una revista académica.

- ¿Por qué la entrevista?

Me gusta mucho la forma en que se puede leer una entrevista de corrido cuando queda bien pulida –cosa que no siempre se logra–, tiene temas muy amplios y un lenguaje sencillo que resulta de la conversación, de la palabra hablada. Además, porque en este momento tengo más cosas por preguntar que cosas por decir...

- ¿Por qué tantas preguntas repetidas?

Hay muchas preguntas repetidas, pero son de diferentes tipos. Las que más se repiten son las que están relacionadas con el estudio y las enseñanzas del Derecho. Estas están en casi todas las entrevistas, pues uno de los objetivos de este proyecto es poder encontrar factores comunes en las experiencias diferentes, así el censo sea muy pequeño.

Para lograrlo tenía que repetir con cada entrevistado preguntas como “¿por qué estudió Derecho?” o “¿qué le quedó de haber estudiado Derecho?”, pues solo así podía acercarme a una respuesta parcial de estas preguntas no solo en los casos específicos, también en términos generales.

- Además de las preguntas sobre Derecho, ¿cuáles son las otras preguntas que se repiten?

Hay muchas preguntas sobre escritura y sobre influencias sociales. Sobre escritura, las preguntas que aparecen son principalmente cómo se escribe y si existe algún ritual para escribir. Las preguntas sobre influencias sociales también se repiten y están relacionadas con la influencia familiar del entrevistado y su entorno social.

- ¿Y por qué estas preguntas? ¿Qué tiene que ver esto con le tema del libro?

Porque una de las hipótesis con las que comenzó esta búsqueda fue que en varias ocasiones se estudiaba Derecho como una consecuencia de la influencia familiar o social, que invitaba a las personas a estudiar carreras “*serias*”...

Y las preguntas sobre escritura están relacionadas con dos temas. El primero es muy personal: el hecho de que para mí escribir siempre ha sido una tarea difícil y –aunque suene cursi– misteriosa. Me interesa mucho aprender sobre escritura y, en esa medida, no podía perder la oportunidad de preguntarles a otras personas cómo se hace... o por lo menos cómo lo hacen.

Por otro lado, las preguntas sobre la escritura también están relacionadas con otra hipótesis inicial que decía que, de una u otra manera, el Derecho sí enseña una forma de escribir. Claro, eso queda para que los lectores lo juzguen.

- ¿Y qué resultó de la comparación de las respuestas?

Un documento en el que se comparaban las respuestas de los once candidatos, pero este anexo no aparece aquí. ¡Sin embargo, lo tengo a la orden!

- ¿Y qué factores se repetían?

Se logró ver que en muchos casos sí existía una influencia familiar, que en ocasiones estaba relacionada con los prejuicios sociales sobre el Derecho...

- Entonces ¿la gente por qué estudiaba Derecho?

Como le decía, muchos lo hicieron por supuestos o intuiciones sociales relacionadas con lo que el Derecho enseñaba. Se dice que el Derecho enseña cultura general, o que enseña hábitos de lectura y expresión, pero al parecer estas creencias están más relacionadas con una imagen histórica del Derecho que con su realidad actual. No estoy diciendo que en el Derecho no se aprenda algo de historia o algo de filosofía, lo que ocurre es que esto es solamente una parte del Derecho, pero no su totalidad. Además de esto, otra gran parte del programa está relacionada con asuntos técnicos y procesales que a veces no se tienen en cuenta. Esto desanima a algunos estudiantes, pero lo que parece ser el mayor factor de rechazo es la práctica del Derecho.

- Pero ¿acaso este libro no reúne casos de personas que no ejercieron el Derecho?

Sí, pero antes de graduarse es usual acercarse a la práctica de la profesión, ya sea *patinando* o en el consultorio jurídico.

- ¿Patinando?

Sí. *Patinar* es el término que se usa para referirse al seguimiento de los procesos: ir a los juzgados o a los tribunales y en general hacer diligencias largas y técnicas.

Es parte del lenguaje que se enseña en el Derecho, y haría un lindo bodegón con otras palabras, mire: qué tal *patinar moras* o *patinar en las barandas*... suena bien ¿no?

- Volvamos a las respuestas de los entrevistados. Según esas respuestas ¿por qué se desencantan del Derecho?

En general, hay tres factores: algunas clases, algunos profesores y la práctica del Derecho.

- A ver, por partes por favor: las clases.

En algunos de los casos, los entrevistados empezaron a perder interés por el Derecho al enfrentarse a clases que resultaban mucho más técnicas o con temas muy diferentes a los que esperaban. Esperaban clases relacionadas con temas de historia y filosofía, pero se encontraban con algo completamente diferente. Creo que esto no es culpa de las clases, me parece que es más un asunto de expectativas defraudadas.

Sin embargo, otras clases fueron muy apreciadas, y hasta inspiradoras. No se imagina lo que puede despertar en una mente creativa una clase de Derecho Penal o una clase de Derecho Procesal.

Eso también es importante. Creo que en personas curiosas, o creativas, muchas cosas pueden despertar la mente: son altamente inflamables. Y con esto lo que intento decir es que a veces el elemento fundamental es la persona y su carácter, no lo que estudia.

- Bien, dejemos el tema del carácter para después y sigamos con el siguiente punto: los profesores.

La forma en que un profesor presenta su clase puede encantar o desencantar –y aquí está de nuevo el tema del carácter. Los mismos temas pueden ser presentados con muchos tonos, en Derecho como en cualquier cosa, y esto hace que un estudiante se apasione con los temas o que pase todo lo contrario.

En las entrevistas hay ejemplos de las dos cosas: profesores que le hicieron coger fobia a algunos estudiantes de los temas de su materia y otros que, más allá del tema, los atrapaban. Al fin de cuentas es una cuestión de gustos.

Sin embargo, creo que entre los entrevistados el tema de los profesores no fue tan relevante como otros en el momento de decidir no ejercer el Derecho.

- Y la práctica...

En este punto sí pasa todo lo contrario. Ese fue, entre los entrevistados, el factor de cambio más repetido. O no les gustaba la práctica –de plano– o habían tenido malas experiencias en sus pocos momentos de práctica, o grandes decepciones cuando

comparaban lo que habían aprendido con lo que sucedía en el ejercicio real.

Hay que tener un temperamento muy específico para enfren-
tarse a eso: defender una causa o adelantar un proceso trae
consigo una carga muy pesada que para algunos no es nada
fácil de llevar. No es fácil olvidar que en las hojas y las letras,
entre los *folios* de un expediente, ahí, amarrados y apilados,
hay muchas penas o dichas de alguien. Es un peso duro de
cargar.

- Si bien están estos factores que pueden desencantar,
según su búsqueda, ¿qué enseña el Derecho a quien
no lo ejerce?

Depende de las experiencias personales, pero en general, sí
puede enseñar algunas cosas. Por ejemplo, enseña algunas
pautas sobre cómo funciona el Estado, lo cual resulta muy útil
si este va a ser uno de los temas a los que uno se va a dedicar:
le puede ser útil a un político, a un periodista político o a un
negociante. Pero si uno termina metido en la música, el tema
del funcionamiento del Estado puede no ser tan importante...

Por otro lado, estudiar Derecho –como cualquier otro tema de
estudio– muestra espacios sobre los cuales se puede escribir o
componer, o sobre los cuales se pueden crear personajes. Es
más fácil terminar visitando juzgados, tribunales o cárceles si
uno es estudiante de Derecho que si es estudiante de física,
y en esta medida uno puede usar esos escenarios para poner
en ellos, por ejemplo, al personaje de una novela. Claro, sí y
solo sí usted termina haciendo una novela.

- ¿Qué otra cosa?

Algunos dicen que estudiar Derecho genera un temperamento específico: un escepticismo y algo de malicia, y este temperamento se puede reflejar en muchas cosas: puede hacer parte del temperamento de un político, de la astucia de un periodista o del humor de un escritor.

Sí, creo que lo del temperamento puede ser cierto en muchos casos. El entrenamiento de los estudiantes de Derecho a veces puede parecerse a un arte marcial, de litigio. Llámelo como quiera. Defender y litigar implica estar atento a las trampas que se le ponen en el proceso y también estar listo a lanzar una muy elegante zancadilla.

- Y sobre la forma de hablar y de escribir ¿queda una marca?

A veces. En unas personas deja una marca muy clara, un lenguaje específico y una forma de hablar y de escribir especial. En otras personas no.

Aun así, el hecho de que en Derecho sea necesario hacerse entender, hablando y escribiendo, sí da algo de entrenamiento para después hablar y escribir sobre otras cosas. Pero esto no es algo exclusivo: podría pasar con un historiador o con un filósofo... y tantas otras cosas. Lo que sí puede ser diferente es que en el ejercicio del Derecho una palabra puede implicar que alguien termine en la quiebra o en la cárcel: hay que cuidar las palabras para no equivocarse, hay que estar atento a

las palabras para entender lo que dicen y usar ese significado para defender o atacar.

Algo muy importante es que el Derecho no enseña de todo. Eso, que es obvio, a veces no resulta tan claro. Por el papel que han desempeñado algunos abogados en parte de la historia de Colombia, es fácil oír que el Derecho sirve para muchas cosas, pero creo que eso no es así.

El hecho de que Jiménez de Quezada haya sido abogado y haya terminado de *conquistador* no significa que el Derecho enseñe cómo se pone una armadura, o cómo se llega a caballo y a pie desde Santa Marta hasta Bogotá.

A veces, estudiar Derecho ni siquiera sirve para llevar adelante un proceso. Además de esto, se necesitan otros elementos.

- Cambiando de tema: ¿Por qué las preguntas recurrentes sobre Colombia? ¿Qué tiene que ver esto con haber estudiado derecho?

Me interesaba mostrar un tema común entre los entrevistados: todos tenían alguna forma de curiosidad sobre lo que significaba Colombia, pero por otro lado también me interesaba ver cómo se entendía la diferencia entre lo que se enseña sobre la ley en las facultades de Derecho y las realidades de diferentes lugares de Colombia. La diferencia es evidente.

Yo creía que la enorme diferencia que hay entre la ley y las realidades del país podía desalentar a muchos de hacer las ve-

ces de abogado, pero entre los entrevistados este tema no fue tan influyente.

- Volviendo a un tema que quedó incluso, usted hablaba de la importancia de la persona y su carácter, ¿qué quería decir?

Creo que las personas entrevistadas tienen algo especial en su personalidad: algunos gustos, algunas formas particulares de expresarse o de entender lo que los rodea, y es esto lo que los ha impulsado a dedicarse a lo que se dedican. Creo que así hubieran estudiado física, veterinaria, filología o *nada* habrían terminado en caminos parecidos a los que andan.

Martha Senn



Fotografía: Mateo Pérez.

Estudió Derecho en la Universidad del Rosario. Mezzosoprano lírica partícipe de muchos escenarios internacionales, ha viajado y compartido sus aprendizajes en muchos lugares de Colombia. Autora del libro *Notas sin pentagrama* y directora del Centro Cultural de la Universidad Eafit.

En 1982 se celebraron tres concursos del arte lírico: Uno en Nueva York, otro en Baltimore y uno más en París: los tres tuvieron la misma ganadora. Esto sucede pocas veces.

Otra cosa extraordinaria fue que la ganadora logró sus premios cantando la misma aria; y aún más extraordinario –o por lo menos, más diciente– es que esta aria llevara por nombre “Suerte cruel”.

“Cruda Sorte” de Rossini acompañó a Martha Senn cuando obtuvo sus primeros premios; desde ese momento ella ha superado un sinnúmero de retos. ¿Cruda sorte?

- Por favor, cuéntenos quién es usted.

Varias veces me han preguntado cómo me defino y quién soy, y respondo: una artista lírica que ha recorrido diversos escenarios internacionales; una abogada especializada en Derecho Público y dedicada también a la gestión cultural.

En este momento canto y soy directora del Centro Cultural Luis Echavarría Villegas, de la Universidad Eafit de Medellín. Soy madre de dos esplendidos jóvenes, Javier y Lina, abuela de dos preciosas niñas, hija de una madre y un padre ejemplares, hermana de dos hombres profesionales y buenos, amiga sincera de todos mis amigos y mujer fiel de un hombre de verdad.

Sin embargo, lo que me inquieta más es quién voy siendo, creo que una de las libertades más importantes de cualquier ser humano es el derecho a su transformación personal.

- Parecería que en muchos episodios de su vida la suerte hubiera desempeñado un papel muy importante. ¿Qué piensa usted sobre la suerte?

La suerte es un factor que existe en la medida en que uno la busca, y esa búsqueda no es otra cosa que estar convencido de lo que se desea hacer con la vida. Cuando nace la convicción, cuando se ejercita la disciplina, cuando intentar es una determinación a la que no se le tiene miedo, cuando se le cierra el espacio a la idea del fracaso, ahí llega la suerte. Pero uno no se puede sentar a esperar fortuna sin asumir esas actitudes interiores y proceder consecuentemente.

Por ejemplo, el que se gana la lotería, por lo menos en un momento de ilusión, compró el billete.

- Uno de tantos hechos de su vida que me hacen pensar que la suerte le ha sonreído es el episodio de la bomba en Popayán, la bomba que detonó en el asiento que usted acababa de abandonar, por motivos muy casuales. ¿Qué pensó después de eso? ¿Alguna conclusión en especial?

Tal vez ahí, frente a ese capítulo al que usted se refiere, entendí el dicho según el cual la muerte es la mejor consejera. En efecto, muchísimas personas que han tenido la experiencia de haberse encontrado en un momento límite entre la vida y la

muerte, se han detenido a reflexionar sobre lo que les queda de vida, y a partir de ello han tomado, como yo lo hice, decisiones que cambiaron su cotidianidad y su destino.

- Durante todo este proceso de cambio ¿quienes le ayudaron?

Mi vida ha tenido muchos cambios y el sendero no ha estado siempre sembrado de rosas. Sin embargo, la suerte de la que veníamos hablando también se me ha presentado –guardadas proporciones– como a Newton, quien, cuando le preguntaron por el descubrimiento de sus grandes teorías, dijo: “Tuve el privilegio de caminar sobre hombros de gigantes”.

Esa es una linda imagen que yo aplico a mí misma, porque mi gran fortuna ha consistido en que, una vez hechas las determinaciones y trabajadas con profunda convicción y disciplina, ha aparecido un hombro de gigante sobre el cual apoyarme para poder avanzar. Tendría que mencionarle muchos en cada una de las diferentes circunstancias de mi vida...

El hombro de gigante más fuerte es el de mis padres, quienes siempre han apoyado mis decisiones, sobre todo vinculadas al bienestar mis hijos. Además de ellos, personas como Jaime Vidal Perdomo y Darío Echandía en el mundo académico o Belisario Betancur en el tema internacional. En el mundo de la música, ni qué hablar de personajes como Claudio Abbado, Ricardo Muti o Conrad Osborne, mi profesor de técnica vocal. Y mi compañero de vida Juan Sebastián Betancur, quien durante veinte años se ha encargado de aceptar mis debilidades y entusiasmar mis fortalezas.

- Como lector, me atrevo a deducir que sus escritos la presentan como una persona de una profunda fe...

Sobre todo de una profunda fe en mí misma. Pero para llegar a ese punto hay que recorrer un territorio supremamente frágil, un territorio lleno de dudas en el que uno va caminando con gran lentitud. Ese es el tiempo y el coraje que toma llegar a la convicción, y esto supone unas etapas críticas... inclusive de crisis.

Creo que la fe está en la certeza de que se puede salir de esa crisis, en la certeza de que se va a llegar a una sensación iluminada para tomar una decisión, siempre y cuando el tema sea tratado con disciplina y con seriedad, uno tiene esa posibilidad: la fe que viene de la convicción, la fe para hacer, para dar el siguiente paso.

Por supuesto que no vamos a hablar aquí, supongo, de la fe en el más allá o de la fe en la divinidad porque eso es un aspecto muy personal. Pero lo que me atrevo a decir de mi experiencia es que el territorio que uno recorre para llegar a la fe en uno mismo y a la convicción, implica procesos difíciles, interiores, muy profundos, pero muy importantes.

- Cuando usted habla de convicción, me hace recordar una parte de su escrito donde dice: "(...) pero al cabo de tres años tuve que reconocer que, más allá de la intención, de la dedicación y del estudio profundo, realizar este sueño requería de la convicción, ingrediente del que carecía mi espíritu en ese campo (...)".

Quiero preguntarle ¿qué la hizo dudar frente a querer conseguir es meta de convertirse en una abogada?

Sí, precisamente estábamos hablando de que uno transita por ese territorio de la duda y que tiene que salir iluminado por una decisión, y en ese instante la claridad que tuve después de ese tiempo de reflexión fue que quería intentar otra cosa con mi vida, porque no tenía la convicción de convertirme en abogada, y sin convicción no fui capaz de dar el siguiente paso.

Ahora, eso no quiere decir que nunca me haya equivocado después de tener la convicción de hacer algo, porque usted me podría preguntar ¿entonces es una persona que no se ha equivocado jamás? o me podría preguntar en seguida: ¿usted, en función de la convicción puede decir que no se ha equivocado jamás? Pues no (ríe).

Por supuesto que algunas certezas que he tenido sobre muchos temas distintos en mi vida han sido respuestas equivocadas, pero ¿sabe cuáles fundamentalmente?, las decisiones que tomé cuando asumí a alguien diferente a mí en esos procesos decisorios. Esa sí fue una equivocación total y siempre lo ha sido, porque las convicciones interiores son personales; uno no puede involucrar a otras personas, por más profundos afectos, por más cercanías que se tengan. Ese ha sido fundamentalmente el territorio de mis equivocaciones.

- Como música, ¿en algún momento la influencia de sus maestros la llevó a tomar decisiones diferentes a las que usted había elegido?

Esa es una gran pregunta en el estudio de la música y creo que en cualquier disciplina profesional: el tema de los maestros, que es esencial. Déjeme decirle una cosa: de todos los maestros que he conocido –que han sido muchos– los más grandes han sido aquellos que con simpleza y claridad dejan al aprendiz en completa libertad.

- Y en su relativamente corta experiencia como profesora, ¿cómo se sintió marcando a los demás?

Muy corta. Esa experiencia se dio, en primer lugar, muy joven, porque había acabado de terminar los estudios en Derecho, y, en segundo lugar, porque tuve un maestro monumental como Darío Echandía. Fue una situación extrema de juventud y extrema de Maestro, por tanto, de una exigencia personal grandísima que me conmovió muchísimo, que me llevó a plantearme muchas preguntas y a entender que en ningún momento llegaba al nivel de aquel que enseña. Lo único que podía ser era una modesta coordinadora de esos momentos en los cuales los estudiantes podían aprovechar a alguien como Darío Echandía.

- Y como madre, ¿en alguna ocasión ha encontrado difícil su rol, frente al espacio de libertad de sus hijos?

¡Por supuesto! Es muy difícil cuando uno está tan involucrado emocionalmente, como en una relación de maternidad, y además con la responsabilidad de la formación de los hijos –compartida con la escuela y con la familia. No voy a decir que ser madre es una tarea fácil, lo que voy a decir es que es

una tarea maravillosa, es la máxima de las tareas, es la máxima de las relaciones que uno puede establecer.

También es una relación tan vital que no puede paralizarse en puntos de vista concretos en ningún momento. Lo único que puede permanecer en los procesos de cambio de la madre y de los hijos son los valores, los principios que se transmiten de generación en generación. Yo los recibí con gran solidez y espero que de la misma manera hoy los tengan mis hijos, mañana mis nietos, en un transcurrir generacional ojalá parecido al infinito.

- Volviendo a *Notas sin pentagrama*, en un capítulo usted habla de su papel como Annio en *La clemencia de Tito* y de cómo este papel la hizo interpretar de forma diferente el papel de mujer en *Carmen*. Mas allá del escenario, ¿interpretar a Annio y a otros personajes masculinos, la hizo pensar de forma diferente lo que significa ser hombre y ser mujer fuera de la escena?

Es una pregunta interesante... Como mi tipo de voz, mezzosoprano lírica, da lugar además a interpretaciones masculinas de adolescentes, entonces debo trabajar con los directores de escena para representar a un jovencito. Es siempre un deleite muy grande.

En la anécdota de la que habla, cuento que “se me cruzaron los cables” porque una noche tenía que interpretar a Carmen, con la sensualidad alborotada, y la siguiente noche interpretar al jovencito Annio, que representa la ingenuidad. Entonces tenía

que hacer un *clic*, un cambio muy rápido en cuanto a la manera de asumir corporalmente estos personajes en la escena.

Más allá de esa anécdota, indudablemente yo he tenido que trabajar no solo con el tema de representar en escena a un hombre joven o a una mujer muy sensual, sino que he tenido que trabajar con colegas y con gente del mundo del arte que pertenece a distintas sexualidades. Soy una gran convencida del respeto, la dignidad, del reconocimiento y de la igualdad de derechos que la sociedad le debe dar a la llamada población LGBT.

Puedo llegar a ser una gran amiga de mis colegas, no solamente heterosexuales sino homosexuales, y no solo de mis colegas, sino de cualquier persona. Respeto mucho las tendencias sexuales que no le hagan daño a nadie y que sean parte del libre desarrollo de la personalidad.

- En 1995 usted empezó una tarea muy interesante: viajar por Colombia interpretando los recitales que tenía preparados para Europa y otros países...

Ahí le menciono los hombros de tres “gigantes” que en ese momento me apoyaron para llevar adelante esa tarea que considero muy especial y extraordinaria.

Primero, el maestro Pablo Arévalo, pianista que me acompañaba en todas esas aventuras; además el doctor Juan Luis Mejía, que estaba en esas épocas rondando el tema de los ministerios de Educación y los institutos de Cultura, y también el doctor Juan Manuel Ospina, quienes creyeron que era muy

interesante que yo llevara esos recitales que tenía preparados para escenarios europeos o internacionales a pequeños municipios de Colombia. Y con esa política que ellos establecieron, de poder llevar artistas colombianos a distintas poblaciones, empecé a conocer el país a través de los recitales. Fue algo bellissimo.

Más interesante aún es lo que estoy haciendo en este momento: trueques creativos. Para este programa convocamos a los artistas del municipio para que se presenten con lo mejor de su talento; un jurado calificador escoge a algunos de ellos y después hacemos un trueque de habilidades artísticas alrededor de un recital. Entonces, en escena no soy solamente yo la que me presento, sino también el grupo de artistas escogidos, y entre todos damos lo mejor de nosotros en el espíritu metafórico del trueque.

Hasta el momento, los trueques creativos se han hecho en Dabeiba, en Urrao y en Guarne, en Antioquia.

- Según esta experiencia, ¿usted cómo ve la relación, en el caso colombiano, entre la capital y la “región”?

Yo creo que a esta relación le falta muchísima más práctica de las políticas públicas que tanto hablan del acercamiento entre lo regional y lo central. Pienso que es relativamente sencillo plantear políticas públicas, hacer planes que desarrollen esas políticas, teorizar y acudir a los expertos, pero siento que en el momento de ejecutarlas hay un freno grandísimo. Los frenos generalmente tienen que ver con recursos, pero también con

maneras de hacer un ejercicio de lo que significa la democracia cultural.

Que no se quede en la teoría, que es bellísima: el marco conceptual de la democracia cultural, la importancia de cada una de las culturas, la importancia de tratar cada cultura con el respeto que se merece y la importancia de respetar las diferencias para poder ser iguales. Todo eso requiere ejecuciones que tengan mucha más práctica y realidad.

- ¿Esta sensación que usted acaba de expresar frente a las políticas públicas también la tiene frente a lo que se expresa en la ley y lo que efectivamente pasa?

Se sabe que los marcos legales están, que la teoría del Estado de derecho está, que la democracia fundada en el reconocimiento de los derechos está, pero son tantos los factores de desinstitucionalización que nos rodean que uno se pregunta qué tanta conciencia de demócratas tienen nuestros políticos. Yo siempre me lo he preguntado.

- ¿Y esta diferencia entre la teoría legal y la indiferencia ante esta teoría, o la desobediencia de esta teoría en la realidad, influyó en su cambio de vocación?

No, realmente no. Yo pienso que lo que me empujó al final, además de todas las reflexiones que uno puede hacer, tuvo que ver con un factor personal, y lo he dicho de una manera sencilla, y hasta divertida... El hecho es que en mi vida personal hubo un cambio muy grande y traumático: la ruptura de mi matrimonio. Me separé del padre de mis dos hijos. Quedé de

un momento al otro en esa crisis, y me pregunté: *Bueno, y yo ahora qué hago. ¿Sigo llorando o me pongo a cantar?* Y resolví ponerme a cantar. Así de sencillo.

- Volviendo con el tema de los viajes, varios momentos me parecieron muy interesantes. Uno sucedió en Buenaventura y fue expresado por el alcalde, quien después de cantar un negro espiritual y de encontrar coro entre toda su audiencia dijo: “Sí, doña Martha: desde aquella época, nosotros somos un pueblo con la cultura suficiente para entender lo que usted hace”.

¿Cómo entiende esa relación entre el género de música que usted canta —ópera, lírica— y la música popular?

Los *negros espirituales* están vinculados al lamento, al tema de la libertad y la esclavitud, y por eso creo que el alcalde tenía toda la razón al decir, después de cantar “Cuando mi amo me mande a la mina no voy”, que ellos poseían la cultura para entender lo que nosotros hacíamos como músicos clásicos o como interpretes de la lírica. Tenían la cultura porque tenían la sensibilidad abierta, y el tema de la cultura es también un tema de sensibilidades, por supuesto.

Tener la sensibilidad abierta frente a expresiones artísticas es tener una manera de ver, de tocar, es poder percibir con todos los sentidos... y yo creo que en estas poblaciones y en nuestra querida Colombia muchas sensibilidades están abiertas, desafortunadamente, a partir del dolor...

- Además de esto, usted habla de dos consecuencias de la música: una, la de reconciliar; otra, la de reestablecer la dignidad.

Desarrollo primero la segunda: Manuel Zapata Olivella le dijo: “Ayer Quibdó era uno y hoy amaneció distinto. Amaneció distinto porque todos amanecemos iguales. Y amanecemos iguales porque con su recital de anoche nos sentimos dignos y respetados, y la dignidad y el respeto nos igualaron”.

Creo que esa frase de Zapata Olivella es, en toda la historia de mi ya larga carrera –porque son cerca de veinticinco años los que llevo en esto–, lo más bello y lo que más me ha podido emocionar con relación a lo que yo hago. Ojalá esa manera de percibir la cultura y el arte fuera comprendida y sentida por quienes tienen el poder para trazar políticas públicas y tomar decisiones. Ojalá pudieran entender que mientras la cultura y el respeto de los derechos humanos no entren como un elemento absolutamente determinante del desarrollo humano, no vamos a poder avanzar como país.

- ¿Cómo cree usted que la música puede llegar a ser una herramienta de reconciliación?

Yo pienso que no solamente la música, no solamente las artes, sino que en general la cultura y lo cultural son elementos absolutamente reconciliadores y regeneradores del tejido social.

En el caso de la música, la esperanza de quienes la hacemos es que esta transmita su armonía no solo como fenómeno audi-

tivo que invita al canto, a la danza, a la festividad, a la alegría, sino como una metáfora de la armonía en la sociedad.

- Hablemos un poco más sobre *Notas sin pentagrama*. ¿Cómo sintió usted el ejercicio de escribir?

La pasión de escribir no es mi responsabilidad profesional, no soy escritora, me nace más bien como un gran deleite, y si logro envolver en ese deleite a quien está leyendo, me parece un milagro... (Ríe).

- ¿Cómo escribe?

Tengo una libreta con notas que después llevo al computador. Escribo en silencio, y me escucho a mí misma cuando leo. Tal vez por ser cantante siento que una frase literaria tiene que gozar de las calidades de una frase musical: ritmo, tono, color, tiene que ser dicha en *pianísimo*, *semi forte* o *fortísimo*, con técnica, con alteraciones sostenidas o bemoles y tiene que expresarse dentro del espacio armónico que la acompaña... No puede ser desafinada.

- ¿Durante el proceso de escritura tuvo momentos difíciles, momentos de renuncia?

No. Escribir el libro *Notas sin pentagrama* me tomó casi tres años y fue un disfrute permanente. Haber encontrado un editor como Benjamín Villegas –que tiene una colección de escritores magníficos y produce libros espectaculares– y el

hecho de que haya creído en publicar mi libro fue una gran oportunidad, un golpe de suerte.

Ahora, cuando escribo textos de otra naturaleza, por ejemplo los que tuve que hacer siendo Secretaria de Cultura de Bogotá en el gobierno de Lucho Garzón, tenía con quién discutirlo, tenía un equipo de trabajo fantástico con el cual fue un deleite poder adelantar un plan de desarrollo que estaba basado en la cultura para la inclusión social.

En síntesis, no he probado el pánico que dicen sentir algunos escritores al enfrentarse a la página en blanco... ese, no lo conozco.

- Como una mujer que ha viajado tanto ¿qué percepción tiene de Bogotá, como ciudadana, pero también viéndola desde afuera?

Tuve que meterme de lleno en ese tema cuando estuve trabajando en el gobierno de Lucho Garzón, porque la Secretaría de Cultura tiene una tarea fundamental en relación con un análisis y una mirada de la ciudad.

Debo decir que Bogotá es una verdadera metrópoli. Es el espejo de todas las culturas que habitan en Colombia; todo lo que pasa en el país se refleja aquí, y la tarea es monumental, sobre todo la tarea de concientizar a los *residentes* de Bogotá sobre la importancia de habitarla bien y de que cada quien puede contribuir a mejorar la convivencia y la calidad de vida.

- ¿Qué cambios ha notado en Bogotá en los últimos años?

Por allá por los ochenta, cuando yo regresaba a Bogotá, imperaba la energía catastrófica del pesimismo. Después hubo una época en la que volver a Bogotá significaba sentir la esperanza: fueron las alcaldías de Mockus, Peñalosa y Garzón. Casi catorce años de procesos en los cuales la consigna era construir sobre lo construido.

En este momento me parece que estamos en un frenazo que tal vez pueda llevar a la ciudad de nuevo a una época de pesimismo. Ojalá me equivoque.

- Cuéntenos algo de las otras ciudades en las que ha vivido.

Por fuerza del oficio que me ocupa, he vivido muy poco las ciudades a donde he llegado. Ojalá hubiera podido disfrutarlas más, pero la disciplina de la lírica ha hecho que el tema artístico sea el prioritario y que mi libertad de movimiento se vea reducida.

Ahora que tengo más tiempo para viajar con mi familia, sin el compromiso artístico, me sorprende llegar a ciudades en las que he estado tantas veces, pero que no he conocido. Esa es la realidad de la vida de un artista: la disciplina y el rigor del oficio en el que no entra el turismo.

- Y en Colombia...

Le puedo hablar de tantos sitios que me han dejado marcada... Llevar recitales a las ciudades y los pueblos más apartados no ha sido solamente un ejercicio artístico, lo he hecho con la conciencia de que lo que quería era conocer el país de una forma totalmente distinta, más cuidadosa y didáctica. Y lo que he conocido de Colombia a través del canto me ha gustado muchísimo. Siempre he tenido la sensación de que esa lucha permanente por la supervivencia ha hecho de los colombianos personas con los más altos niveles de imaginación creativa.

- Cambiando de tema –y cambiando de tiempo también– quería preguntarle sobre su experiencia como estudiante de Derecho

¡Ah! Esa era una linda época. Definitivamente tengo los recuerdos más hermosos de ese tiempo en el Colegio Mayor del Rosario, que era más colegio que universidad: los compañeros fueron los mismos, sentados en el mismo salón siete horas al día, en los mismos puestos, con clases separadas por un campanazo que sonaba cada hora, tomando apuntes de lo que el profesor enseñaba y estudiando de esos apuntes; pocas consultas en biblioteca.

- ¿Por qué decidió estudiar Derecho?

¿Por qué estudiar Derecho?... Fue una decisión tomada con la “madurez” que puede tener una joven bachiller adolescente. En esa época, en la mía, uno determinaba su vida a los dieciséis años; la cosa más absurda que puede suceder.

En ese entonces, y me refiero a la década de los setenta, finalizado el bachillerato se decidía lo que se quería hacer profesionalmente, se contraía matrimonio, se crecía la familia y de ahí para allá arrancaba una vida llena de compromisos con los hijos y el trabajo, presiones nada fáciles de manejar con tanta juventud.

Mis padres sabían que yo quería ser artista lírica, pero en esa época estudiar música en Bogotá era algo sobre lo cual no se podía garantizar ningún futuro profesional. Todavía sigue siendo muy difícil.

Mi papá, con su espíritu idealista, suizo-alemán, dijo *¡qué maravilla!, váyase a estudiar música a Europa*. Mi mamá, realista, bogotana, dijo: *¡No!, estudie música, pero estudie complementariamente algo de lo que sí pueda vivir*.

Entonces, digamos que estudiar abogacía fue una decisión tomada en familia. Así, seguí estudiando música en la Universidad Nacional, pero además, con el idealismo de la juventud que me hacía sentir como un paladín de la justicia, decidí estudiar Derecho, que era el capítulo de las humanidades que más me atraía al tratar temas como la convivencia y los valores.

- ¿Cómo fueron las primeras impresiones al comenzar sus estudios de Derecho? ¿Encontró mucha distancia entre lo que usted pensaba que era el Derecho y lo que encontró en la universidad?

Fíjese que no tanto. Creo que me tocó una época en la que los profesores eran maestros, definitivamente muy brillantes

en sus propias especialidades y, me acuerdo, con gran agradecimiento, de aquellos a quienes escuchar era un placer y un proceso de aprendizaje muy fuerte. De eso no tengo queja, a mí me gustó mucho haber pasado por la universidad en ese entonces.

Eran maestros, con la experiencia profesional que se requiere para enseñar, no los jóvenes profesores de hoy, que por inteligentes y estudiosos que sean, les falta todavía mucho por vivir profesionalmente hablando. Todos eran mayores de cincuenta años. Lo que ellos comunicaban a sus alumnos era producto de una experiencia, de una vivencia, de un largo aprendizaje. Escuchaba a los maestros y estudiaba lo que ellos decían... esa fue mi época.

Para mí, por mi personalidad, fue mucho mejor trabajar con ese sistema que trabajar en colectivo con profesores jóvenes. No estoy diciendo que esto sea mejor, sino que por mi forma de ser, prefiero esto a estudiar con alguien que se gradúa y llega a ser profesor después de completar su doctorado. La reverencia siempre ha sido en mí un factor importante del aprendizaje.

- ¿Más allá de lo académico, qué recuerda de su vida en la universidad?

Además de que seguía en el Conservatorio de Música de la Universidad Nacional, yo me vinculaba mucho a las actividades lúdicas que tenía la universidad. En esa época existía una tuna de la cual yo era miembro creador: nació con nuestro grupo y aún, tantos años después, sigue existiendo.

Es cierto que estaba muy dedicada a estudiar y no tenía vida social activa... La juventud se me pasó sin las pilatunas que la caracterizan. Iba a fiestas al estilo Cenicienta: a las doce en punto me recogían. Era una época de trabajo muy intenso, y tenía claro que quería ser abogada y de las buenas... incluso llegué a ser Colegial de Honor.

Éramos muy pocas mujeres, y mi padre, para facilitarme el transporte, me recogía al final del día y me dejaba al comienzo de la mañana, lo que generó la imagen de la niña inalcanzable, imposible de conquistar... Aún le reclamo a mis compañeros que ninguno se enamoró de mí, y me responden que el susto que les daba mi papá no los dejó tener el coraje para hablar.

- ¿Como sintió su papel de mujer en un mundo que en ese momento era tan masculino?

En la historia de mi vida, mal haría en decir que me he sentido maltratada por el hecho de ser mujer. Siempre he tenido, por parte de mis colegas, amigos o simplemente otras personas del sexo opuesto, la mejor relación y un respeto integral. Eso no implica que deje de reconocer que hay un problema muy grande en términos sociales de luchas por la reivindicación de los derechos de la mujer, especialmente el tema de la violencia. Creo que en el fondo es un problema de educación.

- ¿Qué recuerda de la relación con sus compañeros de clase?

¡Ah!, todos amiguísimos. Cuando me los encuentro, todavía me dicen como me llamaban en esa época: Martica. Y toda-

vía soy Martica Senn. Siento un gran cariño por todos y cada uno de ellos y me encanta encontrarlos así sea muy de vez en cuando, por ejemplo, si van después de un recital a saludarme o para celebrar algún ascenso profesional, o en la triste ocasión de compartir el dolor por el fallecimiento de alguno de nuestros compañeros.

- Y en las clases ¿cómo le fue?

Yo fui una estudiante excelente. Y no me conformaba con menos de la mejor nota.

Recuerdo que tenía un compañero de estudios que era inteligentísimo, se llamaba Luis Guillermo Sorzano. Cuando estábamos en los exámenes orales –que era la moda en ese momento– como su apellido comienza por s, Senn y Sorzano estaban seguidos y siempre nos pasaban juntos a los exámenes.

El tenía una mente brillante y yo lo admiraba por su capacidad de aprendizaje, de análisis y de cuestionamiento, pero en los exámenes se ponía furioso porque yo sacaba cinco y él cuatro con ocho. Siempre se quejaba y me decía que a mí me daban dos puntos más porque era más bonita que él (ríe).

- Hoy en día ¿qué le disgusta del Derecho?

Lo *torcida* que es su práctica.

- ¿Y qué le gusta del Derecho?

La carga humanística que debería tener.

- Volviendo atrás, ¿qué le disgustaba de la forma de educar de la universidad?

En esa época lo que pasaba era que la universidad –como ya le decía– era todavía colegio. Teníamos a monseñor Rodríguez Plata, quien se fijaba cómo venían vestidas las personas, controlaba si venían con corbata o no y si venían *presentados* para la clase... El ambiente era muy formal. Por supuesto, eso ha cambiado muchísimo.

Me hubiera gustado el uso de metodologías complementarias a la cátedra magistral y un mejor aprendizaje de técnicas de investigación que ya se practicaban en otras facultades de Derecho. La responsabilidad académica parecía ser más una carga del profesor; los estudiantes tomábamos nota y después teníamos que verificar frente a él lo que habíamos aprendido. Hoy en día, el hecho de que las cargas académicas estén en los hombros de los estudiantes y que el aprendizaje sea el de un colectivo, y sobre casos específicos, es seguramente más cercano a las realidades del país.

- ¿Cómo encuentra la relación entre los estudiantes y esas realidades del país?

Siempre la queja es: *no tengo tiempo, no tengo tiempo... mi carga académica es tan grande que no tengo tiempo para nada distinto a mi propio aprendizaje...* Yo pienso que en el proceso de aprendizaje hay que incorporar la noción de por qué y para qué uno está haciendo ese proceso. Y ahí cambia completamente la idea: ¿acaso es por las calificaciones?, ¿para sacar el grado? No es sólo para ser un excelente alumno y hacer un

proyecto exitoso de grado, es para tener los elementos profesionales necesarios para hacer un proyecto de vida, algunas veces en el día a día de lo académico, se pierde esta perspectiva.

- Cuéntenos un poco más...

Yo pienso que la academia tiene que vincularse y acercarse más al diseño de las políticas públicas.

Por supuesto, hay universidades que están trabajando directamente con quienes hacen las políticas públicas, no digo que no, pero creo que debe haber muchísima más vinculación entre la academia, lo público y la empresa. Y de esa triangulación bien cimentada puede surgir un mejor desarrollo social, cultural y económico, una mayor conciencia de la titularidad de los derechos humanos, de su garantía y de la importancia de la cultura como factores determinantes del desarrollo humano integral.

- ¿Qué otro tema le gustaría desarrollar en este cuestionario?

Algo en relación con el tema artístico, concretamente en Colombia. Digo que hay un talento muy grande, por lo menos en el campo que yo práctico que es la lírica. Me encuentro a cada rato con unas voces preciosas y de mucha musicalidad. Creo que está pendiente la tarea de generar mejores oportunidades para la circulación de ese talento. Si bien la política pública de fomento a las artes está ahí, ni las ejecuciones de esa política ni los escenarios propicios son suficientes.

En una ciudad de casi ocho millones de habitantes como es Bogotá, con tantas facultades de Música, el tema de circulación de talento está tremendamente limitado. Hay una temporada de ópera, que se llama Ópera de Colombia, llena de artistas extranjeros que vienen, no dejan nada especial, cobran y se van. Hay otra temporada de arte lírico con mayor espacio para el talento colombiano: la fundación Arte Lírico que sobrevive con muy pocos recursos, y hay una temporada de Jaime Manzur con el tema de la zarzuela, y esas son. La Fundación Opera Estudio, que promueve propuestas más trasgresoras y contemporáneas, pero que también sufre por falta de recursos. Estas son las oportunidades, nada más. ¿Y los teatros con la acústica propicia? Muy escasos.

Entonces, ¿qué hacen los músicos que entran con el sueño de llegar a ser cantantes líricos? ¿Qué hacen en este país?: esperar a que Gloria Zea les de una audición sin esperanzas porque son colombianos, esperar a que las otras tres entidades líricas les den una oportunidad de escasísimos recursos. Eso es todo lo que hacen. En Medellín el movimiento lírico parece tener mejores luces con la Fundación Prolírica, que trabaja hace quince años formando artistas vinculados a las diversas expresiones de la lírica; también hay algo en Cali. El tema frente al potencial artístico está muy cerrado y creo que el fomento al arte lírico esta pendiente junto con la tarea paralela de formación de público que aprecie la lírica de manera masiva.

- Finalmente, ¿qué pregunta le gustaría formularse?

Yo vivo cuestionándome (ríe). Vivo preguntándome todo el tiempo. Ese es el principio para llegar a tomar una decisión.

La pregunta principal es cómo enfrentar una circunstancia que le cambia a uno el modo de vida, que lo traslada de un camino a otro...

Juan Carlos Iragorri



Fotografía: cortesía Universidad del Rosario.

Estudió Derecho en la Universidad del Rosario. Autor de *Patadas de ahorcado* y *Mi guerra es la paz*, dos largas conversaciones con Antonio Caballero y Antonio Navarro Wolff. Trabaja como corresponsal de la revista *Semana* en Estados Unidos.

El primero libro que encontré fue sobre César Rincón: César Rincón: perfil de un hombre con casta; cerca de este estaba un anecdotario de política: Tiros de Guillermo León. A estos los siguió Patadas de ahorcado, una larga conversación con Antonio Caballero y después Mi guerra es la paz, en el que el interrogado fue Antonio Navarro Wolf. Estos son los libros.

Otra cosa es el blog del corresponsal de Semana en Estados Unidos. En él encontré una de las claves de esta investigación: uno puede estudiar Derecho y aprender, como consecuencia, a jugar billar. ¿Cómo es esto posible?

El 23 de febrero de 2009 a las seis de la mañana se reunió el Foro de Presidentes, y uno de los ponentes de ese día fue Juan Carlos Iragorri. Terminadas las exposiciones, pude hablar con él para preguntarle, entre otras cosas, cómo aprendió a jugar billar.

- Juan Carlos, ¿cómo empezó en el periodismo en Colombia?

Yo entré a *El Siglo* en julio de 1987, después de responderle a Álvaro Gómez cuáles eran los límites de Suiza. Para esa época yo ya era amigo de Juan Gabriel Uribe, quien es el actual

director y en esa época era el jefe de redacción. Yo estaba tan aburrido con el Derecho que lo único que quería hacer era escribir de deportes.

Entonces, Juan Gabriel Uribe –un tipo lleno de entusiasmo, que siempre tiene ganas de hacer proyectos– decidió sacar una revista que se llamaba *Tododeporte*. En esa revista supuestamente iba a escribir yo, pero resultó que mi primer día en *El Siglo* coincidió con que habían sacado al jefe de Internacionales y me nombraron jefe de esa sección.

Yo no tenía ni idea de nada, nunca en mi vida había escrito, y por supuesto todo el mundo se burlaba de mí. Un día el director de las páginas editoriales, Gerardo Bedoya, me dijo que tenía que escribir “El rincón del mundo”. ¡Qué susto tan violento!

“El rincón del mundo” era un editorial internacional, pequeño, que estaba al lado del Editorial; entonces Bedoya me dijo: “Escribe de lo que quieras, de lo que está pasando en Sri Lanka, de lo que está pasando en Irán...”, pero yo no tenía ni idea de lo que pasaba en Sri Lanka o en Irán; lo que hice fue leerme todos los cables de las agencias internacionales, que en esa época llegaban en rollos de papel, y de paso fui aprendiendo toda esa cantidad de *nombres raros*.

Al poco tiempo llegaron las primeras entrevistas. Tal vez la primera se la hice a algún embajador, acá en Colombia. Esas son entrevistas medio tontas porque los embajadores no dicen nada impactante, pero aun así, el susto era tremendo.

Luego, como me gustaba tanto la música, María Elvira Ardila, la jefa de la sección Cultural, me dijo que iba entrevistar a Serrat, y yo le pedí que me llevara. Así terminé entrevistando a Serrat en las escaleras del camerino del teatro Colsubsidio, justo antes de una presentación. Eso me pareció lo más emocionante en años; además, la entrevista salió en primera página, y con crédito: “Por María Elvira Ardila y Juan Carlos Irigorri”. ¡Me parecía lo máximo!

Después me pusieron a escribir las “Alusiones”, unas pequeñas píldoras en la página editorial. Allí empecé a escribir de todo; escribí sobre actualidad internacional y de vez en cuando hacía una entrevista. Al poco tiempo me pasó una cosa insólita: un día llamaron unos tipos de la República Árabe Saharaui Democrática para invitar a un enviado especial. Resulta que entre Maruecos y Mauritania existe un territorio que se llama el Sahara Español, al que supuestamente le iban a dar la independencia después de la muerte de Franco, pero al final Marruecos invadió toda esa zona y levantó un muro en el desierto para apropiarse del territorio, así que los saharauí montaron un grupo que se llamó el Frente POLISARIO (Frente Popular de Liberación de Saguía el Hamra y Río de Oro), y se armó la guerra.

Por esa época ocurrió una cosa escandalosa: Belisario Betancur, siendo presidente, decidió darle reconocimiento a estos tipos del POLISARIO, y fue a mí al que le preguntaron si quería ir de invitado a la República Árabe Saharaui y así terminé siendo el único enviado especial colombiano, gracias a la invitación de los tipos y porque Juan Gabriel Uribe autorizó que yo fuera.

Por eso viajé a Madrid –yo nunca había estado en Europa–, de ahí volé a Argel y de ahí a una ciudad que se llama Tinduf. Fui a ver los campamentos de estos tipos y duré veintiséis días en el desierto, en carpas, comiendo lentejas todos los días. Estando ahí, veía, muerto del susto, cómo estos tipos pasaban en unos camperos a cierta distancia del muro, esquivando los cañonazos que les disparaban desde Marruecos. Después volví a Colombia y sobre eso hice unas crónicas.

En *El Siglo* estuve entre 1987 y 1989. Después me llamó Enrique Santos Castillo y entré a *El Tiempo*. Ahí pude entrevistar a más gente y a muchos músicos, pues en *El Tiempo* escribía la página de rock.

Cuando llegué a *Cromos*, en 1991, empecé a hacer más entrevistas: entrevisté a Hernando Santos, director de *El Tiempo*, después pasé al *El País* de Cali, y ahí ya entrevistaba a los candidatos presidenciales. Después fui a parar a *Semana*, donde también entrevisté a los candidatos y además hice muchos artículos sobre Pablo Escobar y la guerra contra el narcotráfico.

En 1994 me fui para Washington a trabajar en la embajada de la OEA. Me quería ir de aquí para ver otras cosas. Al año siguiente fui a parar a la Embajada de Madrid, cuando Humberto de la Calle era el embajador, pero después se peleó con Samper y nos echaron a todos los de la embajada. En esas circunstancias, yo me quedé y fui el primer corresponsal de *El Tiempo* en Europa con un sueldo fijo.

Siendo corresponsal, entrevisté a José María Aznar y a los líderes de la oposición, entre ellos a Joaquín Almunia. Des-

pués entrevisté a Fernando Savater, a José Saramago cuando se ganó el Premio Nobel, a Mario Vargas Llosa y también a Gerry Adams, el líder del brazo político del IRA. Era una cosa totalmente distinta; entrevistar a grandes escritores y grandes políticos resultaba una cosa muy interesante.

En el 2002 hice el libro con Antonio Caballero y en el 2004 con Antonio Navarro; ahora estoy buscando otros libros para hacer. La entrevista es un género que me gusta mucho.

- ¿Cómo empezó en la radio?

Empecé a trabajar con Julio Sánchez Cristo a comienzos del 2002, cuando él se fue para España para fundar W Radio con Caracol. Con él trabajé un año, luego me retiré. Julio es un gran tipo y un gran hombre de radio, un genio.

Luego fui corresponsal de *Revista Cambio* en Europa y después volví a RCN. En el año 2007 volví de Estados Unidos y empecé a trabajar con Juan Gossaín en el equipo principal de programa, lo que se llama la mesa de trabajo. Ese es otro genio de la radio, sin duda.

- El primer libro que usted escribió, en compañía de Germán Bernate –y con fotos de Manuel H–, fue sobre César Rincón. ¿Qué le aportó esto? ¿Qué le aportó escribir de toros?

A mí me parece que escribir de toros es muy agradable para quien es aficionado y para quien le gusta escribir, porque el lenguaje taurino es muy rico. Hay expresiones que uno usa

corrientemente, como “hacer el quite”, o por ejemplo “darle el puntillazo”, que vienen de los toros, pero se pueden usar en muchos contextos. “Dar el puntillazo” lo puede decir usted de mil cosas, en mil situaciones de la política o de la economía.

También puede decir: “Le puso banderillas negras”, que es una señal de castigo para un toro que ha sido manso –lo cual es una vergüenza para el ganadero– y lo puede decir en muchos otros casos, por ejemplo: “El periódico *Le Monde* le puso banderillas negras a Nicolás Sarkozy porque metió la pata en esto o aquello...”. Otra: “Está toreando para la galería” o “está toreando para sol”. Cuando un político está toreando para la galería significa que es populista; simplemente está buscando impresionar a las personas que compran las localidades más baratas, las de sol.

Escribir de toros es muy sabroso porque usted tiene a la mano muchas expresiones. Usted puede decir que el torero estaba toreando “apretándose” –que quiere decir torear de cerca–, o que estaba “toreando poniendo la bragueta a'lante”, o “echando la pata a'lante”. “A'lante” con a, apóstrofo y *lante*. Usted puede decir: “José Tomás sacó la muleta, le dio distancia al toro, se cargó la suerte y con la bragueta a'lante citó al toro...”; ese tipo de cosas hace que sea muy grato escribir.

- ¿Qué piensa del uso literario en las descripciones que hace el lenguaje taurino? Por ejemplo las descripciones de los trajes de luces...

¡Ah! “de verde botella y oro”, o “con un traje pizarra y oro”, ¿me entiende?; o “un traje burdeos y oro”, o “de traje azabache

y plata”; hay expresiones que me gustan mucho. Otro ejemplo: el torero se “destocó”, que se usa para decir que el torero se quitó la montera. Todas son palabras muy bonitas; mucho del lenguaje taurino lo es.

Los picadores, el peto, el tercio de vara, cambiar de tercio—que se usa en la vida cotidiana para decir que se va a cambiar de tema. Usted me puede decir ahora *déjeme cambiar de tercio*, para decir que va a cambiar de tema... Por eso le digo que es muy agradable escribir de toros.

Antonio Caballero dice que él no es que sepa de toros—aun cuando escribe de toros y lo hace muy bien—, sino que lo que quiere hacer es literatura. Yo creo que a muchos les pasa eso. Joaquín Vidal, quien fue un gran crítico taurino de *El País* de Madrid, era un fabuloso escritor; de él decían que no sabía de toros, pero que sí sabía escribir.

- Siguiendo con sus libros: la política colombiana es una constante en ellos. ¿Por qué hacer estas preguntas sistemáticas sobre presidentes si usted conoce de otros temas que pueden ser igual de interesantes, por ejemplo, los Beatles?

Lo que pasa es que la política es un tema apasionante. Los Beatles, por otro lado, son una de mis grandes aficiones. Cuando yo tenía cuatro años salió un disco que se llama *Beatles 65*, y mi papá me lo compró.

En mi casa se oía ópera—que a mí no me gusta—y se oía mucha música clásica, entre la cual había melodías que me encanta-

ban, como las de Mendelssohn, las Tchaikovsky y las de Bach, por supuesto; pero lo cierto del caso es que lo que yo oía desde niño era los Beatles y esa fue la música con la que crecí.

Claro, para mí los Beatles son apasionantes, como para mí es apasionante el toreo o el rock, pero la política también lo es. De la política depende la vida de la gente. De esa tensión salen los que terminan elegidos al Congreso, a los consejos municipales, a las asambleas departamentales y a la presidencia. También los que resultan elegidos en las instituciones multinacionales: la ONU, la OEA, la Unión Europea, y eso tipos, finalmente, son los que reglamentan nuestra vida.

La política es apasionante porque es un tema sobre el cual a muchos les gusta discutir. Sí, a algunos nos gusta discutir de toros, a otros les gusta discutir de pintura universal o qué se yo, pero también de política.

Hay un manual de manejo de campañas políticas en Estados Unidos y el autor dice: mire, la primera cerveza probablemente fue elaborada hace tres mil años, pero seguramente lo primero que hicieron los dos tipos que se metieron una cerveza, fue discutir de política. ¿Uno que más hace? La política es una cosa divertidísima, que a uno lo indigna, pero que lo apasiona.

- Volvamos al tema de los Beatles.

Le voy a dar un dato sorprendente. En la biblioteca del Museo Británico en Londres –y esto está en el libro de Hunter Davies sobre los Beatles– cuando usted entra, encuentra entre los manuscritos, originales de sinfonías de Beethoven, de

cantatas de Bach; encuentra los originales de *Alicia en el país de las maravillas* y también uno de los originales de la carta de Juan Sin Tierra de 1215; pero a un costado encuentra una especie de anaquel, pequeño, y frente a él siempre hay más gente que en los demás sitios. Cuando usted se acerca... ¿qué es lo que está ahí?, son unos manuscritos de John Lennon y Paul McCartney, con el original de la letra de *Paperback Writer* y otras canciones.

Lo que sucedió fue que en un ensayo, Ringo Starr tenía esas hojitas, las tiró a la caneca y el periodista Hunter Davies le dijo: “Oiga, ¿por qué no me regala esto?”. Las cogió, se las llevó y resulta que eso es lo más visitado en la biblioteca del Museo Británico.

Hasta Mick Jagger ha dicho que ellos están en otra dimensión.

Eran tipos, sobre todo Lennon, irreverentes. Un tipo que toca ante la Reina, creo que en el Royal Albert Hall en Londres, y que al terminar la primera canción dice: “Bueno, los de las localidades baratas pueden aplaudir; los de las localidades caras, que hagan ruido con las joyas”.... Eso no lo hace cualquiera ante la Reina, menos un tipo de Liverpool, huérfano de padre.

McCartney era otro cuento, él no era un personaje como Lennon, pero McCartney hace las melodías más espectaculares del mundo. *Yesterday* –que es una canción mala en mi opinión– es la canción que más se ha escuchado en la historia de la música. En 1987, la Agencia F publicó un despacho según el cual, si en ese momento se volvieran a poner en una sola emisión, continuamente, todas las veces que se había escuchado

la canción *Yesterday* antes de 1987, uno la oiría por veintiocho años seguidos. O sea, para el día de hoy, eso podría ser... ¿cincuenta años, sesenta años?

I want to hold your hand también es una gran canción, una gran melodía. Hay canciones de lo que quiera. Coja el disco *Rubber Soul* –que es el que más me gusta– y ahí están: *I'm looking through you*, *Drive my car*, *Word*, *Nowhere man*, *Michelle*...

- Llega *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, llega el estéreo...

¡Ah! ¡Creo que eso sí fue una revolución! Hay muchas canciones en *Sgt. Pepper* que son fantásticas. La propia canción “*Sgt. Pepper*” en la que usted oye las trompetas de fondo, también “*With a little help from my friends*”... Los Beatles son un mundo, usted podría quedarse hablando de ellos por mucho tiempo, y sobre ellos se podrían hacer doscientos libros más. Son una cosa completamente apasionante.

En mi caso, cada vez que escucho música, después de unas horas, siempre termino oyendo los Beatles.

- ¿Tiene alguna canción preferida?

Siempre cambio de canción preferida. Ha habido épocas en las que he pensado que *I should have known better* es la mejor canción de los Beatles, otras veces creo que es *Help*; muchas veces creo que es *In my life* que está en *Rubber Soul*, otras veces pienso que es *drive my car*, o que es *here comes the sun* y

otras veces que es *If I fell in love with you*. ¿Quién sabe cual me gustará después?

Otra que me encanta es *Birthday*, una canción roquera que escucho siempre en mis cumpleaños. *Helter Skelter*, es otra gran canción... y así podríamos seguir. Son un mundo.

Mire, yo podría quedarme hablando sobre los Beatles, pero el otro punto es que yo trabajo para una revista como *Semana* y en una emisora como RCN, y yo no puedo hablar mucho de los Beatles porque la gente lo que quiere saber es cuál es el último desfalco financiero o qué fue lo último que hizo el jefe de la bancada de *no sé cuál* partido.

- Ahora, unas preguntas sobre su actividad como periodista. Las preguntas de la entrevista son una lotería, uno no sabe qué pueda responder el entrevistado. ¿Acaso no le angustia que la respuesta se salga de control, o que toque temas de los que no tiene ni idea?

Claro. Esas preocupaciones siempre las tengo. Normalmente uno lleva un cuestionario más o menos hecho, pero la habilidad del entrevistador consiste en seguir la entrevista así el entrevistado se le vaya por otro lado, o cuando durante la entrevista le dan una gran noticia que no esperaba y cambia las cosas por completo.

A veces contestan algo que uno no espera o dicen cosas que uno nunca habría creído. O uno piensa que admiran a un tipo y resulta que lo odian, o a la inversa. Pero uno tiene que estar preparado para eso. La experiencia le va dando a uno

más cancha para no asombrarse y para hacer preguntas muy difíciles de una forma más elegante, pues no se trata de herir al entrevistado, pero sí de hacer preguntas incómodas.

- Otra: ¿Una entrevista es una conversación o es una puesta en escena? De otro modo: para usted, ¿una entrevista es algo natural o algo artificial?

Hay gente que cuestiona mucho el género de entrevista y dice que no tiene sentido. Dice además que uno edita las repuestas del entrevistado –como lo va a hacer usted con esta entrevista– y que eso cambia todo.

Hombre, obvio que hay que editar, porque uno no habla como escribe. Yo meto menos la pata escribiendo que hablando, y por eso usted me tiene que editar, de lo contrario la entrevista queda mal.

A mí me parece que una entrevista es una conversación; aun así, hay distintos tipos de entrevistas. Es diferente entrevistar a un presunto delincuente que a *Presuntos Implicados*: cuando uno va a hablar con un funcionario o con un delincuente uno lo va a cuestionar duramente sobre un tema y en ese caso la entrevista está llena de tensión. Es distinto a si uno va a entrevista a Serrat. Si voy a entrevistar a Serrat le hago una entrevista en la que le cuestiono algunas cosas, pero además le voy a hablar de poesía, le voy a preguntar de su infancia en Barcelona, de la democracia, de “De vez en cuando la vida” o de “Mediterráneo”.

Los entrevistados son muy distintos. A veces uno piensa que el entrevistado va a hablar larguísimo y resulta que habla muy poco: me pasó con Presuntos Implicados, un grupo que me encanta, pero como entrevistados resultaron un ladrillo. En cambio, cuando fui a entrevistar a Miguel Bosé –quien me parecía un tipo frívolo– descubrí que era un tipo de una gran cultura, un tipo inteligentísimo, sensacional, con el que podría haberme quedado conversando por horas.

He entrevistado a Fernando Savater, un tipo fascinante; a George Steiner, posiblemente el mayor sabio europeo; también he entrevistado a narcotraficantes, a líderes de las FARC, y en ningún caso uno sabe con qué se va a encontrar.

Ahora, lo de puesta en escena: puede darse si usted tiene que hacer todo un armazón en la televisión para entrevistar al tipo. ¿Qué si la entrevista está dirigida? Pues un poco: si usted tiene solo cinco minutos para entrevistar, previamente habla con la persona y le dice: “mire, lo que les interesa saber a los oyentes es esto”. Hay que anticiparle un poco cuál es el tema; eso se puede hacer en determinados casos; quien diga que no, miente.

La entrevista me encanta porque es un género muy vivo; cuando usted la lee –sobre todo las de pregunta-respuesta– se nota la vida. El libro de Caballero y el de Navarro son un muy buen reflejo de la conversación. Hay poca edición; además, hablan coloquialmente, y están editados para que se sienta así.

- ¿Qué espera en la respuesta de una persona que está entrevistando?

Que me conteste la pregunta. Yo insisto mucho, y repito: “Usted no me ha contestado la pregunta”.

En Inglaterra hay un periodista fabuloso que se llama Jeremy Paxman. Es, posiblemente, el mejor entrevistador de Inglaterra. Y se hizo famoso porque una vez le hizo casi diez veces la misma pregunta a un entrevistado, hasta que se la contestó.

Evidentemente, el entrevistado está en todo su derecho de contestar o de no hacerlo, pero yo sí espero que me contesten las preguntas. Los políticos, y sobre todo los que gobiernan, usualmente no contestan las preguntas. Hay muchos que tienen la costumbre de decir “siguiente pregunta”. El presidente Uribe lo hacía y el presidente Roosevelt lo hacía en Estados Unidos. Eso no me gusta.

Lo que yo trato de hacer es formular lo que las personas se preguntan. Hay que preguntar lo que se cuestiona un ama de casa, un ingeniero, un albañil o un profesional; a veces, lo que se preguntaría un niño. Ahí está el éxito de las preguntas.

- En el libro de Caballero usted formula una pregunta que a mí me parece muy difícil. La pregunta es: “¿Cómo y cuándo empezó a leer”? ¿No le parece una pregunta muy arriesgada?

¿Por qué?... A propósito, me encantan las preguntas que empiezan diciendo “¿por qué?”. Siempre que un tipo de estos

le contesta a uno algo, uno tiene que preguntar: ¿por qué?, ¿por qué? y ¿por qué?... Larry King, el entrevistador de CNN, dice que es una persona que casi nunca hace preguntas para responder con sí o no. Los entrevistados pueden decir sí, no y parar. En cambio, si usted pregunta ¿por qué tal cosa?, los tipos tienen que echar un rollo más largo y desnudar más el alma. Pero ¿por qué cree que la pregunta es arriesgada?

- Creo que es arriesgada, pues, si bien existe la teoría de la gran cultura o de los libros que uno debe haber leído, en mi experiencia, los libros fundamentales han sido libros... tipo B.

Bueno, déjeme ponerle un ejemplo. Antonio Caballero tenía una gran biblioteca en la casa, la de Eduardo Caballero Calderón, su papá. Entonces, él me dijo que había comenzado leyendo el *Romancero Español*, que además es fantástico.

En cambio, Fernando Savater empezó leyendo *Las aventuras de Tintín* y es un gran admirador de Tintín. Yo no me imagino a Caballero teniendo en la casa una estatua de Tintín hecha en papel maché. Pero Savater tiene la casa llena de cosas de Tintín; es su ídolo y a mí no me parece que eso esté mal.

Ahora, yo empecé a leer unos cuentos de los hermanos Grimm, y unas antologías de cuentos; a medida que pasó el tiempo, fui leyendo cosas distintas: leía novelas y luego biografías. Me han gustado mucho las biografías. Cuando estaba en la Universidad leí muchas de personajes de la Revolución francesa: Fouché, Robespierre, María Antonieta, Napoleón, Mirabeau. Ahora que vivo en los Estados Unidos he esta-

do leyendo sobre Kennedy, las biografías de Roosevelt y de Lincoln.

- Háblenos acerca de su experiencia en las grandes universidades de Inglaterra y de Estados Unidos ¿Qué aprendió? ¿Qué encuentra de diferente? ¿Qué les envidia?

Mire, en el año 2001 me gané una beca de la Fundación Reuters para ir a estudiar a la Universidad de Oxford. En el año 2007 me gané una beca en el Weatherhead Center for International Affairs, que es el centro de estudios internacionales de la Universidad de Harvard. Eran becas parecidas, becas para que los periodistas vayan a aprender lo que quieran, becas en las que yo no tenía que presentar exámenes.

- Háblenos un poco sobre Oxford.

Bueno, Oxford puede ser la mejor universidad de Europa. Su primer *College*, que es el University College, es de 1248. En Oxford estudiaron John Locke, Jonathan Swift y Sir Walter Raleigh –el gran investigador y conquistador británico, un guerrero sanguinario. Ahí estudiaron Edmond Halley y Oscar Wilde, y si usted sigue hacia atrás encuentra a muchas de las personas que construyeron gran parte de la civilización occidental europea. El simple hecho de entrar a esos *College* y ver los cuadros de esos tipos en unos claustros que tienen seiscientos años, lo deja a uno asombrado.

En Oxford funciona el sistema tutorial, que consiste en que los estudiantes de cada uno de los cuarenta y pico de *College*

de Oxford tienen un tutor, un gran profesor. Este les propone unas lecturas, ellos presentan un ensayo sobre las lecturas, el tutor discute con ellos sobre el ensayo y al aprobar el ensayo se toman un jerez dulce, un *cherry*. Eso me parece una cosa increíble. Otra cosa que me gusta es que a la hora de cuestionarlo o de responderle a usted, lo pueden volver añicos, pero con toda la elegancia del caso.

Hay una anécdota que ocurrió unas semanas después de que empezó la Primera Guerra Mundial. Gran parte de los estudiantes de Oxford se fueron a pelear a la guerra, pero no todos. Un domingo salió un estudiante de *Merton College* a caminar por una calle de Oxford, y lo paró una viejecita en una esquina. Ella, indignada porque el estudiante estuviera ahí, le preguntó que cómo se atrevía a estar caminando tranquilamente en un domingo soleado de Oxford, en lugar de estar en la guerra defendiendo la civilización. El tipo le contestó: “Señora, lo que pasa es que yo soy la civilización que están defendiendo en la guerra”. Y creo que decía la verdad.

- Cuéntenos algo sobre Harvard.

Harvard es otra cosa. Las universidades norteamericanas están a la vanguardia, y como tienen tanta plata, pueden contratar a profesores de la talla más alta. La clase más popular de Harvard se llama *Justice* y la dicta Michael Sandel, quien habla en su cátedra sobre dilemas éticos. Estos profesores son tipos muy buenos, muy preparados y con todos los recursos para hacer lo que quieren, tanto así que hay unas becas en Harvard después de las cuales a los becarios les tienen que poner un psicólogo para que les explique que van a regresar a la vida real.

Tienen a un gran profesor de música como Thomas Forrest Kelly, quien dicta una gran clase, la segunda más popular de la universidad, que se llama *First Nights*. En esta clase, el tipo cuenta cómo fueron las noches de estreno de grandes obras de la música como la novena Sinfonía de Beethoven o el Mesías de Handel, y todo esto lo cuenta poniendo fotos de los sitios de estreno, tocando piano y, al final, llevando a una orquesta a tocar en el teatro *Sanders* de Harvard. Cuando uno sale de ahí, siente que está en otro planeta. Uno no puede creer que eso sea posible; que uno, en *bluyines*, se siente durante dos horas a oír cómo se tocó por primera vez la Novena Sinfonía.

Hay que decir esto: allá son mucho más importantes los estudiantes de pregrado. Esos son los importantes de Harvard, los otros somos gente de segundo nivel. Uno pone en la hoja de vida que estuvo en Harvard, y es verdad, y tomó todas las clases que quiso, pero los tipos importantes son los de pregrado.

- Después de haber conocido estas ciudades, ¿cuál es su opinión sobre Bogotá?

Yo crecí en Bogotá. Es una ciudad que me parece muy desordenada, pero muy divertida. Siempre hay cosas para hacer, siempre hay gente interesante. El clima –aunque llueve y hace sol varias veces al día– es relativamente agradable.

Digo que es desordenada, en parte, porque es una ciudad en la que no se puede caminar. Yo lo único que pido para tener una vida agradable son cosas muy sencillas: que uno pueda caminar, que haya buenos buses... Pero no, resulta que aquí

los buses no funcionan bien y no se puede caminar porque los andenes son un desastre.

Pero, bueno, es la ciudad donde tengo amigos, donde tengo algunos familiares. Es la ciudad donde recuerdo lo que viví cuando era niño. No me parece una ciudad bonita; la sabana de Bogotá es preciosa, pero Bogotá, en términos generales, no es una ciudad bonita si uno la compara con otras grandes ciudades del mundo, y en eso no hay que engañarse.

A mí me gustan los bogotanos; no estoy de acuerdo con los tipos de provincia que dicen que los bogotanos son unos tipos aburridísimos. En Bogotá hay gente sensacional, gente fantástica.

- Para usted, ser paisa, ser bogotano, ser boyacense, ser payanés ¿significa algo en especial? Es decir, ¿las regiones, para usted, marcan a las personas?

A mí me parece que el desarraigo es una virtud en la vida. Yo odio los patriotas. Considero ridículo que la gente crea que si uno vive en el exterior –como es mi caso– tiene que venir a salvar a Colombia. Creo que mi aporte a Colombia, si es que existe, es que presento noticias sobre lo que pasa en otros países. A veces son cosas buenas, y de pronto acá alguien toma la idea.

Me parece que apelar a esas palabras como “patria” puede sonar muy lindo, pero ha generado muchas guerras. A pesar

de todo eso, yo sí creo que a uno lo influye el sitio donde nace o de donde son sus papás. Yo crecí en la casa de un señor de Popayán. Mi papá se llamaba Edgar Iragorri Zamorano, un tipo de familias de Popayán y de Cali. Él vivió casi toda su vida en Bogotá, desde los ocho años, pero creció en una ciudad donde se construyó gran parte de la historia de Colombia del siglo XIX.

Silvio Villegas decía que “en una sola calle de Popayán se concentra media historia de Colombia”, y yo creo que eso es verdad, aunque a la gente no le guste. Entonces, cuando uno crece en una ciudad donde en un buen número de familias ha habido grandes hombres –grandes hombres que cometían grandes errores– y se le habla de esto, algo queda impreso. Yo crecí en una casa en la que me hablaban de estos tipos y a mí eso me dejó por lo menos ciertos gustos.

Pero yo viví toda mi vida en Bogotá. Nací en Cali y llegué a Bogotá cuando tenía seis meses, por lo cual yo soy bogotano. Admiro mucho a Bogotá; me parece una ciudad caótica, pero nunca aburrida. Tengo a mis amigos en Bogotá, hablo como bogotano, soy un gran defensor de los bogotanos, y me parece que es una ciudad que ha ido saliendo adelante. En la moda también se imprime. Yo me visto bastante mal y por lo general con lo mismo: *bluyines* con un bléiser azul y sin corbata, me cuesta mucho ponerme una cosa de colores... Estas son cosas que parecen tontas, pero que a todo el mundo le interesan cuando están por la mañana vistiéndose.

- Ahora, ¿qué piensa de las otras ciudades en las que ha vivido?

Washington me parece una ciudad preciosa. El centro de Washington me parece imponente, pero de noche es una ciudad aburrida.

Se ha vuelto un poco más de moda desde que ganó Obama, especialmente en la calle que era la que antiguamente dividía la población blanca de la negra. Hoy en día se ha llenado de bares fantásticos y de discotecas, aun así, el centro de Washington es aburrido, lleno de oficinas gubernamentales.

En esta ciudad todo el mundo gira alrededor de la política. Todos los tipos están vestidos de gris, todos son funcionarios del Congreso, del Departamento de Defensa o del Departamento de Justicia... y funciona así.

- ¿Y Madrid?

Madrid me parece la mejor ciudad del mundo. Tiene el grado de desorden que yo necesito para vivir, además tiene un transporte público estupendo: su metro es uno de los de mayor cobertura en Europa, los autobuses funcionan maravillosamente bien, y hay miles de taxis. Pero hay otras cosas que me gustan de Madrid, por ejemplo, que la mayor parte del año el cielo es azul, y el azul que tiene Madrid no lo tiene ninguna ciudad.

Es una ciudad en la que se puede comer bien en cualquier esquina, ¡absolutamente en cualquier esquina! También se

pueden conseguir restaurantes baratos y muy buenos. Un periodista español dijo que mientras un barcelonés vive todo el tiempo pensando en la belleza de su ciudad, un madrileño no se escandalizaría si un día se levanta y se da cuenta de que cambiaron el Museo del Prado por un parqueadero, siempre y cuando encuentre en dónde almorzar bien.

Es una ciudad llena de bares, en la que se sale a conversar, a caminar, es una ciudad donde la gente está en la calle. El éxito de las ciudades está en que la gente no quiera estar en las casa sino en las calles, que la gente quiera caminar por los parques, por las esquinas, detenerse a ver gente y sentarse en los bancos de los andenes.

Como dice Sabina: “Yo me bajo en Atocha, yo me quedo en Madrid”. Me parece que uno tiene que quedarse en Madrid.

- Pasemos a Boston.

Bueno. Boston, donde vivo ahora, es una ciudad fantástica. Todo lo que sucedió en los Estados Unidos, sucedió primero en Boston: tiene la universidad más antigua de los Estados Unidos, que es Harvard, tiene el primer colegio público, la primera piscina cubierta, el hotel más antiguo en funcionamiento...

Es una ciudad muy liberal, un lugar donde se puede caminar: la gente allá sale todo el tiempo a la calle. Me encanta que en las calles de Boston puede estar haciendo el frío más feroz del mundo y aun así la gente sale, no les importa, simplemente se abrigan y salen a la calle. No es una ciudad muy grande, pero

es una ciudad con una vida cultural impresionante y con gran personalidad.

No conozco a nadie que haya vivido en Boston y no haya salido enamorado de la ciudad, salvo por el frío, que a algunos les da muy duro.

Yo también viví un tiempo en Oxford: un sitio precioso. Una ciudad muy pequeña, pero que tiene los *Colleges* que cargan con siglos de sabiduría encima. Además, tiene unos *pubs* fantásticos, en los que la gente sale a tomar cerveza y a conversar.

Cuando estaba en la beca de la Fundación Reuters, en Oxford, lo mejor era que por la noche salíamos a los *pubs*, y dos veces a la semana nos llevaban a un gran periodista inglés para que hablara con nosotros. Y, claro, aprendimos más sobre periodismo sentados tomando cerveza con esos tipos que sentados en un salón de clase.

Volviendo con Bogotá, aquí a veces me siento muy constreñido. Uno va a un parque y se encuentra a unos tipos armados. Me parece absurdo. Acá todo está lleno de unos señores armados, y todos los muros que rodean los edificios tienen en la cima unos espirales de alambre de púas que parecen de la Segunda Guerra Mundial. A mí me sorprende que la gente diga que eso es un buen vivero.

Para mí un “buen vivero” es un lugar donde uno pueda salir a la calle tranquilo y pensar que no lo van a matar –aunque claro, lo pueden matar en Madrid, y allá han estallado bombas cerca de mi casa. Pero lo que creo es que un *buen vivero*

no es estar metido en la casa, con tres muchachas de servicio y salir en un carro blindado para llegar a un club. Eso no es un buen vivero, y el que diga lo contrario –y yo sé que van a estar en desacuerdo todos los que lean esto– creo que está completamente equivocado y no se ha dado cuenta cómo es la vaina.

- Hablemos de sus años de estudio en la universidad. En su *blog* de *Semana* usted dice que lo que aprendió cuando estaba estudiando Derecho fue a jugar billar. Cuéntenos cómo fue eso.

A mí me encantaba jugar billar. Me pasé varios días de la Universidad, jugando: las clases eran de siete a una y el horario del billar era de ocho a doce, y cada hora pasaba un compañero a contarme qué había pasado en clase. No me arrepiento, porque había clases muy aburridas, como en todas las universidades las hay. En Harvard las hay, en Oxford también... no vaya a pensar que eso es solo un mal de Colombia.

En el curso teníamos tres o cuatro grandes billaristas. Uno de ellos era José Miguel Robayo, de Manta Cundinamarca, quien hoy día es notario; él fue quien nos enseñó a hacer “el tornillo”. Otro gran billarista fue Felipe Herrera, uno de mis grandes amigos en la universidad, quien pudo hacer una cosa impresionante en la historia del Rosario: llegar a ser Colegial, así se hubiera escapado de clase para ir a jugar billar. Eso me parece asombroso.

Otra de las personas con quien jugaba era Pedro Medina, quien era un fracaso como billarista: nos reíamos mucho de

él porque una vez perdió el año por estar jugando billar, y aun así no aprendió a hacerlo. Otro billarista muy frecuente era Samuel Moreno: con él yo estudié los once años de colegio y los cinco de universidad. “Rojas” –como lo llamábamos desde el colegio– no es mal billarista, y tiene mesa en la casa, pero decíamos que hacía carambolas porque tacaba muy duro. Le da durísimo y la bola termina dando vueltas por toda la mesa.

El billar me parece apasionante, sobre todo cuando intento jugar a tres bandas, pero la carambola libre me llamaba más la atención. Había veces que podía hacer cuatro carambolas en una tacada, otras que hacía solo una; raras veces hacía nueve, pero una vez, en un momento de inspiración, logre hacer veintitrés carambolas en una tacada. Estaba en un billar de la Caracas jugando con Felipe Herrera, como compañero de equipo, contra Martín Carrizosa –quien hoy en día tiene una de las grandes oficinas de abogados de Bogotá– y un amigo de él... que no me acuerdo cómo se llamaba.

Otro gran billarista con quien jugué mucho fue con Jaime Sánchez Cristo. Le encanta el billar y es un gran billarista. Pero, claro, él compra unos tacos de maple canadiense, una cosa muy sofisticada... y no los hacía quedar mal. Mientras tanto, yo jugaba con un taco torcido...

Ahora que trabajo en RCN me dicen que van a poner unas mesas de billar en las oficinas. Pienso que es una de las mejores decisiones que ha tomado la organización Ardila Lule en muchos años.

Como le decía, en el Rosario me aficioné al billar porque algunas clases eran muy aburridas y no me arrepiento en lo más mínimo. Por esas clase aburridas, además de jugar billar, leí muchísimo. En clases, como las de Derecho Procesal, nunca puse atención, me dediqué a leer sobre la Revolución francesa y pasé el examen de puro milagro. También leí *Los golpes de Estado en Colombia*, de Antonio Álvarez Restrepo, quien era profesor de economía colombiana. No era mal profesor, pero me parece que hubiera sido más divertido si hubieran puesto a Álvarez Restrepo a hablarnos sobre los golpes de Estado. También me hubiera parecido más divertido si nos hubieran puesto a hablar con Antonio Rocha —un gran maestro del Derecho— sobre sus lecturas y sus experiencias; cosa que habría sido más apasionante que haberlo puesto de profesor de Derecho Probatorio.

Yo creo que la Universidad debería pensar que entre su planta hay muchos profesores que saben una cantidad de cosas, que son entretenidos y que podrían enseñar sobre muchos temas, pero que los estudiantes los pierden porque los ponen a dictar unas clases que son unos ladrillos.

- ¿Y le siguió la pista al Rosario después de su salida?

Yo aprecio mucho a la Universidad del Rosario. Me parece una institución muy seria, que ha tenido épocas malas y buenas.

Es una universidad con una historia muy vieja: esas cosas no se improvisan, y si se le saca provecho, funcionará. Aunque no es fácil, eso toma tiempo, al igual que les tomó tiempo convertirse en una gran escuela de jurisprudencia.

A mí no me molesta en lo más mínimo que el Rosario parezca un colegio, o que hayan tenido una campana. ¡Por Dios, Oxford también!

No es cuestión de la campana; a veces pienso que sería mejor no ser tan acartonados. No estoy diciendo que quiten las placas de Policarpa Salavarrieta, ni la de Goethe, ni la de Antonio Rocha, pero sí ser un poco menos *ladrilludos*: yo aprendí Derecho Comercial dictado, y había que recitar en el examen lo que el tipo había dictado, sino la respuesta no valía. Por esto, evidentemente, yo no sé nada de Derecho Comercial.

- ¿Cuál fue el profesor del que más aprendió?

El profesor del que más aprendí fue de Luis Carlos Sáchica. Yo era un alumno mediocre de esa clase, pero siento que aprendí más que los que sacaron cinco. Me parece que era un hombre que daba una visión clara de lo que era la Constitución del momento, es decir, lo situaba a uno muy bien dentro de esa carta fundamental.

Además, de su clase me gustaba que explicaba con claridad y que era un profesor muy vivo y muy interesante. El horario de la clase era los lunes, miércoles y viernes de 9:00 a.m. a 10:00 a.m., y en ese horario, Sáchica logró el milagro de sacarme del billar. Era mucho más entretenido oír a Sáchica que jugar billar.

Esto también me pasó con Nemesio Camacho, que nos daba Teoría General del Estado. Con él aprendí lo que era ese gran

marco: qué es el Estado y los grandes principios del Derecho Público.

Antonio José Cancino me pareció un buen profesor de Derecho Penal. Me parecía muy entretenido. La Historia de las Ideas Políticas también ha sido importantísima en mi vida. Alirio Gómez Lobo y Carlos Arenas fueron mis profesores. En ocasiones los libros que nos sugerían me entretenían más que los mismos profesores, pero en parte fueron buenos profesores por eso mismo, porque nos pusieron a leer muy buenos libros. Además, a veces tenían monitores muy buenos. Entre ellos, Carlos Ariel Sánchez que hoy es registrador.

También tuve unos profesores que eran un ladrillo... ¡Bestiales! Tuve otros profesores *cuchilla* que me hicieron cogerle fobia a esa forma de aprender el Derecho. También tuve profesores a quienes les interesaba más que uno fuera de corbata a que uno fuera con los conocimientos en el cerebro. Me parece que ser un profesor así es ser un pendejo; yo entiendo que uno debe tener ciertas formalidades –en Oxford los hacen ir de toga a algunos exámenes–, pero eso no puede ser más importante que lo que uno piense o aprenda.

- ¿Qué siente al ver a sus compañeros de clase crecer y convertirse en alcalde o registrador?

Pues, hombre. En mi curso había una cosa muy particular: mucha gente no ejerció el Derecho. Ahora, desde el punto de visibilidad política, el más importante ha sido Samuel Moreno: para mí, como su compañero, ver a Samuel Moreno de alcalde resulta una buena noticia. Que él lo haga bien o mal en la

alcaldía, eso no lo sé; me parece que ha hecho cosas buenas y también me parece que ha hecho cosas muy malas. En general, veo que la gente está muy descontenta con él y yo, como periodista, tengo que constatar eso. Pero a mí me alegra verlo ahí. Siempre lo he visto como un hombre inteligente, nunca lo he visto de mal genio y me parece mejor estudiante de lo que la gente cree...

¿Quién más? ¡Ah! Está Ricardo Vanegas –un abogado muy bueno–, quien además es el abogado de gran parte de los que no ejercimos el Derecho. Vanegas es un tipo que sabe de Derecho y que le gusta; Felipe Herrera, que era Colegial, trabaja con él. Juan Carlos Córdoba, que trabaja en la British Petroleum. Liliana Perdomo, una gran tributarista; Carolina Barraza...

Una cosa que me gusta mucho de mi curso es que ninguno se ha vuelto muy estirado. Eso lo valoro muchísimo. Uno podría pensar que se las van a dar... y no, ninguno. Cuando los veo, son los mismos tipos que yo conocí en enero de 1979. Hacen los mismos chistes, nos reímos de las mismas cosas. En términos generales, es gente divertida, maravillosa. Creo que a algunos los hice reír mucho, y con ellos me reí mucho en el Patio del Rosario.

Felipe Zuleta Lleras



Fotografía: Julián Sabogal.

Estudió Derecho en la Universidad Externado de Colombia. Ha trabajado en diferentes medios de comunicación como *ombudsman* y periodista. Participa como columnista en el periódico *El Espectador*. Autor del documental *La pobreza: un "crimen" que se paga con la muerte*.

Entre cuatro de las fotos de Adriana Duque, tres que componen la serie “Collectibles” y una de las que compone “Sagrada Familia”, se respondieron las siguientes preguntas sobre política, escritura, periodismo, ateísmo, cocina y sí, también Derecho.

Felipe Zuleta Lleras fue director de Inravisión después de salir de la Facultad de Derecho y el primer defensor del lector del periódico El Tiempo. Siempre ha estado cerca de los medios de comunicación, aun en el momento en que se graduó del Pacific Institute of Culinary Arts en Canadá. Miremos cómo.

- ¿Por qué estudió Derecho?

Yo quería estudiar Periodismo, pero mi abuelo Alberto Lleras me dijo: “Mire, los periodistas nacen, no se hacen. Si usted quiere ser un periodista medianamente decente, lo mínimo que debe entender es cómo funciona el Estado”, y eso fue lo que me llevó a la decisión de estudiar Derecho.

El viejo me dijo: “Estudie Derecho y después me va a dar la razón de que el Derecho es mucho más importante para su formación que la que pudieran dar en una escuela de Comunicación Social”, y la verdad es que tenía razón. Usted nota la diferencia entre un periodista abogado y un periodista no abogado: es del cielo a la tierra.

Por ejemplo, aquí no saben cuál es la diferencia entre una providencia de trámite y una sentencia definitiva. Eso es lo que a uno le da el Derecho.

- Además de esto, ¿recuerda otras circunstancias sociales o familiares que lo hayan llevado a estudiar Derecho?

No necesariamente... Aunque por el lado paterno, mi abuelo era abogado, muchos de mis primos también lo son y mi hermano mayor es abogado. Pero no era que a mí me interesara mucho el Derecho, lo hice por consejo del abuelo. Y tenía razón.

- ¿Cambió su opinión frente al Derecho antes de empezar la carrera y después de comenzar a estudiarlo?

Antes de estudiar Derecho yo no me preocupaba mucho por ese mundo y las cosas que oía por ahí no me interesaban.

Cuando empecé a estudiar, como yo sabía que no tenía que vivir del Derecho, entonces lo disfruté. No recuerdo haber tenido ni un solo día de crisis en la Facultad de Derecho, ni uno, por difíciles que me parecieran los temas. Por ejemplo, Obligaciones con el doctor Hinestrosa. Yo creo que no hay nada más jodido que eso, porque el viejo abría unos paréntesis para meterse en las pandectas y las digestas, y hasta después de seis o siete meses cerraba el paréntesis. Pero como yo sabía que no tendría que sentarme a concretar demandas o autos, entonces disfruté mucho las clases. La verdad, fui feliz en la Facultad de Derecho.

- ¿Algo le sorprendió después de empezar a estudiar Derecho? ¿Alguna decepción con las clases o los temas?

No. Pero como todos, tuve profesores buenos y otros menos buenos. Yo no me acuerdo de un profesor del que se dijera “¡qué tipo tan malo!”... o de golpe uno —que no lo menciono—, pero en ese caso lo que decidí fue no volver a su clase. Compré los libros de la materia, los estudié y presenté el examen final por el cien por ciento de la nota de la materia.

Para mí era un placer ir a oír a esos viejos —que al final no eran ni tan viejos. Realmente, era una delicia asistir a esas clases. También tuve profesores magníficos; tanto así que seis de ellos hacían parte del grupo de magistrados que murieron en el Palacio de Justicia. Le estoy hablando de Carlos Medellín, de Manuel Gaona, del doctor Gnecco, y de otros profesores estupendos. Fue por esto que yo tuve que presentar los exámenes finales de quinto año con seis profesores supletorios.

Otra cosa que me sorprendió para bien fue que, sin que me diera cuenta, las clases iban cambiando mi estructura de pensamiento, lo fueron estructurando hasta volverlo un pensamiento liberal. Esa, ciertamente, es una de las ventajas que tiene el Externado.

- ¿Cómo fue su experiencia en el consultorio jurídico?

Yo hice consultorio jurídico en derecho público, específicamente en los temas que tuvieran que ver con el Instituto de

Seguros Sociales: reclamaciones de pensiones, reparaciones directas, etc.

En alguna oportunidad llegó un señor sin un brazo –lo había perdido trabajando en alguna entidad del Estado–; entonces, cuando nos sentamos a determinar qué acción debíamos interponer, tuvimos la *cachaza* de mirar si era reparación directa o restablecimiento del derecho. Entonces alguien dijo: “¿Qué le van a restablecer? ¿El brazo? No sean tan *buevones*”. Y ese día entendí que no habíamos aprendido un carajo.

- Después de pasar por sus estudios, ¿cómo vio el Derecho en la realidad, en la práctica?

Pues, mire: todos los días que practico el periodismo, practico el Derecho. No hay una sola columna de opinión, artículo de revista o entrevista de televisión o de radio –porque he pasado por todos los medios– en la que no sea más abogado que periodista, porque siempre estoy cuidando no transgredir las normas: no calumniar, no injuriar, no violar los derechos humanos, respetar el derecho de opinión, la libertad de expresión... Ahí es donde tengo la formación jurídica.

Tampoco hacer preguntas descabelladas en relación con temas de Derecho, porque eso es lo que uno ve a diario. Vea a los periodistas que no tienen nada que ver con el Derecho y se dará cuenta de que hacen unas preguntas que lo hacen pensar que a ellos lo que les faltó fue ir a una clase de derecho constitucional.

- Y ¿cómo se dio la transición hacia el periodismo?

Yo salí de la universidad a los veintiséis años y, recién egresado, Virgilio Barco cometió el acto de irresponsabilidad de nombrarme director de Inravisión, cargo que en ese momento era casi más importante que el de los ministros del Despacho. El director de Inravisión era el que manejaba toda la televisión colombiana: todo lo que hace la Comisión Nacional de Televisión, pero solo en una persona.

Yo estuve ahí dos años y pico, y la verdad no me fue mal en el puesto: no tuve investigaciones, no tuve problemas. Me entregaron Inravisión en quiebra y lo entregué con un superávit, poco, pero organizado.

Después el presidente Barco me nombró consejero de comunicación a finales de los ochenta, más o menos entre 1989 y 1990. Una vez que salí de ahí, decidí que definitivamente lo que a mí me gustaban eran las comunicaciones, así que empecé como columnista del diario *La Prensa* de los Pastrana, diario que le había hecho la oposición al gobierno de Barco, con quien yo tenía una relación profesional desde cuando él estaba en la –en esa época, respetable– Casa de Nariño. Ahí arranqué en el periodismo.

Traté de incursionar como ejecutivo joven en Asocolflores –el gremio de los exportadores de flores–, pero me di cuenta de que ese no era mi tema.

Entonces, arranqué en *La Prensa* y luego me nombraron como primer defensor del lector del diario *El Tiempo* –como primer

Ombudsman— y desde ahí arranqué a trabajar con RCN, con Caracol, con *El Espectador*, con *no sé quién...* hasta hoy. No he parado.

- ¿Alguna experiencia que haya marcado un antes y un después en su vida como periodista?

Tal vez las amenazas contra mi vida, por las cuales me fui para Canadá. La vuelta de Canadá me permitió ver el país de una manera totalmente diferente. Antes yo era mucho menos consciente de lo que significaban los derechos fundamentales, los derechos de las minorías y los derechos humanos.

Puedo decir que me fui en una circunstancia desafortunada, porque me tuve que ir como asilado y sin recursos económicos, pero volví afortunado por el solo hecho de haber vivido en un país realmente desarrollado durante nueve años.

Cuando llegué a Canadá y vi en los titulares del periódico: “Ataque de un oso a señora en Richmond” o “Perece niño en un triciclo”, yo pensé que esos canadienses estaban locos, ¡pero no!, resulta que los que estamos locos somos nosotros.

Le voy a poner un ejemplo coyuntural:, en Santa Marta murieron por desnutrición catorce niños Kogui, pero en esa misma época el tema de todos los medios fue que mataron a un hipopótamo. A mí me parece tremendo lo del hipopótamo, pero yo no me acuerdo de haber oído al señor Julio Sánchez ni a ningún medio de comunicación hablar de los catorce niños desnutridos, ni que el tema del día haya sido la muerte de los jóvenes de Soacha. El tema del día fue el hipopótamo.

Entonces, o los colombianos se volvieron locos o el que se volvió loco fui yo... y tengo los valores invertidos.

- Quiero preguntarle un poco más sobre ese momento crítico. ¿Cómo fue la salida? ¿Cómo fue la llegada a un país extranjero?

La salida fue como todas las salidas: precipitada, en un carro blindado puesto por el Fiscal General. La llegada a Vancouver, con mi compañero César, tuvo unas magníficas condiciones, considerando lo que era: un centro de refugiados. No eran las carpas que se ven en el Sahara o en Sudán, era un edificio sencillo. La única limitación que teníamos era que debíamos compartir un apartamento de cuarenta metros cuadrados con otra familia, que en este caso fue una familia de Afganistán.

Implicó pasar en veinticuatro horas de nuestro apartamento en Bogotá a otro apartamento, con otra familia, que además no hablaba inglés, no sabían manejar la estufa y donde uno de los niños veía por primera vez la televisión... Eran hijos de los talibanes.

Después teníamos dos posibilidades: si uno venía sin recursos económicos, el Gobierno canadiense proveía los recursos durante un año, pero si usted tenía algún recurso económico, después de un mes salía a hacerse su vida. El segundo fue nuestro caso, y aún así no fue nada fácil. Pero con esto pasa como con todo en la vida: o usted le saca lo positivo y echa pa'delante o usted se dedica a decir "esto es una mierda, esto es una catástrofe, ¿por qué me tocó esto?", y hace de su vida un desastre. Eso depende de lo que usted decida.

- ¿Cómo cambió su percepción de Colombia desde allá?

Me di cuenta de que este es un país de locos, que esto es una barbaridad. Me di cuenta de que en efecto “ser colombiano es un acto de fe”. Este país es absolutamente inviable, por cosas tan elementales como tuvimos un presidente con prontuario o porque nos preocupa más la bestial muerte de un hipopótamo que la de catorce niños por desnutrición.

Este es un país en el que a los señores del *Country* les preocupa el estado de las canchas, pero a nadie le importa los cuatro millones de desplazados.

- En la lectura de muchos de sus escritos yo me preguntaba cómo era su actividad de investigador, porque detrás de las mil palabras o las dos mil palabras, hay muchos hechos que requieren días de investigación.

Hay dos tipos de columnas: unas que son solo y exclusivamente de opinión, en las que usted se sienta y opina, ya sea sobre el primo de Pablo Escobar, sobre Uribe, sobre el Proceso 8000 o sobre lo que usted quiera. Hay otras que tienen que ser mucho más puntuales y son aquellas en las que se hace opinión y denuncia sobre temas como un magistrado del Consejo de Estado que vende un fallo o sobre los notarios que le pasan las notarías a sus hijos.

Frente a las primeras, le puedo decir que yo como columnista soy absolutamente controversial.

Uno como columnista puede tomar una posición académica, muy respetable, como la del profesor Valderrama, a quien usted lee y queda pensando sobre el aspecto económico de los problemas. Otra cosa es una columna como la mía o como la del señor Daniel Coronell o la de Bejarano, frente a las que usted se sienta y le queda una de dos: o se emberraca o está de acuerdo. Eso es lo que yo pretendo con mi columna, que me detesten o que me admiren, que estén de acuerdo o que estén en desacuerdo, pero que lo que escriba genere opinión.

- Cuéntenos de su actividad de investigación en el caso de las madres de Soacha.

Con ellas he tenido varias aproximaciones porque a mí me parece que lo que les pasó no tiene calificativo.

He escogido dos casos específicos de los dieciséis que están documentados, y sobre estos estoy haciendo un documental en el que se presentarán los testimonios de las madres, de los familiares cercanos de los muchachos, de las autoridades y todas las imágenes de apoyo sobre cuál fue la actitud del Gobierno frente a eso.

Lo que pretendemos es presentar el documental en Canadá y en Estados Unidos. En Canadá, en mi condición de ciudadano, lo que haré será repartirlo a todos los parlamentarios para que entiendan quién es su interlocutor en Colombia. Supongo que Uribe diría que por esto somos traidores a la patria, pero lo que yo creo es que el mundo entero tiene que entender que aquí se cometieron delitos de lesa humanidad y que los Estados modernos y civilizados no pueden firmar

acuerdos comerciales con Estados que violan los derechos humanos, como Colombia.

Yo no he logrado que para el documental hablen ni el comandante del Ejército, ni el señor Carlos Franco, director de Derechos Humanos de la Presidencia, ni el Defensor de Derechos Humanos. ¿Será que allí hay algo que ningún funcionario del Estado quiere confrontar?

- ¿Y las madres?

Les he dicho a las madres de Soacha que la responsabilidad la asumo yo, y les he pedido que bajen el perfil, en lo posible.

Aun así los riesgos siguen. Yo estuve hace poco con ellas y me dijeron que las amenazan permanecen: a una a la arrastraron desde una moto, a otra le llegó un cinturón con púas a la puerta de su casa y a otra un sufragio; lo que está pasando es una atrocidad.

Pero la única manera de que la humanidad se entere de las barbaridades que se cometieron es documentándolo de una manera seria, rigurosa y sistemática, que es lo que estamos haciendo en el documental.

- Más allá de la investigación, ¿usted cómo escribe? ¿Que hace para sentarse ante el teclado?

Normalmente escribo los jueves en la noche y retomo el tema de la columna el viernes al medio día para saber qué está pasando, si hay nuevos desarrollos o si yo he cambiado de

opinión entre el jueves y el viernes. Normalmente, no suelo cambiar de opinión.

Le voy a decir una cosa: yo siempre dejo descasar una columna, pero a veces, cuando la veo publicada, no puedo evitar que me dé tembladera. Yo nunca mando una columna en caliente, siempre pienso las consecuencias prácticas de cada columna, aun así resultan controversiales.

Creo que escribir es enfrentarse al computador, enfrentarse al teclado. Algunas veces una columna sale impecable en cinco minutos, otras veces sale horrorosa después de días de trabajo. Voy a decir una frase de Perogrullo: *para escribir bien hay que escribir y hay que leer*, aunque de vez en cuando las cosas no resultan y el tema no sale como uno quería.

No sé si de repente me pasa lo que también le pasa al país: que uno empieza a desvariar.

- ¿Alguna ayuda para enfrentarse al computador?

No. Disciplina. Escribir es como cocinar, se hace con disciplina. Eso de “vení y hacemos una comida en dos minutos”, eso sale pésimo, y si le mete trago, le sale peor.

Es todo un rito: tiene un proceso, en el que el orden de los factores sí altera el producto, tanto cuando uno escribe como cuando uno cocina.

- Usted ya empezó a dar la respuesta a esta pregunta: dijo que esperaba que sus columnas generaran opinión; además de eso, ¿qué otras consecuencias espera?

Pues, uno no espera mucho. Entre otras cosas porque, en términos generales, los columnistas creen que son importantísimos, pero no; resulta que a nosotros ¡no nos lee ni un carajo! Lo escrito lo leen el compañero, la compañera y tres amigos que llaman a decirle “¡qué barraquera de columna!”.

Eso no lo lee nadie, entonces uno no puede creer que sea importante por eso. Pero si uno logra despertar un tema social, poner en la picota pública a un corrupto o denunciar un acto de inmoralidad, con que logre alguna cosita, ya está logrando mucho.

Volvemos a lo mismo, puede que los columnistas se roben la palabra para decir quién fue el que escribió la columna más importante de la semana, pero lo que a todos se les olvida es que todos somos unos lagartos y que a uno solo lo leen *tres micos*.

Y entre ellos empiezan a llamarse: “¡¿viste lo que dijo Zuleta?!”... Pero, bueno, esto hace parte de pertenecer a ese gueto.

- ¿Conoce algún caso en el que un lector haya cambiado después de haberlo leído a usted?

Pues, mire: el único caso que conozco es el de un muchacho homosexual que después de leer una columna que yo escribí, que se llama “Por qué me casé con mi mejor amigo”, públi-

camente salio del closet y dijo que lo hacía en homenaje a Hollinghurst y Felipe Zuleta. No lo tengo muy identificado, lo vi una vez en Internet y me llamó mucho la atención que el muchacho haya publicado su experiencia. Pero, fíjese, si uno logra cambiar la vida de un ser humano para bien, ya logró mucho.

- Y en términos políticos ¿sabe de alguien que haya cambiado?

No lo sé. De golpe hay unos políticos que con tal de no estar en letra de molde tratan de hacer las cosas bien. Ese es el tema: puede que a usted nadie lo lea, pero con que lo lea el corrupto o el que se roba el contrato, y sepan que por lo menos hay un periodista que los tiene entre ojos, ya logró algo. Además, si logra que se roben un peso menos, ya logró mucho.

- Cambiando de tema; sobre todo en *El Espectador*, las personas que participan en el foro de su columna...

¡Horribles!

- ... son muy agresivos, entre ellos y en su contra. ¿Qué opina de esos escritos?

La verdad es que en un momento yo había dicho en *El Espectador* que no las publicaran más. Yo creo que todo el mundo tiene derecho a disentir de una manera decente, pero usted ha visto que ahí a uno no lo bajan de “maricón, cacorro, hijueputa...”.

Ese no es un debate que valga la pena, no es un debate constructivo ni sirve para nada. Entonces uno solamente tiene dos posibilidades: los lee o no los lee, y yo decidí no volverlos a leer.

Si yo entendiera que son constructivos, pues me parece perfecto. Le pongo como ejemplo los comentarios que escriben en mi *blog*: en el *blog* el noventa y nueve por ciento de los comentarios son de denuncia o constructivos, y así sí tiene alguien con quién interactuar.

Le confieso: cada semana tengo como máximo ciento cuarenta comentarios en *El Espectador*, pero en el *blog* puedo tener en un día ciento cincuenta o doscientos comentarios, y un millón y pico de visitas a la semana. Entonces ¿por qué me voy a preocupar de los tipos de *El Espectador* cuando en el *blog* tengo un debate intelectual mucho más agradable?

- Una pregunta más amplia: ¿por qué escribe sobre política?

Por que soy de familia política. Yo nací entre política y me crié entre políticos. Mi madre fue política y mi abuelo fue político. También porque creo que debe haber un control: de alguna manera los políticos tienen que entender que si hacen las cosas mal, la opinión pública, los *opinion makers*, o el periodismo los denunciarán. Y a pesar de eso siguen portándose mal. ¿Qué tal que no lo hiciéramos?

¿Qué tal que de verdad estuviéramos todos tan entregados como lo hemos estado en otras épocas? Por lo menos tenemos algunas voces independientes: María Jimena, Coronell, Beja-

rano, la revista Semana, El Espectador... y si aun así estamos como estamos, ¡imagínese cómo estaríamos si no hubiera un periodismo medio independiente! ¿En manos de quién estaríamos? ¡En las manos del mismísimo Pablo!

- ¿Qué piensa de los políticos?

Yo creo que los políticos son una raza muy particular; a mí todos me parecen horrorosos, ya que siempre tienen una doble agenda. Lo mínimo que deberían hacer es aparentarlo, ¡y no lo hacen!

- ¿Y del leguaje con el que hablan los políticos?

Yo no les creo, y diciendo esto de alguna manera estoy traicionando mis propias raíces. A los políticos, con el tiempo, he aprendido a leerlos al revés: cuando el jefe de un partido aparece y dice “yo no aspiro a ser el candidato del partido”, tenga por cierto que ese es el candidato del partido. Cuando un político dice que no quiere ser presidente, es por que quiere ser presidente. Cuando viene la señora Noemí Sanín y dice “no, es que acá no hay garantías para lanzarse a la presidencia”... y vea. Léalos siempre al revés y verá que acierta.

Ahora, coger al Gobierno de Álvaro Uribe en una verdad es jodidísimo; yo no he podido cogerlo en una sola verdad, pero eso es el reflejo de la nueva moral del país: es el país al que le parece mucho más berraco un presidente diciendo “mátelo por cuenta mía, general” que el tema de los jóvenes de Soacha. Es el país en el que el presidente de la República se rasga las vestiduras porque no le han atrapado a un criminal de “La Oficina”, pero

sobre los jóvenes de Soacha dice que seguramente “no estaban recogiendo café...”. Ese no es el país que a mí me gusta.

- Como escritor ¿qué opina del uso del lenguaje “políticamente correcto”?

Me parece que está bien en la medida en que muestra un respeto a las minorías. Me parece un poco exagerado lo de *colombianos y colombianas, ellos y ellas, concejales y concejalas*, creo que eso casi raya con la lobería. Además, eso no se lo inventó la concejal Benedetti: ya en la época de Carlos Lleras Restrepo él aparecía en televisión diciendo “amigos y amigas”...

Ahora, ya que se ha tratado por el lado de la identidad de género –hombres y mujeres– pues deberían decir: hombres, mujeres, homosexuales, transgéneros... y eso ya me parece un poco exagerado.

- Cambiando de tema. Otro de los intereses de su vida es la cocina, ¿qué relación tienen la cocina y la escritura?

Las dos hay que hacerlas con método y con disciplina. Es decir, haga un artículo sin disciplina o trate de hacer un suflé de queso sin disciplina y verá el desastre que sale.

Las dos van de la mano; para hacerlas, usted tiene que ser riguroso. Pienso que cuando uno cocina algo lo hace para que le produzca placer a usted y a quién usted invita. Cuando escribe algo, también tiene que producir algo en aquel a quien usted se está dirigiendo.

Y en ambos casos se requiere de disciplina y de lo que yo llamo “hacer la tarea”, porque si uno no hace la tarea... se raja.

- Usted estudió cocina en el *Pacific Institute of Culinary Arts*, ¿qué nos puede contar acerca de esta experiencia?

A mí me gustaba la cocina, pero como le gusta a los cachacos de estrato seis. Usted invita a sus amigos a hacer una pasta, relajados, y todos dicen: “¡maravilloso!”, pero al final de la noche ya nadie se acuerda qué era lo que habían servido. Así era como yo cocinaba...

La razón por la cual yo estudié cocina en Vancouver fue porque me vi abocado a un país que no es el mío, con una profesión que no podía ejercer y sin un futuro claro a corto plazo, así que la primera decisión que tomé fue aprender un oficio. Un oficio universal, que pudiera ejercer en Canadá o en China, en Bogotá o en París.

Entonces opté por la cocina, sin que esto resultara nada fácil. Yo dije: “Necesito un oficio que me permita salir a ganarme diez dólares la hora para vivir durante el tiempo que deba vivir en Canadá”. Por eso estudié cocina, no como curso, sino como una cosa profesional.

Es durísimo. La gente cree que estudiar cocina es fácil y no lo es; requiere de un trabajo físico muy duro al cual yo no estaba acostumbrado. No es lo mismo hacer una olla de fondo de ternera en un restaurante para trescientas personas –que

era el que tenía la escuela de cocina– que hacer un caldo del pollo en la casa.

Pero, bueno, volvemos a lo mismo: hay que hacerlo con disciplina. Yo lloraba y sufría porque no estaba acostumbrado a manejar ollas de ocho y nueve litros... pero se hizo la tarea.

- ¿Y cómo le fue ejerciendo?

No me tocó. Curiosamente, cuando acabé la escuela, tuve la buena fortuna de que se empezó a caer el gobierno de Fujimori en Perú, ¡por mucho menos de lo que está pasando en Colombia!, y tuve la buena suerte de que el ex presidente Gaviria, estando de Secretario General de la OEA, me mandó a las mesas de diálogo entre la oposición y el gobierno de Fujimori. El campo en el que yo trabajé fue el de acceso de los partidos políticos a los medios de comunicación, el cual era uno de mis fuertes porque yo lo había estudiado siendo director de Inravisión: la ley y las normas que permitían los *diez minutos diarios* y el acceso de los partidos a los medios.

Me fui a Perú y estuve casi seis meses viajando entre Perú y Canadá trabajando en este tema. Luego se cayó Fujimori, llegó un gobierno de transición, tuvieron que modificar la Constitución y yo estuve asesorando en ese tema, así que encontré otro camino y pude empezar a hacer asesorías en Perú.

Entonces no tuve que llegar a un restaurante a tocar puertas con la hoja de vida. Pero estoy seguro de que si me hubiera tocado, lo hubiera hecho.

- En el 2005 usted escribió un artículo de “auto crítica” en la *Revista SOHO*...

Era un artículo en *SOHO*, ahí mamando gallo...

- Aun así, mamando gallo a veces salen cosas muy interesantes...

Sí. La única forma de no creerse importante es juzgándose a sí mismo. De lo contrario, uno empieza a creer que es importantísimo y que todo el mundo lo lee.

De vez en cuando es bueno recordarse que uno es un mortal más y que no tiene nada de distinto a sus compañeros de trabajo o de universidad o de colegio. Es igualito. El día que uno empieza a creerse mejor, empieza a tener problemas. Ese día, lo mejor es empezar a usar cilicio.

Esa columna fue mamando gallo, pero obviamente, la utilizan los detractores para decir “pero si usted mismo dice que escribe pésimo”, como ocurrió con en una carta que me mandó el primo de Pablo Escobar, ese que trabaja en Palacio. Pero usted entenderá que esa es una crítica que a mí me enaltece.

- En ese artículo usted cuenta una anécdota de su primera comunión, en la que usted andaba en su triciclo estrellando a todo el mundo, y dijeron: “Carajo, este niño no parece nieto mío ni de Eduardo Zuleta sino de Jorge Eliécer Gaitán”.

Eso fue absolutamente cierto. Los que lo dijeron fueron Carlos Pérez Norzagaray y mi abuelo Alberto, que eran muy buenos amigos. Fue absolutamente cierto.

- También por la época de su primera comunión está la historia del “detente” de la que habla en el *Manual de ateología...*

Sí. Cuando yo tenía siete años, antes de hacer la primera comunión, mi abuela paterna –que era una vieja rezandera– me colgó un “detente”. El detente es un pedacito de tela que tiene la imagen de un santo, y la vieja, sin medir las consecuencias, me colgó la cosa y me dijo: “Siempre que estés en un peligro tú dices ¡detente, detente! y el peligro se detiene”.

Para probarlo, a mí no se me ocurrió nada distinto que salir a la carrera 11 con calle 93, y apenas vi un bus que venía, me boté y grité ¡detente, detente! En esas mi hermano mayor me vio, se botó y me salvó.

Me devolvió para la casa a punta de regaños y coscorriones y cuando entramos le contó a mi mamá lo que yo había hecho. Mi mamá vino, energúmena, me arrancó el detente y lo botó al inodoro, y me dijo: “De aquí en adelante deje de creer en huevonadas, y mire dónde está parado”. Ese es el origen de mi ateísmo... de ahí en adelante me fumé la biblia.

- Volviendo al artículo de “autocrítica”, usted dice en broma que gran parte de su escritura se la debe a Microsoft y a Bill Gates.

Pero ¡acuérdense de que eso nos cambió a todos! Cuando estaba en el Colegio San Bartolomé, yo tenía un periódico—porque obviamente yo era el *sapo* que tenía el periódico— que se llamaba *Atalaya de un observador*... ¡hágame el favor el nombre tan pedante para un periódico de colegio! Me tocaba hacerlo en mimeógrafo; con tinta azul y alcohol. Entonces imagínese lo que fue pasar de eso al computador *Apple*, ¡eso fue una revolución!

Eso nos cambió y nos marcó... creo que marcó a la humanidad. Cuando yo era chiquito decía: “¿se imagina lo chévere que sería salir de la casa y dejar grabando el Hombre Increíble?”, y no estoy hablando de hace mucho, de hace cuarenta años. ¡Mire todo lo que ha pasado en estos años! Pero, claro, ustedes lo jóvenes que nacieron en la generación de Internet toman esto como si nada. Para quienes no somos de esa generación, fue algo que nos cambió la vida.

También tiene el problema de que lo vuelve a uno perezoso. Antes teníamos que ir al diccionario a buscar, ahora no; usted va y abre la página de la Real Academia y ahí está todo.

- ¿Cómo fueron sus primeros encuentros con un computador?

¡Tremendo! Sin ser una persona muy tecnológica, yo era un *nerd*. Recuerdo que el primer computador al que tuve acceso fue en 1985 en Inravisión. Era un Apple.

Imagínese: no entendía el lenguaje, ni nada de nada, ¡era complicadísimo! Además, era un aparato carísimo. Recuerdo que

para comprar los primeros computadores de Inravisión nos tocó convocar a la junta directiva, ¡por el monto! Hoy en día usted consigue un computador por un millón de pesos, pero en esa época, casi nos toca reunir al Consejo de Ministros (ríe).

- Y ¿cómo fue su primera vez en Internet?

Que me acuerde, fue viviendo en 1997 en Boston; ahí fue cuando empecé a entender de qué se trataba el tema. Antes era una cosa muy esporádica, o por lo menos muy esporádica en mi vida. Hoy por hoy no puedo pasar un día sin Internet.

- A eso usted le ha sacado provecho con su *blog*...

Sí. Yo tengo un *blog* muy leído. Pero además las cosas ya están así: lo que no esté en Internet, o el que no esté en Internet, no existe. Si usted se *googlea* –que ahora es un verbo– y usted no está por algún lado, más le vale que empiece a preocuparse.

- En una columna –no recuerdo la fecha– usted decía que abrió su cuenta de Facebook y la cerró poco tiempo después. ¿sigue opinando lo mismo?

Sí. Eso de las redes sociales es una *jartera* porque se presta para una cantidad de enredos. Todo el mundo dice que quiere ser “amigo” de uno, y eso es muy complicado. Por ejemplo, cuando la ex esposa aparece diciendo que quiere ser “amigo” de uno, ¿qué se hace ahí?! Lo mismo pasa con los ex cuñados y la gente con la uno no habla desde hace veinte años, pero por cuenta del Facebook le dicen que “quieren ser tu amigo”.

Ahí uno empieza a preguntarse “¡a ver ¿cómo cierro esta vaina?!”. Yo lo cerré.

Hay una cantidad de gente a la que yo no dejaría entrar a mi casa, y no veo por qué dejarla entrar a Facebook.

- Después de estos años y de tantos cambios ¿qué conserva del Derecho? Usted ya respondió en parte, y dijo que todas sus columnas tenían algo de Derecho, pero ¿de las clases, de los compañeros, de los profesores?

Buenos recuerdos. Por ejemplo, un afecto entrañable por el doctor Hinestrosa. Yo creo que Hinestrosa sí ha construido una escuela del pensamiento liberal en Colombia. Puede que ahora no todo el mundo sea conciente de eso, pero está claro que cuando uno lee una sentencia de un abogado del Externado y una sentencia de un abogado del Rosario o de la Javeriana, se ve la diferencia.

Yo siento un profundo afecto por el Externado, pero hago la advertencia de que no voy a la universidad hace treinta años, pero mantengo el afecto. Quién sabe si me acuerde de cómo llegar...

Pero ¿sentarme a leer un libro de derecho? Eso no. Yo regalé mis libros de derecho, y creo que no tengo ni uno. Es más, regalé todos los libros que tenía en español a la biblioteca de Vancouver.

Cuando me tuve que ir para Canadá, pasé a mirar a la biblioteca de Vancouver para ver si tenían un ala en español. ¡Solo encontré cinco libros! Entonces, después de recibir todo el menaje, fui a hablar con la directora y le dije: “Quiero hacerle una donación”, y le regalé los libros que tenía. Yo me quedé con muy poquitos. Allá los dejé, y probablemente algún día alguien llegue a buscarlos.

- Y qué opina sobre conceptos como “ley” o “abogado”.

Hay de todo. Hay mucha ley buena y mucha ley mala; hay abogados muy buenos y hay muchos tinterillos. Puede sonar bobo, pero no es que haya buenas o malas universidades, sino buenos o malos estudiantes. Yo he conocido abogados que más allá del lugar donde estudiaron son unos berracos, y he conocido abogados de los Andes o del Externado que son sumamente malos. Generalizar es jodidísimo.

Por otro lado, hay leyes buenas –sin lugar a duda– y leyes muy malas. En Colombia, hay más malas que buenas, pero solo mire el nivel de los legisladores. Yo sostengo la tesis –y además lo expreso públicamente– de que en Colombia, lo mínimo que debería suceder es una rebelión civil para no tener que someternos o no tenernos que regir por unas leyes aprobadas por un Congreso espurio como el que tenemos.

¿Por qué?! ¿Cuál es el origen de la ley?! Esas son leyes de origen espurio. Pero ese es un debate que el país no va a querer dar. ¡Por eso se va a joder!

- ¿Qué ley le parece buena?

¿Una ley buena en este país? Yo diría que más que leyes buenas, ha habido desarrollos jurisprudenciales importantes, es decir, a pesar de lo malas que son las leyes, producto de un Congreso espurio, lo importante son los desarrollos que se han dado en la jurisprudencia. Le pongo como ejemplos los casos de las minorías, de las relaciones entre homosexuales y los derechos de los compañeros permanentes. Pero estos son solo algunos casos.

- Y además de que en sus columnas siempre haya algo de Derecho, ¿a través de sus escritos usted intenta hacer justicia?

No, porque yo no soy fiscal ni soy juez, soy periodista. Yo denuncio un hecho concreto, y siempre acudo a las autoridades del Estado constituido. Yo digo: “¿Qué ha pasado?, por qué la Fiscalía no ha entrado, por qué la Contraloría o por qué la Procuraduría no han entrado”. No, yo no soy juez de la República ni soy fiscal.

Algunos se creen jueces o fiscales y son jartísimos. Pero uno tiene que entender sus limitaciones; uno es un *opinion maker* y punto. Ahora, hay que hacer bien la tarea, pero ¿sentarse a juzgar? No, eso no sale bien.

- Usted cita, después de decir que las palabras matan, un extracto de un discurso de Uribe en el que le decía a un miembro del ejército: “(...) rellene los aviones de gasolina y bombardee a esos bandidos (...)”. Yo

estoy de acuerdo: las palabras matan. En ese sentido, ¿a usted no le da miedo que sus palabras terminen causando daño?

¿Pero daño a quién? ¿A mí o a quién? Puede ser, pero no es lo mismo, porque yo no soy el presidente de la República. No es lo mismo que yo opine en una columna a que lo haga el Señor Presidente en un discurso. Es que cuando un presidente de la República justifica los falsos positivos y dice que los jóvenes de Soacha “no estaban recogiendo café”, esas sí son palabras que matan.

Cuando el presidente de la República estigmatiza a la oposición, y dice que el señor Hollman Morris es un guerrillero o que Daniel Coronell es un sinvergüenza criminal, esas son palabras que matan, porque no faltará quien, por complacer al príncipe, salga y los mate.

Si lo dice un columnista, al que le parezca que lo que está diciendo no es cierto, pues póngale una denuncia, ¡denúncielo! Pero fíjese que hay una gran diferencia, hay mucha diferencia entre lo que es el Estado y lo que es un periodista.

- Usted resalta en sus escritos que ser periodista en Colombia es una actividad de alto riesgo...

Es de altísimo riesgo. Pero no lo digo yo, lo dicen las estadísticas: en los últimos años en Colombia ha habido más de doscientos periodistas muertos, desplazados, exiliados, perseguidos, estigmatizados. Fíjese usted si esto no es de alto riesgo cuando el Estado colombiano, con el Gobierno en cabeza del

presidente Uribe, ha utilizado sus instrumentos para perseguir a los opositores, instrumentos que debería utilizar para perseguir el crimen organizado. ¿A usted le parece que eso es lo que hay que hacer?

Entonces, fíjese que ejercer aquí el periodismo o ser de la oposición –en un gobierno con los antecedentes del gobierno de Uribe– es sumamente peligroso. A él se le llena la boca diciendo: “Es que en mi gobierno no han muerto sino doce periodistas”; permíteme, pero ¿cuántos han desaparecido, cuántos falsos positivos, cuántos sindicalistas han muerto? ¿Es que acaso aquí los únicos que tienen derechos son los periodistas?

La única manera de que no vuelvan a pasar las atrocidades que han pasado en el gobierno de Uribe es que a ese tipo lo coja la Corte Penal, y eso no depende de las madres de Soacha solamente, depende de que personas como yo coadyuven en ese proceso. Es la única manera de salvar a las próximas generaciones de colombianos; puede que ya no la mía, de golpe la suya, de golpe la de sus hijos. Que quienes lleguen al poder sientan que si delinquen, los van a juzgar. De lo contrario, aquí no va a pasar nada; aquí no va a quedar derecho.

- ¿De dónde saca fuerzas para sentarse a escribir conociendo los riesgos?

Para mí lo cómodo hubiera sido quedarme en Vancouver, con todas las posibilidades de conexión, viendo televisión colombiana por Internet, leyéndome todo y escribiendo. Eso sería lo cómodo. Pero tomé la decisión de venir a Colombia, porque

yo creo que *a este* hay que denunciarlo ante la Corte Penal Internacional porque no podemos dejar que sigan pasando desapercibidas las cosas que están pasando.

Yo reflexioné: “¿Cuál es el peor escenario posible?: que me peguen un tiro”. Usted lo asume o no lo asume, pero sabe que ese es el peor escenario posible. Ahora, haga todo lo posible para que no se lo peguen, porque muerto, no puede llevar a Uribe a la Corte Penal Internacional. Pero si no se lo pegan, tiene que seguir en esa lucha. Es una obligación como colombiano.

Fue lo que en su momento hizo Alberto Lleras cuando vino a pelear contra el general Rojas. Claro, guardadas las proporciones, porque ¡ay de aquel gobierno para ser decente comparado con este! Aun así, Lleras era un tipo que vivía muy cómodo y se vino aquí a armar la revolución.

Creo que como colombiano tengo unas obligaciones. Todo lo que tengo se lo debo al país, que me ha dado el honor de escribir en un periódico o tener un cargo público. Yo creo que hay que retribuirle al país, con los riesgos que esto tiene.

Pero esos mismos son los riesgos que están tomando otros. Los está tomando Félix de Bedout, Hollman Morris, el señor Bejarano, el señor Coronell, María Jimena Dussán; en provincia hay una cantidad de gente berraquísima. La gente de las ONG, Iván Cepeda, Piedad Córdoba, Colombianos y Colombianas por la Paz, entre tantos otros. No es solo una persona, son muchos los colombianos que toman ese riesgo. Valerosos todos, haciendo cada uno lo que puede... hasta donde los dejen.

- Ahora que habla de la valentía de los periodistas de fuera de Bogotá ¿Cómo ve esa diferencia entre Bogotá y otras regiones?

Son diferentes realidades. Aun en Bogotá hay diferentes realidades: la realidad del estrato seis no tiene nada que ver con la realidad de Soacha o de Ciudad Bolívar. La realidad del habitante o del campesino de Córdoba, de Montería o de Sucre no tiene nada que ver, ni siquiera con la del campesino de Boyacá. Es un país muy disímil y con unas realidades jodidísimas.

Ahora, también hay realidades comunes: muchos desplazados –¡más que Darfur!–, pobreza por debajo de cualquier nivel, una corrupción rampante y mucho sufrimiento... Sí, somos muy diferentes.

- Esta diversidad de Colombia me ha hecho preguntar esto varias veces. Para usted ¿qué es Colombia?

¡Huy! Yo no sé qué es Colombia, pero puede ser lo más parecido a una cloaca. Con cosas muy buenas, pero muchas muy malas.

Tal vez lo mas parecido a una cloaca es este país, con todo lo que significa. Eso por no decir otras barbaridades.

María Isabel Rueda



Fotografía: Humberto Quevedo.

Estudió Derecho en la Universidad del Rosario. Ha trabajado en diferentes medios de comunicación como partícipe y directora. Escribe una columna semanal en el periódico *El Tiempo*. Es la directora de la revista *Credencial*.

*Podría empezar esta introducción diciendo
que un día, mientras un grupo de estudiantes
de Derecho desayunaban en la cafetería,
alguien entró gritando y preguntando quién
estaba interesado en trabajar en el periódico
El Siglo.*

*O decir que una de las personas que respondió
a ese llamado, de ahí en adelante trabajó en
todos los medios y en diferentes espacios,
pasando de los temas más complicados de la
política hasta las aparentes ligerezas que se
encuentran en lo público.*

*También podría decir que a finales de los
noventa, diciendo “me cansé de quejarme”,
quien seguía siendo periodista fue electa como
representante a la Cámara, pero se retiró antes
de que terminara su período defendiendo así
su ejercicio como columnista.*

*O que, según ella, superó su timidez –y de qué
manera– gracias a la radio, trabajando ahí con
Yamid Amat.*

¿Qué más podría decirse? Preguntemos.

Estar a este lado de la grabadora... es un poco asustador.

- ¿Se siente *empoderada* cuando está del otro lado de la grabadora?

Claro. Cuando uno pregunta, tiene las de ganar.

- Eso depende de la persona a quien se le pregunta ¿no?

(Ríe)

- Bueno, la primera pregunta es muy inocente... ¿Acaso desde niña decía que quería estudiar Derecho?

Yo quería estudiar Periodismo, pero mi papá me dijo: “Por favor, no estudie periodismo, estudie Derecho y luego dedíquese al periodismo”, y tenía toda la razón, porque el periodismo no es una profesión, es un oficio. Todos los días de mi vida le agradezco a mi papá por ese consejo, porque en el Derecho encontré toda la fuente de mi vocación periodística, y en ese marco la he podido desarrollar. Me ha dado peso y una forma específica de entender el acontecer diario.

Además de esto, la razón de las profesiones –en muchos casos– tiene orígenes familiares. En mi caso, mi papá ejerció una influencia muy grande sobre mí, y él es abogado. También se dio la casualidad de que en mi entorno familiar una prima muy cercana, un cuñado y el novio de mi hermana eran abogados, entonces armamos un grupo de todos los que decidimos estudiar Derecho.

- Teniendo claro que quería dedicarse al periodismo, ¿algo del Derecho le sobró?

No, absolutamente nada. Cuando mi papá me confrontó con la idea de estudiar Derecho, no me pareció algo absurdo; por el contrario, me pareció agradable e interesante, y desde el primer día me gustó mucho mi carrera. No me arrepentí ni un solo día de haber estudiado lo que estudié.

Lo disfruté mucho, y pienso que me aportó muchos esquemas de pensamiento lógico, de raciocinio y de análisis que no hubiera tenido si hubiera estudiado esa cosa que llaman Comunicación Social, que no es nada, es un negocio que se inventaron las universidades para enganchar a un montón de gente despistada. Es una colcha de retazos.

- ¿Alguna materia en especial le sirve para practicar el periodismo?

El Derecho Constitucional. Esa materia me dio mucho *background*; además de esta, la clase de Derecho Penal, que me sirvió mucho para los proyectos que saqué adelante cuando trabajé en el Congreso.

- Y ¿Cómo vivió el cambio a la constitución de 1991?

En ese momento Álvaro Gómez Hurtado me llamó para que le ayudara a organizar el equipo que iba a participar con él en la Constituyente; cosa que no pude aceptar, porque para ese entonces ya estaba muy instalada en Semana. Pero me quedé

muy triste porque él nunca me invito a ser constituyente, cosa que me hubiera gustado mucho.

¿Qué cómo lo viví? Como un proceso muy apasionante y sumamente interesante, pero no lo pude vivir por dentro, tuve que vivirlo desde afuera.

- Y el entrenamiento que se hace para los interrogatorios, este típico “diga como es cierto, si o no” ¿le sirve como entrevistadora?

Claro que sí, porque en Derecho, cuando uno hace un interrogatorio, lo que pretende es llegar a la demostración de algo determinado, y en el periodismo pasa lo mismo. Cuando uno trabaja en la entrevista de un personaje, intenta llevarlo a un punto determinado, así que esa lógica funciona.

- En el 2006, usted escribió una columna que se llamó “Consejos para un hijo despistado”, en la que le sugería a su hijo estudiar Derecho. ¿mantiene su opinión?

Desde luego. Ahora está estudiando Derecho e Historia en los Andes; yo sé que él va a ser historiador, y ya me ha dicho que no va a ser abogado, pero logré convencerlo –lo mismo que mi papá a mí– de que estudiara la carrera y después no la ejerciera. Siempre me lo va a agradecer.

- Y ¿él está de acuerdo?

Sí. Pero con mi otro hijo no pude: él resultó ingeniero y economista.

- Usted ya dijo que desde el primer día, estudiar Derecho fue una cosa dichosa; más allá de esto, ¿cómo vivió su época de estudiante?

Fue una época maravillosa. Aunque sea un lugar común, tengo que decir que fue la mejor época de mi vida. Desde el primer día me interesé y la Universidad del Rosario me pareció encantadora para estudiar.

Hice muy buenos amigos y además –coincidentalmente– en mi curso también había periodistas: yo estudié con Roberto Posada, con Roberto Pombo, con Lozcano, Mauricio Acero...

- ¿Y es verdad que usted estaba sentada con algunos de ellos en la misma mesa?

Claro, y además en esa época uno tenía pupitres asignados por todo el año.

- ¿Alguna influencia de esa mesa?

Fuimos muy amigos. En ese momento Roberto ya trabajaba en *El Tiempo*, Mauricio Baquero trabajaba en *El Tiempo* y Lozcano trabajaba en *El Espectador*; un tiempo después yo empecé a trabajar en *El Siglo*. Entonces siempre teníamos muchos temas para hablar, pero principalmente hablábamos de política. Un poco de Derecho, pero mucho de política.

Entre ellos yo era *un bicho raro*, porque en ese momento yo me sentía muy conservadora –éramos poquitos los conservadores– mientras que todos ellos eran liberales...

- ¿Y cómo empezó a trabajar en *El Siglo*?

Un día, un amigo entró a la universidad diciendo: “Álvaro Gómez está reabriendo el periódico *El Siglo*... ¿Alguno de ustedes está interesado?”, y como a mí me gustaba mucho escribir, cosa que hacía desde chiquita, dije que a mí me interesaba.

Además, necesitaba trabajar: mis padres me pagaron mis estudios, pero no teníamos mucho dinero, así que esa propuesta me pareció una muy buena oportunidad para empezar.

- Además de eso ¿qué hacía y qué hacían sus compañeros?

Rumbeábamos mucho y estudiábamos mucho. A mí me gustaba estudiar de noche en las casas de mis amigos, y tenía unos amigos específicos para estudiar. Recuerdo que uno de ellos era campeón de *bridge*, así que cuando nos reuníamos, él trataba de enseñarme a jugar —cosa que nunca aprendí completamente— y en los descansos estudiábamos. ¿O al revés?... No sé qué me haga quedar mejor (ríe).

En la universidad jugábamos cartas todo el tiempo. Yo tenía en la cartera unas cartas enanas que tenía un *Snoopy*, y con ellas jugábamos *king* todo el día; ¡eso sí lo sabía jugar muy bien!

No investigué mucho y me arrepiento de eso. En ese momento la universidad no fomentaba la investigación. Tenía cátedras casi magistrales, clases en las que llegaban los profesores a enseñar lo que sabían, pero no nos ponían a investigar.

- No sé si usted sea jugadora de póker; si lo es, ¿eso le ayuda en el momento de las entrevistas?

Lo soy, pero soy mala jugadora (ríe). Entonces no creo que se dé esa correlación.

- ¿Dónde rumbeaban? ¿Con qué música?

Pues teníamos dos tipos de fiestas: por un lado estaban las discotecas de la época; me acuerdo de El Unicornio y la *Pussy Cats*, y ahí bailábamos merengue y algo parecido a la música Disco. Casi no bailábamos salsa. Por otro lado teníamos unas rumbas muy zanahorias, en las que íbamos a la casa de algún amigo a oír música, a cantar y a tomar vino.

- alguna vez usted dijo que una de las cosas de las que se arrepiente era no haber viajado como mochilera por Europa después de graduarse...

Sí. Entre mis planes siempre estuvo viajar a París a estudiar francés, pero como yo empecé a trabajar desde antes de terminar la universidad, en el momento en que me gradué ya estaba vinculada formalmente en *El Siglo* y me gustaba lo que estaba haciendo. Por eso fui aplazando el viaje... y aquí estoy. Nunca lo hice.

- Revisando *El Siglo* de 1980 encontré un aviso que advertía que usted no iba a estar escribiendo por un tiempo su columna porque se iba a ir de viaje por Suramérica. ¿qué pasó en ese viaje?

Viajamos con un grupo de amigos de la universidad en dos Renault 4 desde Colombia hasta Argentina, ida y regreso. Eran unos carritos elementales, tanto así que de regreso uno se varó terriblemente y tuvimos que enviar por los repuestos para arreglarlo.

Además de eso... me casé. Resulta que al regreso del viaje me enamoré de quien fue mi esposo.

- Cuéntenos dos aventuras de ese viaje.

Le cuento que nos quedamos sin gasolina en la mitad del desierto de Atacama, un desierto precioso pero largísimo: ¡atravesarlo nos tomó casi cinco días en carro! Antes de entrar al desierto había un letrero que advertía que uno debía tanquear porque de ahí en adelante no íbamos a encontrar bombas de gasolina... pues resulta que nosotros no le paramos bolas al aviso y nos quedamos varados.

A esas alturas solo quedábamos tres pasajeros y un carro. Uno de los tres se tuvo que montar en un bus para ir a traer gasolina y, mientras llegaba, los otros –que creo que fuimos mi futuro esposo y yo– nos tuvimos que quedar debajo del carro para no insolarnos.

También recuerdo la corrupción *más horrorosa* en las fronteras. Para que nos dejaran pasar, así tuviéramos todos los papeles en regla, teníamos que dejar un *souvenir*: un esfero, un casete, o algo de comer; en todas las fronteras había que darle algo a los guardias, porque si no era así, no nos dejaban seguir.

- En ese momento usted ya estaba trabajando en *El Siglo*, y el nombre de su columna era Esquife...

Sí. Ese nombre me lo dio mi abuela paterna, Cecilia Escobar Santamaría. Una mujer de toda mi predilección: antioqueña, paisa de Medellín.

Cuando yo empecé a escribir en *El Siglo* le pedí a *Cicía* que me sugiriera un nombre para mi columna y ella me dijo que Esquife era una palabra que le gustaba mucho, le gustaba mucho la forma en la que la palabra sonaba.

- De la misma forma en la que el Esquife es el bote que se desprende del gran barco ¿qué fue ese gran barco en su vida?

Podría ser el Derecho, ya que con el Esquife comencé a desprenderme de esa cosa grandísima que yo había estudiado para dedicarme a un oficio derivado de eso. Pero le puedo poner otros ejemplos, porque el barquito da para todo: para el desprendimiento familiar, pera pensar en la imaginación...

- Cuando usted estaba más enganchada en *El Siglo* creó un espacio que se llamaba “Columna joven”. ¿Qué recuerda de esa época?

En esa columna escribieron muchísimos jóvenes que en este momento son abogados y políticos importantes: ahí escribió Juan Gabriel Uribe, el actual director de *El Siglo*; Alejandro Venegas, que hoy es decano de la Facultad de Jurisprudencia

del Rosario; Carlos Umaña, un abogado muy importante; Juan Carlos Galindo, quien fue registrador nacional; Juan Daniel Jaramillo, un internacionalista muy importante y actualmente profesor de Harvard; Jorge Echeverri, que hoy trabaja en la Cancillería, y muchísimos otros.

Recuerdo cosas maravillosas de esa época. Yo era muy joven: apenas tenía veintidós años y ya manejaba las páginas editoriales de un periódico donde escribían los pesos pesados del Partido Conservador y de la política. Ni siquiera me había graduado; yo era “una boba ahí”, pero me entregaron esa responsabilidad y una columna diaria.

En esa misma época conocía a muchas personas que empezaban a hacer sus primeros pinitos. Entonces, se me ocurrió usar una columna larga que se llamaba “La octava” para que ahí participaran los jóvenes que tenían ganas de arrancar a escribir.

- Y antes de estar en la página editorial, ¿en qué trabajaba?

Al principio escribía una columna internacional sobre lo que leía en *The Economist* y en *The New York Times*; no escribía sobre temas de política colombiana porque no me sentía lista, me daba miedo embarrarla porque no sabía muy bien cómo funcionaban esos temas... Hasta que un día me solté –como el esquife– y empecé a incursionar en ese terreno político.

- ¿Recuerda cuál fue el primer tema de política colombiana?

Tal vez fue una vaciada que le pegué a Daniel Samper y a Enrique Santos por alguna cosa que escribieron: escribí una columna burlesca que se llamaba “El pacto secreto de Quique y Danielín”, y como respuesta ellos me mandaron el Catecismo Astete para burlarse de mi comentario. En esa época yo no los conocía, así que esa respuesta me hizo sentir importantísima.

- Se acerca el final de su carrera de Derecho y llega el consultorio jurídico. ¿Cómo le fue ahí?

En consultorio jurídico me fue muy mal. La primera vez que me tocó ir a un juzgado fui acompañada de una amiga. Lo recuerdo con claridad: eran las once de la mañana y estaba haciendo mucho sol, las dos teníamos bluyines y una camiseta blanca, y antes de entrar al juzgado nos compramos un helado. Llegamos al juzgado con el helado en la mano a presentar una demanda, y lo primero que nos dijo el secretario fue “¿Y la carátula? No les puedo dejar presentar la demanda sin carátula”. Las dos nos salimos del juzgado, muertas de la pena y preguntándonos que era eso de “la caratula”.

Estando en esas nos encontramos con un amigo abogado que ya litigaba; le preguntamos y nos dijo: “¡Qué bobas!, “la carátula” es solo un cartón con las referencias, y ellos no tienen por qué pedirles eso para presentar la demanda”. Me pareció tan humillante, que ese fue el comienzo del fin de mi ejercicio formal del Derecho; de eso nunca me recuperé.

Al secretario le debió parecer terrible que entraran al juzgado dos pichonas de abogado, en bluyines y con un cono de helado en la mano...

- Pero ¿ejerce el Derecho a través del periodismo?

Desde luego. Todos los días de mi vida ejerzo el Derecho en el periodismo; no le estoy exagerando. Pienso con una lógica que aprendí en la carrera, una lógica que me permite analizar los elementos que existen, tomar una decisión y llegar a una conclusión. Entonces, los procesos mentales con los cuales yo analizo las cosas cotidianas los traigo de la forma como me enseñó a pensar la carrera.

A mí nunca se me ha olvidado el Derecho: ¡el criterio jurídico no se olvida nunca! Puede que uno no recuerde con exactitud las leyes, puede que se vuelvan imprecisos los recuerdos de los artículos constitucionales, pero con el criterio jurídico pasa lo mismo que con aprender a montar en bicicleta: nunca se olvida.

- Si no hubiera estudiado Derecho ¿que habría estudiado?

Derecho.

- Se lo pregunto porque, como usted dijo hace poco, cuando estaba en el colegio sus amigas le preguntaban por las historias que usted escribía... ¿Cómo se llamaban estas historias, de qué trataban?

Eran unos cuentos que escribía con mi amiga y compañera de kínder Marcela Monroy, quien hoy también es abogada y quien sí se dedicó al Derecho. Eran aventuras de un grupo de muchachos de nuestra edad, y como en esa época estaba de moda todo lo de Estados Unidos, los protagonistas tenían nombres en inglés, iban a sitios en inglés y hasta el nombre del perro era en inglés.

- ¿Y los libros tenían nombre?

Los libros no, pero los protagonistas sí. Se llamaban Penny, Coca, Jenny, Paul y Michael; el perro se llamaba Tim.

- Volvamos al tema de sus comienzos en el periodismo. ¿Cuál fue la primera entrevista que hizo?

La primera entrevista la hice cuando Álvaro Gómez me pidió que lo acompañara a entrevistar a un experto en terrorismo que venía de Inglaterra. Fuimos a una *suite* del Hotel Hilton de la época, y todo lo que dijo el señor fue apasionante... Cuando nos devolvimos al periódico, la grabadora no me había funcionado.

Esa fue mi primera entrevista y mi primera gran falla, y desde esa vez me ha vuelto a pasar. La última vez fue con José Obdulio Gaviria: le hice una entrevista en mi casa, ¡una entrevista traumática que terminó a gritos!, tanto así que la muchacha casi llama a la policía porque pensó que estaba pasando algo grave. Pues resulta que cuando él se fue, no había grabación.

- ¿Cuál era el tema de la entrevista?

Resulta que por esa época se estaba hablando de las grabaciones: quién grababa, a quién grababa y si él daba órdenes de grabación o no. También estaba el tema de que José Obdulio Gaviria había publicado una conversación que habían tenido el director de la revista *Semana* y el ex fiscal Iguarán cuando ellos estaba en un restaurante; entonces, parte de la gritería se produjo cuando yo le pregunté por qué él estaba oyendo esa conversación en un restaurante.

- ¿No le parece una ironía?

Sí, hablando de grabaciones, y no quedó grabación. El país jamás podrá saber que me contestó...

- Otro *chasco* fue el de Juanes en Nueva York, cuando usted se encontró con él sin grabadora y con las preguntas en una servilleta...

Cuando entrevisté a Juanes no llevaba grabadora porque fue algo improvisado. Julio Sánchez me invitó a almorzar, y en ese lugar estaba Juanes –a quien yo tenía muchas ganas de entrevistar– así que aproveché el encuentro. Pero en las servilletas no llevaba las preguntas, lo que hice fue anotar las respuestas.

Yo casi nunca preparo las preguntas para mis entrevistas: tengo una idea básica y en la medida en que se va desarrollando la entrevista, voy preguntando. Creo que lo que pasa es que algunas de las personas que practican el oficio no oyen lo que les están contestando. Cuando uno oye lo que le están

contestando, se le ocurren las contra preguntas que le sirven para armar la estructura de la entrevista.

Le voy a contar otro caso totalmente cierto, y pongo como testigo y compañera de aventura a mi gran amiga María Elvira Samper. Una vez fuimos a entrevistar a Carlos Andrés Pérez, pero esto era más una excusa para ir a conocer Caracas. Entonces dijimos “¡Ay!, ¡qué pereza llevar grabadora!, después nos toca *desgrabar*. No, mejor vamos con las hojas y el esfero y copiamos lo que el señor Pérez tenga para decir”.

Recuerdo que el jefe de prensa de Carlos Andrés Pérez, cuando nos vio llegar sin grabadora, se emocionó y nos dijo “¡qué maravilla!” que eso sí era periodismo de verdad y que sí era algo profesional. Después de eso nos sentamos con Pérez y le hicimos una entrevista –y se lo digo con toda sinceridad– por salir del paso, apuradas por salir a conocer Caracas.

Terminada la entrevista nos montamos en un taxi para ir a ensamblar las respuestas en una oficina, pero cuando llegamos nos dimos cuenta de que habíamos dejado los apuntes en el camino. “¡¿Qué hacemos?!”. Pues resulta que nos inventamos la entrevista: nos inventamos las preguntas y las respuestas con unos amigos que en ese momento trabajaban en la diplomacia. Decidimos que lo que teníamos que hacer era elaborar unas preguntas que no produjeran una guerra entre Colombia y Venezuela; preguntas obvias, un poquito de cajón, pero para las cuales sabíamos qué habría contestado Pérez.

- Y ¿cómo resultó? ¿Tuvo éxito?

Nadie se dio cuenta, y en ese momento no hubo guerra con Venezuela.

- Por otro lado, ¿qué repercusiones espera de sus artículos de opinión?

Cuando uno es columnista espera que quien lo lea sienta una reacción a favor o en contra; si lo que genera es una reacción neutra, la columna no sirvió. Además, la columna debe permitirle a la persona que la lee tomar una decisión acerca de cómo piensa frente a determinado tema: darse cuenta de que está de acuerdo o en desacuerdo con una parte o con todo el tema.

Eso es lo que yo deseo que suceda con los lectores de mi columna, que les sirva para reflexionar acerca de lo que ellos mismos piensan respecto del tema que les interesa, que les ayude a aclarar lo que ellos piensan, así las conclusiones a las que lleguen no sean las mismas de mi opinión.

- Y en algún caso ¿alguna persona la ha llamado a decirle que ha cambiado su opinión?

Sí, muchas veces. Sobre todo cuando escribo columnas que no van con la corriente, que son contradictorias frente a lo que la mayoría cree. Me pasa mucho que la gente me dice que pensaba de determinada manera, pero que después de leer mi columna, está de acuerdo. Esta experiencia se produce con las columnas que son minoritarias frente un tema determinado.

- Por ejemplo...

En el caso de la Corte Suprema, puede que la mayoría esté del lado de la Corte, pensando que la Corte está haciendo lo que está haciendo porque tiene derecho, pero yo no creo eso. Y sobre esta posición, indudablemente influye mi estudio de Derecho. Creo que no estaría opinando lo mismo y no le daría la importancia que tiene a la obligación de la Corte de elegir fiscal si yo no hubiera pasado por la Facultad de Derecho. Hay personas que opinan fácilmente que la Corte tiene el derecho de exigir, y dicen “que exija, que exija, que sea un penalista, que no sea una persona de bolsillo del presidente...”. Pues no, eso no lo puede hacer porque la Constitución no se lo permite, y esta opinión particular la puede tener una persona que ha estudiado Derecho.

- ¿Durante estos años ha cambiado la forma en que usted escribe?

Desde el punto de vista mecánico, sí: yo empecé a escribir en una máquina de escribir mecánica que era de mi abuela y que conservo en mi biblioteca; de ahí pasé a la máquina eléctrica y de ahí pasé al computador. También tuve que armar las páginas de *El Siglo* en linotipo: leer al revés y cambiar los lingotes. Entonces, desde este punto de vista, yo he pasado por tres épocas muy importantes, algo que no todos han vivido.

Además de esto, le puedo decir que la madurez ha producido unos cambios en mi forma de escribir: Ahora escribo de forma más fresca, más tranquila que cuando era más joven; antes

era prevenida, tenía miedo de decir, tenía miedo de soportar posiciones minoritarias, pero ahora no. Ahora me siento más tranquila, más aplomada y más libre.

- ¿Algún ritual en el momento de escribir?

Sí. Durante años y hasta hace relativamente poco, siempre que terminaba una columna se la leía a mi papá y a mi esposo para ver qué opinaban, y con base en lo que ellos decían cambiaba o no cambiaba cosas en las columnas. Me gustaba saber si la columna les parecía buena o no. Ahora no, me he vuelto más independiente.

- Y antes de lanzarse a escribir...

Me gusta mucho escribir en la cama; además, siempre que estoy en mi cuarto tengo la televisión prendida –de día y de noche– y siempre está prendida en medio de la elaboración de un escrito. Aun así, necesito de cierto silencio: si hay una obra en la casa, no puedo escribir; si hay música alta, tampoco; una conversación al lado me parece matadora; pero a diferencia de muchos otros colegas, yo sí paso al teléfono y contesto llamadas. Como tengo tantas ocupaciones, paro para encargarme de otros temas relacionados con mi oficio y después retomo el tema.

- Insomne, ¿cierto?

Sí.

- ¿Le sirve para su trabajo?

Mucho: se me ocurren ideas en la noche y las anoto en una libretita que tengo al lado de la cama.

- Usted ha trabajado en todos los medios: en radio, en televisión y en prensa escrita. ¿Prefiere alguno?

Cada uno tiene su encanto. Yo empecé en la prensa escrita, que es un medio deliciosamente reflexivo: uno tiene tiempo de borrar, de tachar, de subir o bajar un párrafo, e inclusive de no saber qué es lo que uno va a opinar hasta el momento en que termina de escribir. Eso me pasa mucho: decido que quiero escribir sobre cierto punto, empiezo a escribir, y en varios casos solo veo con claridad lo que pensaba sobre el tema en el momento en que termino de escribir. La estructura y la forma en la que voy escribiendo me van llevando hacia alguna conclusión.

La radio es un medio caliente por naturaleza. Ahí aprendí la reportería que me había faltado aprender en *El Siglo*, porque allá yo llegué directamente a manejar las páginas internacionales y las editoriales, pero nunca hice periodismo callejero ni reportaría. Yo cortaba cables, me encargaba de la página internacional y luego de la página editorial.

Cuando llegué a trabajar con Yamid Amat en Caracol –en 6 a.m. 9 a.m.– empecé a hacer reportería en directo, ahí en el programa. Debía estar preparada para hablar sobre cualquier tema.

La radio es un medio muy bonito porque es el que más imaginación provoca entre el periodista y la persona que está al otro lado de la línea; en la televisión, la imaginación no está tan permitida porque uno ve en el otro lo que le están diciendo.

La radio es un medio mágico, mágico de verdad, pero de todos tengo que decirle que la prensa escrita es el que más me gusta porque es el más reflexivo; pero de segundo queda la radio.

- En su vida como periodista, ¿cuáles han sido los momentos cruciales?

Crucial fue entrar a trabajar a *El Siglo* en la escuela de Álvaro Gómez. Ese fue un momento muy importante en mi vida: cuando decidí que no iba a ser abogada, que me iba a dedicar al periodismo.

Álvaro Gómez era un “monstruo” del periodismo, él me enseñó un regla de oro que sería lo primero que yo enseñaría si aceptara ser profesora –yo soy tímida, y no me he atrevido a aceptar los ofrecimientos que me han hecho. La primera lección que daría a esas personas que me estuvieran oyendo desde los pupitres sería que a un periodista nada le puede ser indiferente: no puede despreciar un tema, ni por liviano ni por complicado que sea; si usted resuelve que no se ocupa de temas de economía porque cree que es un tema difícil, o que no se ocupa del tema de la cola de la reina de belleza porque es un tema muy ligero, usted no es periodista.

Otro momento crucial fue cuando Felipe López me invitó a *Semana*. En ese momento me salí de un medio de comuni-

cación político como era *El Siglo* –que prácticamente era un órgano del Partido Conservador– para pasar a una revista que tenía un corte liberar y de izquierda, pero sin tener un propósito ideológico o político. Ahí el interés inmediato era hacer periodismo, no hacer política. Para mí, la revista *Semana* fue como mi casa por veintitrés años.

Otro momento muy importante fue haber llegado a la radio. Yo no conocía ese medio, aun más, era tan tímida que no podía hablar en público, pero sí pude hacerlo frente a los micrófonos. En la radio encontré la tranquilidad para hacerlo.

El paso a *El Tiempo* también fue muy importante e implicó la culminación de una carrera de veintitrés años en *Semana*. Además, pasar de un medio que lo aguanta todo, como una revista, a un medio muy sensible, como el periódico –donde la sensibilidad de los lectores aumenta de forma impresionante– hace que uno tenga que ser mucho más cuidadoso.

- Y en la *Revista Credencial* ¿cómo se ha sentido?

Estoy muy contenta en *Credencial*: es una revista de mucha tradición, seriedad y un tono cultural agradable. Es un periodismo un poco más frío, porque en una revista mensual uno no tiene la inminencia de un cierre abrupto como el de una revista semanal o el de la televisión.

Y desde luego que es un medio mucho más tranquilo, contrario a lo que fue el noticiero QAP, en el que en cinco segundos tenía que tomar decisiones que podían cambiar el destino del país. Esa fue una época muy difícil, y si usted me pregunta

cuál fue el momento más difícil de mi carrera periodística, le diría que indudablemente fue la forma en la que cubrimos e investigamos el Proceso 8000 en QAP.

- Y de ese que fue el momento más difícil ¿qué rescata?

De QAP rescato principalmente la escuela de periodistas que formamos junto a María Elvira Samper. Ese es uno de mis mayores orgullos.

Resulta que cuando fundamos el noticiero publicamos un aviso en el periódico en el que decíamos que buscábamos gente para trabajar en periodismo, pero “preferiblemente no periodistas”. Y de esa búsqueda y esa escuela salieron muchos de quienes hoy están triunfando en la televisión, mire: reporteras estrella como Darcy Quinn y Gloria Congote; presentadoras estrella como Vicky Dávila, Inés María Zabaraín, María Lucía Fernández; también el presentador Jorge Alfredo Vargas, el director de Caracol Noticias, Darío Fernando Patiño, y Clara Elvira Ospina, directora de RCN Noticias. Toda esa es escuela QAP.

- Uno de los temas sobre los que usted ha hablado es el tema de la mujer y de las feministas. Entre otras cosas, en sus conversaciones con Florence Thomas...

Le quiero decir que yo aprecio mucho a Florence y que muchas veces la he tenido como invitada en mi programa de radio, porque me parece que ella es una mujer muy valiosa y que tiene conceptos muy importantes. Sin embargo, no comparto casi nada de lo que dice: estoy en absoluto desacuerdo

con que las mujeres tengamos que tener cuotas de mujeres, o que tengamos que recordarles todos los días a los hombres que somos mujeres. Yo creo que el ser humano puede defenderse más allá de que sea hombre o mujer, o por lo menos ese ha sido mi caso: nunca he tenido la necesidad de explotar el hecho de que soy mujer, ni de acomplejarme, ni de tener que defender mis capacidades por el hecho de ser mujer, ni sentirme discriminada por serlo.

Ahora, podría decirse que yo sí soy muy feminista en el momento en que las mujeres son maltratadas, también soy muy sensible a los problemas de las mujeres abandonadas, las mujeres que sin tener un medio de sustento quedan a cargo de sus hijos. Ahí sí soy totalmente feminista.

- Y estando en la política, ¿sintió alguna diferencia por ser mujer?

No, ninguna. Pero sí sentí una diferencia en mi vida después de ser política: eso complementó de manera impresionante mi práctica del periodismo y me hizo mucho más madura. La política fue algo así como el Ph.D. que no hice cuando salí de la universidad. Cuando uno ha estado del otro lado, no del lado de los periodistas sino del lado de los políticos, vuelve con una opinión más profunda.

Tuve que retirarme del Congreso un poco antes de que terminara mi período porque me iban a armar un problema por estar escribiendo mi columna en la revista *Semana*. Antes de entrar al Congreso yo contraté dos conceptos jurídicos que me dijeron que escribir una columna de opinión era equivalente

a la cátedra, una excepción que permite que un congresista esté practicando un oficio distinto al del Congreso, y no estaba dispuesta a que eso fuera un motivo de debate.

Aun así, durante el tiempo que fui congresista presenté las siguientes *bobadas*: el Código Penal y de Procedimiento Penal, la ley de desaparición forzada, la ley de casación; traté de que se renovara la justicia sin rostro –cosa que no logré– y además una reforma política. Me siento muy contenta con lo que hice, pero no volvería a la política.

- Usted ya ha respondido la pregunta, aun así se la formulo: ¿Nunca volverá a decir “me cansé de quejarme”?

Desde el periodismo sí, pero desde la política no.

- En este momento usted vive entre Bogotá y Cartagena. Cuéntenos algo sobre estas ciudades.

Comencé a ir a Cartagena desde que me separé, porque en ese momento quedé un poco deprimida y necesitaba llenarme nuevamente de razones para ser feliz. Entonces, tener dos domicilios me pareció una buena excusa y todo un descubrimiento. Además, en Cartagena empecé a pintar y a tomar clases de pintura, cosa que ahora también estoy haciendo en Bogotá.

Yo soy una persona eminentemente creativa. Me siento desesperada cuando no puedo crear, y por eso no solo he pasado por la pintura, sino también por la cocina, porque en la cocina he descubierto un espacio donde puedo poner mucha

imaginación y mucha iniciativa personal. La cocina, la pintura y Cartagena han sido para mí una manera de desahogarme.

- ¿Algún lugar de Cartagena le gusta en especial?

La bahía. Para mí ese es un lugar de contemplación: todo el día cambia de color, y de noche no es solo oscuridad, de noche sigue con vida y movimiento.

A mí me gusta la vista al mar, la vista al agua, pero prefiero la vista a la bahía porque ahí se ve cómo pasa todo: pasan los barcos, pasó Araujo cuando lo liberaron, pasan los cruceros, pasan las patrullas, pasan las balleneras de las reinas, los barcos comerciales, pasan, pasan...

Es un lugar muy vivo, un lugar que me inspira y un muy buen lugar para sentarme a pensar qué voy a escribir en la columna.

- Recuerdo un artículo del 2008, escrito casi en su totalidad con expresiones locales de Cartagena. ¿Le gusta alguna en especial?

No en especial. Lo que pasa es que costeña no soy. Me fascina la costa, pero aun allá yo sigo siendo muy bogotana.

- ¿Y se le pega el acento?

No. No se me pega el acento, ni se me pegan los dichos. Es más, cuando llego a Cartagena lo que hago es hablar como paísa en los taxis porque así lo atienden a uno mejor, ya que

el acento bogotano es muy golpeado. Admiro mucho a los costeños y me fascina su cultura, pero no soy costeña.

- Una crítica a Cartagena.

Tengo que arrancar con la clásica, y me preocupa que ya se esté volviendo un lugar común; me refiero a los contrastes sociales, esos mismos que nos hacen dar cargo de conciencia cuando estamos disfrutando de una ciudad tan linda.

Espero que algún día se resuelvan, y a mí me gustaría ayudar en eso: estoy lista para cuando me llame el gobernador o el alcalde a pedirme que ayude a pensar en maneras para crear oportunidades de trabajo. Yo estoy lista para ayudar.

- Y de Bogotá ¿qué le gusta?

Todo. Bogotá es una ciudad que me hace mucha falta. Acá tengo mis tertulias diarias: yo no tengo oficina, yo trabajo en mi casa y trabajo en los almuerzos donde oigo a mis amigos hablar sobre los temas de actualidad. Casi todos los días almuerzo por fuera, muy pocos días almuerzo en casa, y muy rara vez salgo de noche; prefiero la quietud de mi casa. Entonces, como le decía, los almuerzos y las tertulias de Bogotá, con los bogotanos o con las personas que viven aquí y que no necesariamente son bogotanos, son muy importantes en mi vida.

- Un lugar.

Mis restaurantes favoritos.

- ¿Cuáles serían?

Muchos: yo me la paso entre Pajares Salinas, La Brasserie, Criterión, Di Luca y Emilia Romagna.

En otra época me gustaba mucho ir al Refugio Alpino e ir a La Barra del centro, que eran unos tertuliaderos muy, muy importantes; pero ya no son lo mismo.

- Y ¿tiene una comida preferida?

No podría decirle que hay una cocina determinada que me parezca la más rica del mundo: la cocina peruana tiene cosas muy buenas, la cocina norteamericana también, y así muchas otras.

Lo que sí sé es qué comida no me gusta: a mí no me gusta mucho la cocina autóctona, es decir, me gustan algunas cositas de la comida árabe, pero no soy una fanática de la comida árabe, ni soy una fanática de la comida etíope, ni una fanática de la cocina hindú. No me gusta sentarme a comer todo hindú o todo árabe. No, me gustan cosas de aquí y de allá.

- ¿Qué platos le gusta comer y que platos le gusta preparar?

Me gusta preparar todo lo que me gusta comer; desde luego, no puedo preparar nada que no me guste comer.

Soy muy buena para las pastas, muy buena para las carnes, muy buena para los arroces, y desde que voy a Cartagena me he vuelto muy buena para la comida de mar. En una época

me dediqué a aprender a hacer las pastas por mi cuenta, ¡y aprendí!, realmente las hago bien.

Siento que aprendí a cocinar, porque me refugié en la cocina no solo por lo que le dije de la creatividad, sino también porque descubrí que leyendo recetas de cocina yo me relajo mucho. Cuando estoy muy ofuscada, cuando tengo muchas cosas en la cabeza o cuando están pasando cosas muy graves en el país, agarro un libro de cocina, me leo unas recetas y me desconecto.

Además, he encontrado muchos amigos que comparten conmigo esa afición; nosotros nos encontramos los fines de semana a cocinar mientras hablamos, y en todas esas se hacen unas tertulias muy agradables alrededor del fogón, ya que por lo general almorzamos en las cocinas de las casas.

Eso se ha vuelto algo muy importante, hasta el punto de que quise crear un programa de radio en el que se combinaran las recetas de un chef con las entrevistas de un personaje, pero al poco tiempo de empezar a hacer “Sal y pimienta” en Caracol, descubrí que mis oyentes ni estaban aprendiendo a cocinar ni estaban oyendo las entrevistas. Era una mezcla muy complicada de mantener, entonces resolví abandonar las recetas y dedicarme a las entrevistas.

- ¿Algún plato que usted no pueda preparar pero que le encante comer?

El pato. Todavía no lo domino y me fascina, y si es pato Pekín, mejor.

- Otros de los temas sobre el cual usted escribió es el cine. ¿Cómo empezó a escribir sobre cine?

Un día escribí una columna en *El Siglo* sobre la muerte de Steve McQueen y a Roberto Posada –que en paz descanse– le gustó tanto que me preguntó por qué no me volvía crítica de cine, y se lo propuso a Hernando Santos, quien me llevó a escribir en *El Tiempo*. Pero yo no era una experta, era una consumidora seria de cine y lo que intentaba hacer era comentar la película como espectadora, no como crítica.

Escribí esa columna hasta el día en que dije que una película era más aburrida que una columna de Abdón Espinosa, y como Abdón en ese momento era dueño de *El Tiempo*, me liquidaron, y ahí terminaron mis servicios como crítica de cine en ese periódico.

- Cuando en el 2007 le preguntaron cuál era su película favorita, usted dijo que era *Doctor Zhivago*, y en el 2009, habló muy bien de *Slumdog Millionaire*... ¿se queda con alguna?

Creo que una no excluye a la otra. Llegué a *Slumdog* porque alguien me la había recomendado, y un día mi hijo me invitó a verla; si bien entré con un poquito de pereza, salí realmente sorprendida.

Doctor Zhivago es una película muy bien hecha, muy bien actuada, y con unos paisajes muy lindos, pero además, como mi abuela materna –Elisabeta Markovskaya– era rusa, me gustó imaginar que por algún lado de esa película venía mi sangre.

- Y si le volvieran a formular la pregunta de cuál es su película favorita...

Lo que pasa es que esas preguntas no me gustan. Creo que son preguntas absolutistas, tiránicas. Yo le podría decir que *La novicia rebelde* me encantó, pero entonces dirán “¡ay!, ¡qué ridícula!”; ¡pero no! *La novicia rebelde* fue una gran película y además la vi en una edad en la cual me llegó al alma.

También le puedo decir que me encanta *Desayuno en Tiffany's*, o que esta película *Lejos del mundanal ruido* me marcó montones. Que hace poco me encontré con una película mexicana maravillosa que se llama *Arráncame la vida*, o que me fascinó *Lawrence de Arabia*. ¡Todas son unas peliculazas! Yo no tengo una película favorita, sino muchas películas favoritas.

- ¿Cuántas estrellas le pone a estas películas?

A todas cinco estrellas. Lo que le puedo decir es que no soy una de esos críticos de cine despectivos con las películas populares. ¡Yo soy populacho, y me gustan las películas así! A mí me gusta ir a cine para ser muy feliz o para asustarme mucho o para enamorarme y para soñar; creo que no hay que despreciar las películas por el hecho de que no sean grandes producciones o porque no las haya hecho Bertolucci o Antonioni... ¡No!

Le pongo otros ejemplos: *Rocky I* me encantó y creo que tiene todos los elementos para capturar al público, también las películas de *Terminator*, y ni qué decir de *El Padrino*: los tres padrinos me gustaron y todavía me sigo devanado los sesos

pensando y hablando con mis amigos acerca de cuál de las tres fue la mejor.

- Una pregunta final. De la misma forma en la que usted escribió los “consejos para un hijo despistado”, ¿tiene algún consejo para un “estudiante de Derecho despistado”?

Sí. Que no se despiste, porque el Derecho le va a servir para todo. Que durante los años de estudio identifique qué es lo que le gusta, y que sepa que esa carrera es una pista de despegue para llegar a cualquier parte que quiera.

Luis Fernando Pradilla



Fotografía: cortesía Galería El Museo.

Estudió Derecho en la Universidad del Rosario. Ha trabajado en galerías colombianas, norteamericanas y europeas, presentando arte latinoamericano. Es el director de la galería El Museo en Bogotá y de la galería Fernando Pradilla en Madrid.

La primera exposición que encontré fue “Una frágil conspiración”, del barranquillero Marco Mojica; ese fue el marco del primer encuentro.

El siguiente encuentro se dio antes de que se inauguraran las exposiciones de Emilio Gañan –español, de Plasencia– y de Paulo Castro –venezolano, nacido en Palmira.

Durante el tiempo en que se realizó este capítulo de la investigación, también pasaron las exposiciones de José Horacio Martínez –Buga, Valle– y de Lina Sinisterra –Bogotá, Cundinamarca. Hasta ahora, varios lugares en un solo lugar.

Los últimos encuentros se dieron durante las exposiciones de Germán Gómez y Catalina Ortiz, quienes también se presentaron en la galería El Museo, de Bogotá. Fue durante la inauguración de estas últimas exposiciones cuando le formulé las últimas preguntas de este cuestionario a Fernando Pradilla.

- Luis Fernando, ¿por qué estudió Derecho?

Por muchas razones. En primer lugar, salí muy joven del colegio y no sabía qué era exactamente lo que quería hacer. Pero había algo que me interesaba en el estudio del Derecho y en la diversidad de materias que ofrece. También me interesaba que al ser abogado se tiene un campo de acción más amplio, ya

que no quería involucrarme en una carrera que me encasillara en una actividad restringida.

Antes de entrar a la universidad yo ya trabajaba con arte, así que en parte ya sabía lo que me gustaba. Quise experimentar la vida de un estudiante universitario para ver si me interesaba o no, pero desde cuando estaba en la mitad de la carrera ya sabía que no iba a ejercerlo. Terminé la carrera, sustenté mi tesis –a la que le invertí dos años– y nunca regresé, ni siquiera por la tarjeta profesional. Mis compañeros de curso se la regalaron a mi papá en unas navidades.

Simultáneamente cursé algunos semestres de Administración de Empresas, y después realicé un Máster en Administración de Empresas en Suiza, esto, un poco, para tener más libertad.

El Derecho te amarra al lugar donde lo estudias porque su campo de acción es muy local. Entonces, haber estudiado Administración y haber hecho un MBA me dio la posibilidad de buscar un poco más de mundo, digámoslo así.

- Cómo cambiaron sus impresiones en estas dos etapas: antes de entrar a estudiar Derecho y cuando comenzó las clases. ¿Alguna decepción?

Me gustó mucho, pero me decepcionó un poco la manera en que funciona el ejercicio del Derecho en este país. Cuando estás en el consultorio jurídico te das cuenta de la forma en que se desarrolla la justicia y esto trae muchas decepciones. Además, el Derecho era muy árido: había mucho código y mucha memoria... pero en últimas lo disfruté mucho. Éramos

una clase muy agradable, con todo tipo de alumnos y de allí salieron buenas amistades.

Si bien es cierto que le dedicas mucho tiempo de tu vida a algo que después no ejerces, también es cierto que de alguna manera aplicas el derecho permanentemente, y es algo que te sirve para todas las actividades que realizas en el día. Además, te da una formación, una manera de pensar, de razonar y de analizar las cosas sin tragar entero. Eso me ha ayudado mucho en mi vida posterior.

- ¿Cómo fue el tránsito entre estudiar Derecho, Administración hasta llegar al mundo de las galerías?

Todas estas transiciones han sido divertidas. Ya en la universidad me dedicaba a vender arte. Mi primer acercamiento fue con la venta de piezas arqueológicas: estando en la universidad, me metía a uno de los hoteles de mala muerte cerca del Museo del Oro donde venían los gaudineros a vender sus piezas; después llegaba a la clase con ellas o con un cuadro o con una cerámica precolombina debajo del brazo. Así empecé, vendiéndole a mis compañeros y a sus padres.

Cuando terminé Derecho, me gané un concurso que me dio la posibilidad de vivir unos meses en Londres. Allí seguí visitando museos y, claro, en la medida en que tuve esta posibilidad, se fue afianzando mi interés por el arte. Después regresé a Colombia, y trabajé por un tiempo en el sector financiero, aun así seguí vendiendo arte; nunca lo he dejado, desde que comencé a hacer mis primeras ventas a los trece años a familiares y amigos de mis padres.

En 1981 tuve un accidente que me impidió seguir trabajando durante un año. En ese momento me fui a vivir a Europa de una manera muy informal: tranquilo y sin compromisos. Entonces pasaba los días recorriendo museos y librerías, leyendo y estudiando por mi cuenta. Fue en 1981 cuando decidí hacer un MBA en Suiza; en 1982, y terminado este posgrado, me gané la posibilidad para trabajar con una galería en Nueva York, a donde me fui en 1983.

- ¿Y cómo llegó a trabajar en esta galería?

A mi regreso a Colombia a principios de 1983 conocí a un inversionista americano que quería montar una galería en Nueva York, enfocada en el arte latinoamericano. Pasé por un proceso rápido de entrevistas y exámenes, lo gané y terminé viviendo entre Nueva York y Bogotá. En esos momentos, el Gobierno colombiano tenía un programa que se llamaba “Cerebros fugados”, que me permitió importar mi menaje a cambio de quedarme en Colombia por un lapso de cinco años. Por ese motivo no pude ausentarme del todo de Colombia: compartía mi vida entre las dos ciudades y viajaba muchísimo por todo Latinoamérica en la búsqueda de artistas.

En 1987 monté la galería El Museo, y en el 2001 monté la galería de Madrid. Ahora vivo entre Madrid y Bogotá.

- Y de estos años de vida en Nueva York, ¿qué recuerda?

Viví en Nueva York hasta que empecé a hastiarme. Es una ciudad extraordinaria, pero te genera mucha ansiedad, y siem-

pre estás al debe. Era una vida de locos, agotadora pero muy excitante. Vivía la ciudad intensamente: arte, teatro, cine y música, además de las vanidades que los acompañan. Todo esto más una soltería desenfrenada.

Cuando me encontraba agotado, física y económicamente, regresaba a Colombia a ponerme en forma.

- Y en Bogotá, ¿cómo se creó la galería El Museo?

Establecí en Nueva York una relación con uno de los personajes más fascinantes que he conocido en mi vida. Lo había conocido en Colombia, pero allí tuve la posibilidad de acercarme a él. Fue Byron López, quien se convirtió en uno de mis mejores clientes en Nueva York, y junto él aprendí muchísimo del mundo del arte. Siendo un importante empresario colombiano, había hecho unas de las colecciones de arte más relevantes del país y ya trabajaba con artistas colombianos de gran importancia, como Botero, Obregón, Grau y Roda, entre otros. Nos hicimos excelentes amigos.

Estando con él en Bogotá, un día me mostró un edificio de apartamentos que estaba reformando. Inmediatamente percibí que en este edificio podía montar la galería con la cual siempre había soñado. Fue así como el edificio de apartamentos que estaba para alquilar se convirtió un año después en la galería El Museo, y allí estuve desde su formación hasta 1998.

- Y ¿cuál fue la exposición con la que se inauguró El Museo?

Fue una muestra de Botero y una exposición de Picasso y Bacon. Estos últimos en obra gráfica, y Botero en pintura, escultura, dibujo y acuarela.

- En todos estos años de experiencia ¿qué recuerdos tiene de su vida como galerista? ¿Alguna mala venta, alguna venta extraordinaria... el hallazgo de un artista sorprendente?

Pues tengo muchos. El proceso no es fácil: seleccionar los artistas es un proceso mucho más difícil que hace veinte años. Cuando yo empecé, de las facultades de arte salían sesenta o ciento veinte personas al año; hoy en día, en una facultad de arte como la de Beijing salen treinta mil personas al año. Todo se ha complicado: el campo del arte es mucho más difícil: sumado a la incursión de las nuevas tecnologías, el mercado ha cambiado mucho y es mucho más competido. Lo que sigue siendo muy estimulante es el trato, tanto con los artistas como con los coleccionistas.

Como en todas las actividades, uno tiene momentos en los que quiere tirar la toalla y cambiarse de profesión. Por momentos pienso: *¡Ay! si pudiera regresar al Derecho...* (ríe), aunque, claro, tendría que volver a estudiarlo. Más allá de esto, el arte es una pasión irreversible, sólo sé ocuparme de él y no podría hacer otra cosa.

Son muchos los altibajos que se viven en esta profesión: hay meses en los que uno no vende; hay épocas en las que a uno le va muy bien.

En Colombia, lo que uno gana en un año lo pierde en el siguiente por la inestabilidad del país, así que hace siete años me fui a España buscando un poco más de estabilidad, y mire lo que me ha pasado: ahora la crisis está en España. ¡Es impresionante!

Aun así no deja de ser apasionante. Con todas las dificultades, sigue siendo un mundo mágico y maravilloso.

- Un acontecimiento trágico y uno dichoso.

Pues, uno trágico: que una vez se me perdió un Dalí, y el dichoso: que al mes y medio apareció.

En este trabajo uno vive viajando cargado de maletas, de equipaje, y en una de esas ¡dejé el cuadro en un taxi! Venía a Miami desde Nueva York a entregar el cuadro, me bajé del taxi y dejé el tubo en la parte posterior del asiento. Entré en pánico cuando me di cuenta de que el tubo no estaba. Me fui a la estación de taxis a ver si lo encontraba: entonces, busqué entre todos los choferes y todos me parecían exactamente iguales, no había ninguna posibilidad de identificar al conductor del carro donde se encontraba el Dalí.

Un mes y medio después estaba frente a la casa donde siempre me quedaba y de golpe paró un taxi y el chofer me dijo:

“Señor, lo acabo de reconocer. Vengo a devolverle el tubo que dejó aquí”.

- ¿Y cuál fue la pieza involucrada? ¿Qué pasó con el coleccionista?

Era un papel de 1963, no recuerdo su nombre. Nadie se enteró de lo que pasó, y afortunadamente cada parte terminó feliz. La noticia me tocó comérmela, ya que no tenía cómo responder en ese momento.

- ¿Y el taxista se enteró de cuál era el tesoro que llevaba encima?

No, no sabía; era un tubo cerrado y no lo abrió. Me lo entregó perfectamente sellado después de mes y medio de sufrimiento.

- Usted hablaba de la gran cantidad de egresados de las facultades de Arte. ¿Cómo hace usted para encontrar el artista indicado?

Son varios procesos. El primero se basa en mi gusto, en lo que me estimula, lo que me emociona, en lo que me seduce. Hay artistas maravillosos, sobre todo en el mundo del arte conceptual. Entonces, lo que yo busco en un artista es un equilibrio entre lo conceptual y el talento, un complemento entre la creación y la ejecución.

Veo arte todo el día. No hago otra cosa: voy a más de diez ferias al año. Me muevo por todo el mundo y lo que hago es ver, ver y ver... Pongo como ejemplo una feria en Shanghái en

la que hay más o menos diez mil artistas en exposición. Busco entre todo eso y de golpe encuentro un artista indicado, que me dice algo. Lo que hago después es entrar en diálogo y en contacto con los artistas.

- Y entre los artistas colombianos contemporáneos, ¿cuál le gusta en especial?

Muchos. Entre los jóvenes artistas con los que yo trabajo nombro sólo a algunos: Marco Mojica, Carlos Salazar Arenas, Catalina Ortiz, Catalina Mejía, Juan Carlos Delgado, y la lista sigue. Colombia tiene muy buenos artistas.

- ¿Cómo equilibra una elección muy calculada, pensando en el mercado, y una elección sustentada en emociones, en intuiciones?

En este mundo hay que jugarle a todo: hay que ser comerciante y administrador, pero también ser psicólogo. Tratas con los clientes, con los artistas, con el éxito de los artistas, con los egos, con la sensibilidad... Entonces estás todo el día brincando de un lado a otro. Es como hacer triatlón: tienes que nadar, correr y montar en bicicleta... y eso es así todo el día. Vendes, negocias con un artista, negocias una forma de pago... Pero también está la parte emocional, una parte romántica, que tal vez es lo que más te mueve: encontrar un artista, verlo crecer contigo, ver cómo el esfuerzo que haces de golpe produce una flor magnífica.

En España es un poco más fácil recoger el fruto de tu trabajo, pues tu trabajo tiene más repercusión; acá estamos más

limitados. Muchos de los artistas con los que trabajo en Colombia y yo nos sentimos encerrados porque no tenemos los medios para lograr su posicionamiento. En España eso opera de manera completamente diferente y rápida, no solamente por la receptividad del medio, sino por el apoyo institucional y de las comunidades. La gran diferencia es que allá cualquier comunidad tiene tres o cuatro museos y en todos los pueblitos hay un museo de arte contemporáneo. Acá es mucho más difícil: básicamente, se trata de quién vende más o quién vende menos.

- Usted habla de esa diferencia en grandes términos, de allá y acá. Quiero preguntarle cuál es su opinión sobre Bogotá, comparándola con ciudades como Nueva York o con ciudades de España.

Bueno, Bogotá en ciertos términos es un pueblo. Pero si uno compara Nueva York con Madrid, Madrid también puede ser un poco provinciana. Nueva York es la capital del mundo en muchos sentidos: vemos cómo es la capital del mundo en esta crisis que estamos viviendo, es decir, en algunas cosas somos consecuencia de lo que sucede en Nueva York. Es una ciudad que te da muchos estímulos, y que te forma mucho, pero también es una ciudad donde el éxito sólo se mide en términos de dinero. Es una ciudad que te va alienando, donde la gente va en su propia búsqueda, en su propia lucha.

Llegas después a un país como España y ves que hay un espacio para el arte, en mi caso para el arte latinoamericano, y funciona. De alguna manera puedes hacer más cosas en Europa, a pesar de que todo está más formado. En Estados

Unidos todo es más reciente: no tienen ningún tipo de arraigo. El americano compra lo que le gusta, sin tener en consideración su procedencia; le da lo mismo si es alemán, filipino o colombiano.

Los europeos son más regionalistas en muchos sentidos: al italiano que le gusta el vino Chianti, va a Francia y no se toma un vino francés. Esas fronteras hacen que sea difícil, pero en la medida en que uno trabaja con artistas que van gustando, poco a poco se van abriendo las puertas.

Bogotá es una ciudad que se ha convertido en una gran metrópolis, donde suceden muchas cosas y que se está convirtiendo en un lugar con mucho futuro para las artes plásticas.

- Y en Colombia, respecto a este tema, ¿cuál es su impresión frente a la diferencia entre Bogotá y otras regiones?

Hay muchas diferencias. Yo tuve la oportunidad de tener galerías en Medellín y en Cali, y fue un terreno difícil. Tienen otros intereses. Es gente que experimenta otro tipo de actitudes, de sentimientos. La diferencia entre Bogotá y el resto de ciudades de Colombia es gigante, a pesar de ciertos intentos de descentralización.

- ¿Y qué resalta de estas ciudades?

El Salón Nacional se hizo en Cali, también hay encuentros teóricos y buenos museos en Medellín. La gente es absolutamente maravillosa, pero hay una gran diferencia cultural.

Allá se identifican de otra manera con el arte, los gustos son muy diferentes. Yo viví experiencias durísimas tratando de vender arte en Cali y en Medellín; llevaba cosas buenas, y me estrellaba. Pero esto sucede en muchas ciudades del mundo. Es como comparar Nueva York con... ya no digamos Miami, pero sí con otras ciudades de Estados Unidos: la diferencia es evidente.

En Cali, por ejemplo, se quedaron en Grau y en Obregón, aunque recientemente hay proyectos importantes, como puede ser el que dirige Oscar Muñoz: *Lugar a dudas*. Lo mismo ocurrió en Medellín con Pedro Nel Gómez, pero ahora la labor que está haciendo el Museo de Antioquia es excelente, y la nueva sede del Museo de Arte Moderno de Medellín le va a dar mucha dinámica a la actividad plástica en esa ciudad.

- Cambiando de tema: en un homenaje a Lia Ganitsky, Beatriz González criticaba a los consumidores de arte colombianos. Decía que preferían colgar en su sala algo encontrado por ahí o hecho por la tía. ¿Qué opina usted al respecto?

Yo creo que eso ha cambiado. La entrada del arte es un proceso lento; el momento en que la gente comienza a colgar arte en su casa depende de los conocimientos que tiene y de su capacidad económica.

Yo no creo que eso sea así, que todos estemos viviendo con el cuadro que heredamos de la tía o de la abuelita, o con la carpeta tejida. La gente joven ha cambiado. Hace unos años estábamos privados por la ausencia de los museos, pero hoy la

gente tiene acceso a la colección del Banco de la República, a la colección Botero, y tuvo acceso a Warhol y a Francis Alÿs. En esta medida, la gente comienza a sentir la necesidad de vivir con arte y comienza a visitar las galerías.

- Bueno, usted que está rodeado todo el tiempo de arte, ¿cree que el Derecho tiene algo de belleza?

Qué, ¿meterse a un juzgado? (Ríe). ¡A mí ir a un juzgado me produce erisipela! El mismo medio, la actitud de los abogados, la corbata... Es una cosa tan árida, tan dura, sobre todo en estos países. ¡Yo no le veo ninguna belleza!

Debe tener algo escondido... tal vez la hermenéutica.

- ¿Y tiene clientes abogados?

Muy pocos. No tienen ese interés, viven como en otro mundo. Tú ves la sensibilidad del médico y muchos vínculos entre esa profesión y el arte, pero podría contar con los dedos a los abogados a quienes les interesa el arte. De mis compañeros, uno o dos son clientes míos, y eso porque su nivel socioeconómico los obliga a poner un buen cuadro en su casa, pero no es porque en realidad lo sientan, o si lo sienten, no se apasionan como lo pueden hacer un médico o un arquitecto.

Ahora, los banqueros. Ellos tienen otro criterio: los banqueros vienen a la galería y te dicen: *me gusta ese cuadro, ¿cuánto va a costar mañana?* (ríe), pero a los abogados poco les interesa, tienen otra manera de pensar y sentir.

- Y del Derecho, además de la hermenéutica, ¿qué se salva?

Hay cosas bonitas de la carrera, pero lo que no creo es que así sea el ejercicio de la profesión.

Terminé derecho en 1978, hace más de treinta años, todavía recuerdo que me tocaba aprender códigos para presentar un examen: recitaba el artículo un día, y al otro, con otro código, ya se me había olvidado lo que había estudiado el día anterior. Es una carrera muy dura, pero interesante por la diversidad de materias que se cursan: el manejo de sociología, de historia, y de la teoría política me gustaban mucho.

- Y de esa época como estudiante, ¿qué recuerda?

Fui un estudiante feliz, me divertí mucho en la carrera. También luché mucho, porque el proceso de aprendizaje fue duro. No sé qué tanto ha cambiado la carrera del Derecho en estos años, pero es claro que uno todavía tiene que memorizar los códigos. No sé si hoy te los tienes que saber de memoria o no, pero aun así tienes que meter tal cantidad de información a la cabeza, que me parece imposible.

En fin... fui un estudiante feliz, teniendo claro que no iba a ejercer el Derecho. Estaba absolutamente consciente de que mi vida sería otra cosa.

- Yo no investigué sobre su tesis. ¿Cuál fue el tema?

La tesis se tituló *El crédito público y el contrato de préstamo*. La trabajé con María Isabel Rueda, con quién me gradué, y duramos dos años preparándola.

- Usted me decía que hace poco había llegado de Caracas. ¿Cómo ha visto el cambio de la escena artística durante el gobierno de Hugo Chávez?

Son muchos cambios. Llevo veinte años yendo a Caracas a una feria pequeña, pero con un perfil muy particular. La tendencia de las ferias es que con el paso del tiempo empiezan a formarse, a volverse más selectivas, pero en Caracas ha sucedido lo contrario. Pasamos de una feria en la que hace doce años había unas ochenta galerías con obras maravillosas, a una feria en la que hoy solo somos treinta y cinco, y te encuentras con que muestran horrores y todo se vende.

Para mí ese es el proceso que ha sufrido Venezuela. Tomemos a Caracas como el reflejo de la suerte de un país que no está sufriendo la crisis económica del mundo, sino una crisis política. Es muy triste ver cómo Venezuela, que en el mundo del arte tenía la gente más interesada, con maravillosas colecciones y los mejores museos del contexto latinoamericano, hoy ha sufrido un cambio drástico.

Por ejemplo, lo que tenemos ahora en Bogotá como parte de la donación Botero, en Caracas lo tenían hace treinta años, y aun mayor, en el Museo Sofía Imber. Allí se gestó un movi-

miento que fue el Cinetismo, ¡que marcó una ciudad y a un país! Caracas tiene unos edificios absolutamente maravillosos, y la Universidad de Caracas es extraordinaria.

Venezuela era un fenómeno, al igual que los artistas que allí se formaron, como Soto y como Cruz. Hoy en día, al ir a Caracas te da tristeza ver que las esculturas de Soto y de Cruz han sido robadas, las han arrancado y roto.

La gente de Caracas tenía mucha cultura, porque vivió una ciudad extraordinariamente cosmopolita. Una ciudad bella, con una vegetación magnífica, con colecciones, con casas y con gente a la que siempre la había interesado el arte. Hoy uno ve que la gente llega –casi con dolor– a no comprar arte porque no sabe cuándo tendrá que irse del país con lo que tienen debajo del brazo. ¡No!... es lamentable y doloroso.

He visto cómo año tras año se ha deteriorado la situación, pero entre el año pasado y este año la brecha se ha profundizado.

- ¿Usted sabe si el Gobierno invierte de alguna forma en artistas, como lo hicieron otros gobiernos socialistas?

No, no creo que lo hagan. Los Soviets tenían el Hermitage, el Pushkin, tenían unos museos y unas colecciones de arte impresionantes. Pero yo creo que este señor Chávez no tiene la misma sensibilidad. Los museos se acabaron. Por ejemplo, algunas piezas del Museo Sofía Ímber se están perdiendo.

- ¿Los museos como escenarios públicos también están en decaída?

Sí, claro. Todos los escenarios se politizaron, el teatro Teresa Carreño se convirtió en un lugar de encuentro chavista, todo se politizó.

- ¿Y qué resalta de lo que se ha hecho en los últimos años?

Hay un museo que se acaba de inaugurar: todo el mundo dice que hay que ir a la Galería de Arte Nacional, pero no puedes ir porque te expones a un riesgo.

Hay muchísimo dinero, y eso ha generado algunas malformaciones. Puedes encontrar galerías de arte de grandes proporciones, pero no tienen un buen perfil. Parecen unos *Taj Mahal*, llenos de obras malas y precios desfasados: es absurdo.

En Colombia ocurrió durante el auge del narcotráfico: con el dinero del narcotráfico se compraba arte sólo como símbolo de estatus, porque había muchas paredes que tapizar, o como medio para lavar dinero. Las consecuencias de ese *dinero caliente* en Colombia fueron fatales: florecieron artistas que no tenían ninguna repercusión, y los artistas buenos no pudieron defenderse. Eso también atentó muchas veces contra la institucionalidad de las galerías, porque generaba un tráfico de arte de mano a mano, y detrás de eso empezó la proliferación de obras falsificadas. Entre los mismos traficantes se estafaban, y nadie sabía si el Miró que le vendían era verdadero o no.

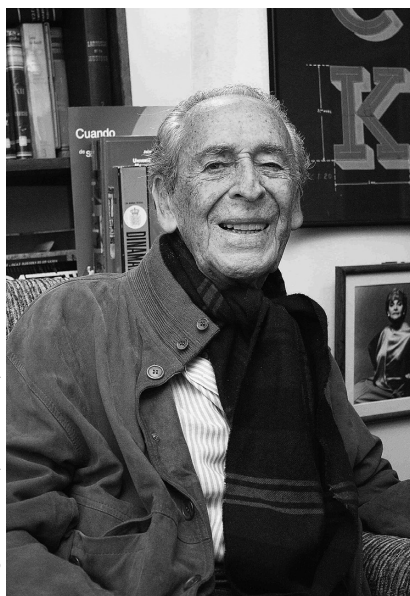
- ¿Y en estos últimos años, más allá de Venezuela, ha notado el cambio en Colombia?

Sí, se nota el cambio con la llegada de las generaciones jóvenes. Yo tuve que buscar nuevos horizontes fuera de Colombia porque había perdido la mayoría de mis clientes. Se fueron a vivir al exterior durante la crisis del gobierno Samper y después durante la época de Pastrana. Todos los días iba tachando clientes de mi lista, hasta que llegué a perder un noventa por ciento de las personas que me compraban arte.

¿Cuál fue la esperanza para quedarme? Yo siempre decía, *no cierro, porque viene un grupo de gente formada. Viene una generación que sufrió el fenómeno del narcotráfico y se hastió; que ha estudiado y ha tenido la posibilidad de tener acceso a los museos. Un grupo de gente que piensa, que tiene valores, que ve, que tiene un gusto formado. Y esos van a ser los coleccionistas del futuro.*

En Colombia los ricos nunca han sido coleccionistas. Compran arte con la intención de que les combine con el sofá y les llene una pared. Tampoco a nivel institucional ha habido el suficiente interés de apoyar el arte ni de crear colecciones públicas. Pero esto va a cambiar con los nuevos empresarios y con la gente joven que sí tiene un sentimiento real de lo que el arte implica, que sabe que no es solamente para *snobbiar* y colgarlo en una pared.

Álvaro Castaño Castillo



Fotografía: José Alejandro Naranjo.

Estudió Derecho en la Universidad Nacional de Colombia. Se ha dedicado a la promoción y radiodifusión cultural. Es autor de *Para la inmensa minoría*. Es el director de la emisora HJCK.

*Sobre el escritorio de Álvaro Castaño Castillo
siempre hay un rosa. La de ese día era violeta,
llena de pétalos, y puesta en un florero
redondo que estaba ahí sólo para ella.*

*Si desde el escritorio se dan tres pasos hacia
el oriente se llega a la puerta de un solar con
buganvillas, pensamientos, y cayenas. Detrás
de estas flores crecen unas enredaderas que
suben dos o tres metros sobre la pared hasta
llegar al lugar indicado: cuatro grandes letras
negras.*

*En 2010 la emisora HJCK cumplirá sesenta
años de transmisión; sesenta años en los que
don Álvaro ha hablado acerca de ciudades, de
música y de historia; de mujeres en la historia,
de viajes, de animales y de otros “paraísos
perdidos”.*

*Algunos de esos comentarios fueron
compilados por la editorial Taurus en Para
la inmensa minoría, libro que sirvió como
guía para pensar y formular las siguientes
preguntas.*

- Don Álvaro, entre sus comentarios hay varios que se refieren a recuerdos de su colegio. Háblenos un poco sobre su experiencia como estudiante de colegio

Yo adoro mi colegio por mis condiscípulos, principalmente por Hernando Durán Dussán, por Enrique Pardo Parra, por Alberto Lara Navarro, por Jorge Cárdenas, por Manuel Laserna, Indalecio Liévano Aguirre, Rafael Iriarte, Diego Tovar Concha y por José Durán Laserna, porque hicieron de mi infancia y de mi adolescencia una fiesta.

Con ellos fue todo alegría: trabajo intelectual y mucha cultura. Nosotros, a los catorce años nos reuníamos para formar y darle vida a la Academia José Asunción Silva, que fue uno de los gérmenes de lo que después fue la Casa de Poesía Silva.

En esa edad tempranísima, en vez de ir a discotecas, nos reuníamos en nuestras casas a hablar de poesía, a hablar de los libros que estábamos leyendo y a ensayarnos como oradores. Por cierto, a ese grupo pertenecía Enrique Pardo Parra, quien tal vez fue el más brillante orador de su generación.

- Entre sus condiscípulos usted menciona cómo Hernando Durán Dussán le enseñó mucho de lo que sabe de música clásica...

¡Sobre música clásica me enseñó todo! Le quiero advertir que en mi familia no había melómanos: Papá no lo era, tampoco mi madre ni mis hermanos mayores.

Un día estaba en la casa de Hernando y oí una música maravillosa. La segunda o tercera vez que fui a su casa le pregunté qué era esa música tan linda. “¿Pero cómo?!” me dijo Hernando cuando teníamos nueve o diez años, “¡Es Mozart!”. Y me empezó a contar: “Mira, viejo, Mozart es un músico austriaco maravilloso...”.

Y así fue como Hernando fue el primero que me habló de música clásica, y quien me indujo al amor por esta música. Él decía que la música clásica era un reino, y a ese reino yo entré de su mano.

Éramos muy cercanos, tanto que estábamos separados en nuestra fecha de nacimiento tan solo por ocho días: yo nací el 9 de junio de 1920 y Hernando el 17 de junio de 1920.

- En un escrito en el que usted habla de Hernando Durrán Dussán como su compañero de infancia, usted dice lo siguiente: “(...) En los colegios, ya lo sabemos, después de los primeros contactos, de la vecindad de pupitres, comienza a ejercerse un juego de afinidades que va agrupando a los alumnos de acuerdo con sus gustos (...). Es un primer esquema en el que ya se vislumbran los que más tarde serán ingenieros, arquitectos y, por otro lado, los que serán escritores y, **¡ay!, abogados**”. ¿Ese *¡ay!* es una pequeña queja?

(Ríe). Sí, es una queja. Yo respeto enormemente a mis discípulos y a la abogacía, pero cuando digo *¡ay!* me refiero a lo deplorable que se hace la práctica cuando no se ejerce funda-

mentada en la justicia, que es el gran tesoro que uno recibe de la profesión, sobre todo de los profesores que tuve yo.

Ahí sí tengo mucho que elogiar, porque mis profesores fueron Antonio Rocha, Carlos Lleras Restrepo, Alfonso López Michelsen y los dos Zuleta Ángel. A Jorge Eliécer Gaitán no lo tuve como profesor, pero era otro de los que hacía parte de esa alineación maravillosa de los cuarenta cuando se fundó la Ciudad Universitaria.

- Más allá de esta queja, ¿disfrutó estudiando Derecho?

Claro que sí. La Ciudad Universitaria comunicaba alegría y juventud, era una invitación a vivir. Además, entre los condiscípulos éramos muy amigos. Vivíamos felices. Jugábamos fútbol, tenis y lo que se presentara.

En esa época yo había salido del colegio como campeón de tenis, lo cual era una categoría muy importante porque en esos tiempos había un fervor por ese deporte. En las olimpiadas intercolegiales, yo, como campeón de La Salle, tuve que enfrentarme al campeón del Gimnasio Moderno, Gonzalo Rueda Caro, con quien después fundé la HJCK. Pero el origen de esa gran amistad fue el tenis.

- ¿Por qué estudió Derecho y no, por ejemplo, literatura?

Estudí Derecho porque era la carrera que más se aproximaba a lo que realmente me gustaba; es decir, mi vocación verdadera era la literatura, las letras y la cultura en general, pero en ese

tiempo no había una entidad que se dedicara a enseñar la literatura y la cultura. Por otro lado, no estudié Medicina porque le tengo horror a la sangre, ni estudié Ingeniería porque soy negado para las ciencias exactas. Entonces por eliminación llegué a pensar que lo más aproximado a mis aficiones era el Derecho, y esa es una respuesta que creo que estoy dando en nombre de miles de personas que así pensamos.

- ¿Alguna influencia familiar lo invitó a tomar esa decisión?

Yo me he preguntado de dónde viene mi afición por las letras y la cultura, y he llegado a una respuesta: aparte de que mi padre tuvo una indudable vocación por la cultura que no pudo ejercer cabalmente –porque era un hombre de trabajo que pasó gran parte de su vida fuera de Bogotá: en las Salinas de Manaure, en el territorio Vásquez, en la capitanía de Puerto Colombia...–, tuve un tío a quien le atribuyo una gran influencia en mi primera formación.

Él se llamaba José Vicente Castillo, el Seco Castillo: fue continuador de la Gruta de Borda y Álvarez Henao. Fue un humorista repentista muy representativo; recuerdo que dictó una conferencia que se llamó “La risa en Bogotá”, con la cual tuvo mucho éxito, tanto así que llenó hasta los topes el Teatro Municipal.

Yo creo que mucha de mi afición por la literatura y por la poesía viene de él, quien fue muy popular e importante en el mundo del humor y de la sociedad bogotana.

- ¿Y por qué escogió la Universidad Nacional?

Porque la Nacional era una sección muy importante de la doctrina y del postulado del liberalismo. Yo he sido un liberal convencido, especialmente porque tuve la suerte de conocer al doctor Alfonso López Pumarejo, debido a que mi hermano Jorge fue su secretario privado.

Usted no se imagina la carga de confidencias y de responsabilidad que tenía en ese momento el hecho de ser secretario privado. Jorge tenía que ir al Parlamento a oír las intervenciones de todos los parlamentarios para luego ir a decirle al doctor López Pumarejo qué había sucedido.

Sobre eso hay un episodio tremendamente doloroso que ocurrió cuando Jorge tuvo la obligación de ir ante el presidente a darle las noticias del debate de Enrique Caballero Escobar sobre el caso de la Handel. “¡No es posible Jorge, no es posible!”, decía López Pumarejo, ¡tan conmovido que tomó a mi hermano de las solapas y se las desgarró!

Yo nunca he creído que Enrique haya estado armando maliciosamente una calumnia; creo que estaba convencido equivocadamente de un hecho, y lo proclamó de forma tan violenta que López se conmovió.

Entonces, usted me preguntaba por qué estudie en la Nacional. Yo le digo que nosotros no pensábamos en *Javerianas* ni en *San Bartolos* ni en nada de eso; era en la Nacional donde queríamos estudiar, porque era el legado y la invitación que nos hacía nuestro presidente Alfonso López Pumarejo.

Además, nosotros, que empezamos en los claustros de Santa Clara, nos dimos el placer de llegar un día, en tropel, a fundar la Ciudad Universitaria, a sembrar los árboles que están todavía. Todo eso es lo que yo llamo “El paraíso perdido” y que describo en uno de mis comentarios de la HJCK.

Nosotros nos considerábamos unos conquistadores, unos colonizadores. Todo ese campo era nuestro para pisarlo y para festejarlo.

- Llega 1941 y por esa época llega la mujer que hace que su padre lo embarque de viaje...

Sí (ríe). Era una novia judía que yo tenía, y mi padre, muy agudo, muy perspicaz, dijo: “Es mejor que este niño no siga saliendo con este churro tan impresionante”, y entonces me empacó para Nueva York, donde me estaba esperando mi hermano Eduardo, que era un alto funcionario de la Parke Davis.

Él le dijo a Papá: “¿Para qué vamos a hacer que Álvaro se gradúe tan jovencito?, ¿por qué no me lo prestas para que me acompañe aquí en Nueva York?”. Entonces mi padre aprovechando la existencia de la famosa judía, más la invitación de Eduardo, me empacó de viaje.

Fue una cosa feliz, que me mostró un mundo deslumbrante y de lujo. Yo era un estudiante de diecinueve o veinte años que no conocía nada de eso, y recuerdo que al terminar de subir la escalerilla del vapor Santa Lucía en Barranquilla, vi los salones deslumbrantes y me pareció que estaba entrando a otro mundo.

Ese fue el inicio de una época muy importante, porque empecé a familiarizarme con el mundo. Resulta que los colombianos de esa época éramos todos uno provincianos; era inevitable...

Mi hermano Eduardo era un caballero adorable y generoso. Él podía haberme mandado en un camarote normal, pero no, me mandó en camarote de lujo. Usted no se imagina, camarote de lujo para que un carajito de veinte años llegara a enseñorearse. Y por ahí, otras cositas que pasaron en el viaje...¹

- ¿Cómo cambió su vida la “gran ciudad”?

La cambió mucho, no solo por el hecho de ser la “gran ciudad”, sino porque tuve la enorme suerte de conocer en Nueva York a un amigo de mi hermano que se llamaba Eduardo Gamba Escallón, quien para la época era el vicedéputa de Colombia y ya un intelectual respetado. El título de su tesis de grado lo dice todo: “El romanticismo en la física”, ¿qué tal la belleza?! Si es cierto que algunas personas tienen vocación de ingeniero y otras vocación de abogado, Gamba Escallón tenía vocación de ingeniero, pero alma de poeta y de literato.

Eso para mí fue una suerte enorme, porque Eduardo me tomó de su mano y no dejó que me inclinara por las tentaciones de otro grupo de amigos. Mientras existía un grupo de sinvergüenzas que todos los viernes y sábados me presentaban

¹ Otras de las aventuras del viaje se presentan en el artículo “Yo también tuve veinte años”, publicado en la *Revista SOHO* del 14 de diciembre de 2007 y complementan de buena forma las pistas que se presentan en esta entrevista.

churritos griegos, rumanos, ingleses y holandeses, Eduardo me decía: “Viejo, no malgastes tu tiempo. Mañana se estrena la película *Citizen Kane* de Orson Welles. ¡Carajo!, no me puedes decir que no vas por irte con una gringuita, ¡porque aquí te tengo la boleta!”. Y mientras tanto los otros se quedaban esperando con *el churro* allá servido...

Entre los otros irresponsables estaba Luis Zalamea, quien tiene mi edad. Muy apuesto era el tipo, además de inteligente y gracioso, pero muy sinvergüenza. En el grupo de Zalamea todo éramos irresponsables. Nunca nos preguntábamos de dónde veníamos ni para donde íbamos. Estábamos entregados a la embriaguez de nuestros veinte años.

Tan irresponsables éramos que tampoco nos preguntábamos de dónde sacaba el dinero el mayorcito del grupo, un caballero de apellido Lañas, para pagar las cuentas más costosas de cada noche.

¡Pues el señor Lañas nos resultó espía!, espía de Alemania ante el Gobierno de los Estados Unidos. Se salvó de la silla eléctrica porque el último acto de espionaje que le probaron en los tribunales fue cometido ocho días antes de la declaración de guerra de los Estados Unidos a Alemania.

Ante nosotros fue el espía perfecto: hermético y con cara de yo no fui. Nunca lo volví a ver. A Zalamea sí. Cuando fundamos la HJCK trabajó ocasionalmente en la emisora. Era hermano de Jorge. Buen escritor y se ha especializado en gastronomía, como lo denuncia el círculo de su cintura.

Así que en Nueva York yo me dividía entre la cultura de Gamba y la superficialidad de Zalamea. Y los nombro, porque ya estamos en una edad en la que hay que nombrar a las personas y darle a cada cual su merecido.

- ¿Qué fue lo último que hizo en Nueva York?

En un momento dado me quedé sin dinero suficiente. Pero ¿cómo no?, si para un carajito de veinte años, rodeado de *churros*, todo dinero era poco. Entonces le dije a mi hermano que me gustaría ser profesor de castellano, y así llegué a las oficinas de la Berlitz School que quedaban en la Quinta Avenida, frente a la iglesia de San Patricio, ¡nada menos!

Llegué, me pidieron el pasaporte, me preguntaron qué edad tenía y dónde había nacido. “En Bogotá”, dije yo. “¿En Bogotá?!” , dijeron ellos, “entonces no lo examinamos”. Yo pensé que me estaban rechazando, ¡pero no!, lo que pasaba era que según ellos en Bogotá teníamos la mejor pronunciación en lengua castellana y por eso nos daban preferencia.

Inmediatamente me destinaron a unos gerentes de Wall Street, y mi tarea consistía en llegar a las a las ocho de la mañana a sus mansiones—llenas de trofeos, lujos y ¡hasta cabezas de rinoceronte!—, montarme en sus automóviles y acompañarlos a sus oficinas hablando únicamente en castellano. Eran tan importantes que no podían recibirme en ningún otro momento, sino solo en el tiempo que les tomaba llegar de sus casas al *Downtown*. ¿Qué tal?

Y durante este trayecto, por orden de mis jefes, yo tenía que pedirles que me hablaran solamente en castellano, porque si llegaba a hablar en inglés yo perdía el cargo. De forma que no me podían decir “Míster Castano”, nada de eso, debían decir “señor Castaño” (ríe).

- ¿Cómo fue volver a Bogotá?

Yo volví a Bogotá únicamente para darle gusto a mi padre. Usted no se imagina las tentaciones que tuve a esa edad y con esos ímpetus. Sin embargo, yo sabía que tenía que cumplirle a mi padre, quien me había hecho prometerle que volvería para graduarme.

- Cuéntenos sobre su regreso de Nueva York.

Ese episodio pertenece a un capítulo muy lindo de mis recuerdos familiares: mi padre, Joaquín Castaño Ramírez, me había dado permiso de viajar con el compromiso de que volvería a graduarme de Derecho, y todo el tiempo estuvo pensando si yo le iba a cumplir o no. “Yo creo que me va a cumplir”, decía.

Para esa época ya teníamos la finca El Bosque en el Tolima, cerca a Ibagué, y papá, estando en El Bosque, tomó el tren y se fue hasta Ambalema a esperar el barco en el que yo tenía que llegar.

Yo regresé en un barquito muy modesto, argentino, y no en uno de los barcos de la Grace Line, porque toda la flota de los “Santas”– el Santa lucía, el Santa Helena y otros de los barcos más bellos– fueron enviados a la guerra. Entonces re-

gresé en este barquito de una empresa de “*pipiri pau*”, y fíjese, ¡el piloto se perdió!

El barco arrancó en Nueva Orleans, atravesó el Golfo de México, se acercó a Barranquilla y ahí el piloto se perdió y llegamos hasta La Guaira. En esas mi papá ya estaba esperándome en Ambalema y sólo varios días después de lo esperado nos pudimos encontrar. Finalmente llegué, me bajé del barco y ahí me estaba esperando él para irnos en tren a Ibagué.

El final de todo ese esplendor, de toda esa alegría, de esas maravillas, de la juventud y de las frustraciones de este viaje se dio en la finca El Bosque a donde llegué con mi papá y donde descansé por unos días justo antes de regresar a inscribirme en la Nacional a terminar mi carrera, porque me faltaba hacer cuarto y quinto de Derecho. ¡Hoy cuento esa historia y la gente no la cree!

- ¿El viaje cambió su forma de ver el Derecho?

No precisamente. El viaje me afianzó mucho mis principios: la justicia, el amor por el país, la honestidad y el trabajo. Este tiempo en Nueva York fue un momento de reflexión a pesar de tanta fiesta y tantos amigos. Cuando esto pasaba, llegaba el momento de la soledad, del silencio.

El viaje me enriqueció mucho, y no vacilo en felicitar a mi padre y en ponerlo como ejemplo para aquellos que tengan la posibilidad de mandar a sus hijos a viajar. Para mí eso es lo más enriquecedor.

- Usted cuenta en su artículo “Yo también tuve veinte años” que antes de este viaje le hicieron una despedida en la estación de la Sabana, a la cual fue una delegación del Café del Rhin. Pero justo después de decir esto, y poniéndolo entre paréntesis, usted afirma que “quienes no saben qué fue el Café del Rhin no están en nada”. Por favor, cuéntenos por qué eso es así.

El Café del Rhin está en la antesala de nuestra madurez. De ahí salí yo a fundar la Emisora con Gonzalo Rueda; otros a ejercer sus arquitecturas y otros sus ingenierías.

Ese café fue un foco de alegría, de juventud, de *descomplicación*, y también de cierta sinvergüencería. Ahí nos reuníamos algunos jóvenes –Gonzalo Rueda, Ernesto Gamboa, Eduardo Nieto Calderón, Pipo Peña, Rafael Urdaneta, Aníbal Marulanda y otros tipos sumamente queridos– con los cuales establecimos, entre otras cosas, un lenguaje hermético que solo usábamos nosotros. Eran tonterías, pero eran cosas que nos divertían. Por ejemplo, a la bola de tenis nunca la llamamos bola, sino fruta, y a cualquier licor le llamábamos chicha, y todavía lo llamamos así entre los que quedamos.²

Todos los del Rhin éramos estudiantes, y a todos nos gustaba jugar tejo en los campos del Patiasao.

² En el artículo “El Café del Rhin y la palabra churro”, que hace parte de los “paraísos perdidos” del libro *Para la inmensa minoría*, se habla de la creación de este lenguaje y de cómo se asiste en el Café del Rhin a la introducción de la palabra “churro” en el lenguaje bogotano para referirse “a las mujeres de alto cilindraje”.

Era más un club que un café; era un saloncito un poquito más grande que todo esto (dice señalando el jardín de su oficina, de más o menos diez por cuatro metros). El mesero, que se llamaba Ramón, nos atendía con su servilleta blanca en el brazo y nos llamaba por nuestros nombres. Además, sabía qué era lo que pedíamos; por ejemplo, sabía que a cierta hora yo tomaba *croissant* con *perico*, y que el primer roncito me lo tomaba por ahí a las cinco de la tarde (ríe).

- ¿Y en el Café del Rhin también estudiaban?

Más o menos. La mayoría de los contertulios del Café del Rhin eran de la Facultad de Derecho de la Universidad del Rosario, y por eso lo que sí hacíamos era acompañar a la víctima hasta el tribunal, donde monseñor Castro Silva lo estaba esperando frente a una carpeta roja, para presentar los exámenes finales.

En el Café del Rhin sí estudiábamos... pero urgidos. Los estudios normales los hacíamos en las casas de los habituales del Rhin. Allá nos reuníamos, con cronómetro en mano, y todos decidíamos estudiar la misma materia. Por ejemplo, estudiábamos derecho romano, y acordábamos que en tanto tiempo nos volveríamos a encontrar para examinarnos. El más inteligente de todos se llamaba Ernesto Gamboa Álvarez; era él quien terminaba de primero; luego seguíamos Eduardo, Gonzalo o yo, y de último llegaban otros... Estudiábamos hasta las doce de la noche.

- Si le parece, pasemos al 13 de enero de 1944...

¡La fecha en que conocí a Gloria! Esa historia es muy bella y muy extraña: todo el Café del Rhin la conoció al mismo tiempo porque ella era el tambor mayor del Liceo Nacional. Ella manejaba el bastón de mando con una destreza y una dignidad aterradoras. Tiraba el bastón al aire, lo recogía por detrás y nunca se equivocaba.

Era muy bella, tanto que cuando venía marchando en los desfiles de la época –los desfiles de las bandas de guerra de todos los colegios– alguno de nosotros gritaba ¡Oigan, viene “la Divina”!, y todos los del Rhin salíamos a verla. Pero ella nunca volteaba la mirada para saber quién la aplaudía, y si nos miraba, nos miraba como a gusanos... (ríe).

¿Qué pasó? Un día, cuando llegó el momento de escribir mi tesis de grado, fui a donde Miguel Lleras para pedirle que fuera el presidente de mi tesis, que sería sobre derecho diplomático.

Yo ya había viajado a Nueva York, me había imaginado cómo era Europa y quería volver a viajar porque me había interesado mucho; pero resulta que cuando le presenté el proyecto a Miguel, me dijo: “¡Carajo!, ¿no te da vergüenza presentarme esta propuesta de derecho diplomático? ¿Qué es esa vagabundería?”. Frente a eso, intenté explicarle que yo había sido el único en obtener un cinco en el seminario de Derecho Internacional con el profesor Urdaneta Arbeláez...

Y me respondió: “Tú lo que quieres es viajar a una embajada diplomática. ¡Debería darte vergüenza!”.

Y apenas estaba empezando; después me dijo: “Mira, Álvaro, las instituciones en Colombia están todas en crisis porque somos un montón de desatentos. Deberías estudiar las instituciones de Colombia en vez de irte de diplomático a un país que no te interesa. Te pongo un ejemplo: la Policía. La Policía está en crisis porque está dominada por el Ejército y eso no le corresponde. Debería tener una función tutelar, una función de paz, de complicidad y ayuda con los ciudadanos y sobre todo de apoliticidad”.

Entonces me invitó a hacer una tesis “que fuera un prodigio”, y para eso me nombró Secretario de la Escuela de Policía. Y me dijo “Eso sí mi querido, te internas en Muzú a escribir una tesis de verdad, no una *pendejadita*. Aquí todos ustedes, sinvergüenzas estudiantes de Derecho, hacen a la carrera una tesis para poderse graduar, pero no la estudian a fondo, no hay ensayos a profundidad que sean presentables en cualquier país. Entonces, Álvaro, te invito a hacer un estudio de la historia de la Policía”.

“Yo te doy el nombramiento para ser Secretario General de la Escuela de Policía, y tú vas al Departamento Administrativo de la Policía Nacional y allá hablas con un doctor Sepúlveda que está encargado de darte la dotación para tu oficina”. Y remató diciendo: “Pide muchas vainas, porque allá son muy tacaños”.

Entonces me fui para el Departamento Administrativo de la Policía, cuyas oficinas estaban situadas frente a la iglesia de La Capuchina, con mi lista de implementos para la oficina. Subí las escaleras, y de pronto vi a todo un monumento de

mujer que estaba de espaldas. Pues cuando se dio la vuelta resultó ser “la Divina”.

¡No podía ser! Yo de verdad sentí una impresión muy grande, porque me había imaginado todo menos conocerla trabajando ahí, ya que de ella, yo tenía la imagen de una niña de colegio...

Y así empezó nuestro “duelo”. Ella es ibaguereña y era muy desconfiada del bogotanito con mirada coqueta, así que yo representaba la persona que le aburría a morir, y por eso me recibió de forma despectiva. Yo le presenté mi lista de dotación para la oficina y ella me preguntó: “¿Por qué tantas cosas?, ¿por qué tantas carpetas?, ¿por qué tantos lápices? ¡Yo no le puedo dar todo eso!”, y así siguió nuestra negociación hasta que ella se retiró un momento de su puesto.

Ahí fue cuando vi que en su escritorio estaba el libro “La deshumanización del arte” de Ortega y Gasset, y resultó que yo tenía debajo del brazo el libro “Estudios sobre el amor”, también de Ortega y Gasset.

Fue ahí cuando ella regresó, y me dijo “¿Qué está mirando?”. Yo le contesté que estaba mirando, con tristeza, que ella estaba leyendo el único libro *jarto* de Ortega y Gasset.

“¿Y por qué me dice eso?”... “¡Ah!, porque *La deshumanización del arte* es un libro lleno de lugares comunes... En cambio, este que yo tengo en mi mano, y que estoy leyendo, sí es una cosa diferente; y mire, todas estas anotaciones que están al margen, son anotaciones de Eduardo Carranza...”. Y eso sí le interesó. Ahí empezaron nuestros amores y a los ocho días empezamos a salir.

Pasó el tiempo, y entre tantas otras cosas, le dicté mi tesis a Gloria, entre beso y beso. Yo estudiaba y tomaba apuntes, y luego me encontraba con ella y me hacía las preguntas ciertas: “¿Sí eran así los ediles romanos?, ¿sí era así la Edad Media como tú la narras?...”, y así poco a poco hicimos la tesis.

Y sobre esto le cuento una cosa, joven: no sé si usted sepa que el año pasado, sesenta años después de editada con honores mi tesis, el director de la Policía ordenó que la reeditaran para distribuirla a todos los oficiales.

- Después de su tesis, el 14 de junio de 1947 se casó con doña Gloria; cuéntenos algo de esa fecha.

Llegué a la iglesia de San Diego, de vestido gris, pero no de sacoleva, y de pronto caí en la cuenta de que se me había olvidado llevar el ramo. Se sabe que es obligatorio que el ramo esté hecho de flores blancas, así que en este caso, y aterrado como estaba, me di cuenta de que en el parque había unos magnolios; pues me subí al árbol, me ensucié el vestido, pero agarré cuatro magnolias. Después con mis manos y con la ayuda de una hermana hice, en esa carrera, el ramo blanco de Gloria. En parte por eso amo las magnolias, que son otras de las flores que tengo en mi casa.

- Poco tiempo después llegó el 9 de abril de 1948. ¿Qué estaba viviendo por esos días? ¿cómo vivió ese momento?

Antes del 9 de abril yo estaba trabajando en una oficinita en la Jiménez de Quesada, en una dependencia del Ministerio

de Educación, donde trabajaba con León de Greiff, quien estaba en el Departamento de Intercambio Cultural, mientras yo estaba como director de Becas Extranjeras.

A mi oficinita llegaban a pedirme becas todos los representantes y senadores con las recomendaciones más impresionantes, cosa que me dejaba en aprietos. Frente a eso, y por consejo de Zuleta Ángel, tuve que encerrarme varios días a reglamentar la distribución de las becas. Eso fue un alivio enorme para mí porque así tenía un argumento para conceder o negar las becas, y a partir de ese trabajo firmado por Zuleta Ángel empezó a construirse lo que después fue el Icetex, reglamentado por Gabriel Betancourt.

Pero ahí no termina la historia. Varios días antes del 9 de abril llegó al Ministerio de Educación un caballero llamado Joaquín Estrada Monsalve, sectario como pocos y godo perdido. Pues resulta que lo primero que hizo fue destituirme, ¡quedé destituido! Me fui donde Zuleta y al él el caso le dio risa. Yo estaba recién casado y él lo sabía, también sabía que apenas con el sueldito que yo tenía podían pagar el apartamento en la calle 22 donde estábamos viviendo. Entonces me dijo que iba a nombrarme en la Conferencia Panamericana, que se desarrollaba por esos días en Bogotá, en el cargo de director del Departamento de Cinematografía. Yo no tenía ni idea de cinematografía ni había tenido ninguna vinculación, pero acepté, así que terminé en el Departamento de Cinematografía justo antes del 9 de abril.

Ya estando ahí, sentado en mi escritorio, más o menos a la una de la tarde nos dimos cuenta de que habían matado a Gai-

tán. Presencié de primera mano el atroz crimen; vi cómo Roa Sierra intentó refugiarse en una droguería y cómo después la multitud lo destrozó y lo masacró a patadas. No vi a Gaitán muerto, pero sí vi arrastrar por las calles a Roa Sierra. Fue un momento terrible.

Por esa época nos fuimos a vivir con Gloria a la casa de mi hermana Olga –casada con el poeta Camacho Ramírez–, que vivía en La Magdalena; fuimos a la casa de ellos y allá pasamos el horror que significaron las imágenes de una Bogotá que se quemaba, que se destruía... Ese momento influyó muchísimo en los orígenes de la creación de la Universidad de los Andes...

- Por favor, cuéntenos cómo fue esto.

En el año de 1948 empezamos a reunirnos, convocados por Mario Laserna, para fundar la Universidad de los Andes. Nos encontrábamos con Nicolás Gómez Dávila, Mauricio Obregón, Francisco Pizano, José María Chávez, José María de la Torre, Hernán Dieco, Gustavo Santos y pocos más... Éramos diez o doce fundadores. Todos nos reuníamos en los altos de un local que tenía don Francisco Laserna, el padre de Mario, en calle 19 con carrera 7.^a, un restaurante que se llamaba *Mickey Mouse*.

El *Mickey Mouse* era un estadero al cual iban los trasnochadores de Bogotá cuando terminaba la función de cine. Este y otros sitios, que se llamaban los *Palace*, eran unos de los poquísimos refugios de las noches de esa época. En el primer piso la gente tomaba chocolate con almojábana y queso, mientras que en el segundo piso nos encontrábamos nosotros a dialogar.

Allá llegábamos como si fuéramos conspiradores, queriendo ayudar al país a pasar la catástrofe que estábamos viendo, a salir de la violencia terrible que habíamos padecido. Recuerdo con mucha emoción esas noches: llegábamos como a las ocho y media o nueve a este sitio que estaba en las ruinas del 9 de abril. No era una cosa fácil... Por ejemplo, Nicolás era cojo y tenía dificultades de locomoción; sin embargo, era de los primeros que subía por ese laberinto de escaleras sucias y lúgubres, y lo seguíamos todos con un fervor enorme, pensando en darle a Colombia esa respuesta que requería para superar la tragedia que había vivido.

Poco a poco construimos la universidad, empezando en el lugar donde estaba el asilo de locas. Mario Laserna me nombró como primer Secretario, y con la ayuda de Gloria, mi señora, Cecilia Obregón de López, de Loly Obregón, de Virginia Obregón, y una serie de señoras bogotanas a quienes sedujo la convicción y la limpieza de corazón de Mario trabajamos para sacar adelante esta idea.

Fue después de esa época cuando decidí fundar la emisora HJCK. Así que llamé a Gonzalo, mi amigote más cercano y también a Eduardo Caballero Calderón, con quien había trabajado por unos meses cuando él era director de Instrumentos Públicos.

Los otros fueron los hermanos Martínez Rueda –Martinón, un humorista increíble, y Alfonso, quien también era médico– y Alfonso Peñaranda. Entre todos fundamos la emisora el 15 de septiembre de 1950.

De manera que, querido joven, se puede dar cuenta por qué no he tenido momento para practicar la abogacía.

- ¿Y alguna vez se le pasó por la cabeza ejercer?

Sí. Ahí tuve un encarguito de quince mil pesos de la época (ríe). Pero el siguiente caso que me llegó fue un desahucio, caso que no acepté. Si en eso consistía la carrera del Derecho, prefería irme por otro lado.

A mí me había fascinado la teoría del derecho, y además había tenido como profesores a los más ilustres tratadistas.

Me acuerdo de que Antonio Rocha, quien era nuestro profesor de Pruebas Judiciales, nos decía: “La prueba es como el cocuyo –no lo olviden–, huyendo de la luz. La luz llevando, sigue alumbrando las mismas sombras que buscando va”.

¡Qué cosa tan linda! Ese era mi Derecho, una cosa llena de belleza y de justicia, no de tristeza y languidez desahuciando a gente pobre. Con eso último yo no pude, y por eso no ejercí.

- Hace un momento me estaba hablando sobre la fundación de la HJCK, y encontré en *El Espectador* de noviembre de 2005 un escrito de Liliana Silva Duque que dice sobre la emisora: “(...) La propuesta inicial que con el tiempo se convertiría en un emblema nacional de la radio en Colombia era la de resaltar la importancia de la cultura, capaz de contrarrestar los

hechos políticos que habían dejado la ciudad devastada tras el Bogotazo”.

Pues es verdad, y me honra mucho. Nosotros los fundadores teníamos una vocación por la cultura, y estábamos totalmente de acuerdo en que nuestro compromiso con Bogotá era muy grande. Pensábamos que era indebida la ausencia de la cultura en las telecomunicaciones y veíamos que, fuera de la Radio Nacional, la radio no era sino un gran negocio que a nosotros nos dio repugnancia.

Para nosotros las comunicaciones son una investidura que recibimos unos cuantos afortunados cuando nos dan la licencia para operar una emisora; es casi un sacerdocio en el que llevamos casi sesenta años.

- La historia de la HJCK es una historia de sesenta años de cosas cotidianas, que se puede situar en tres grandes lugares: cuando la HJCK estaba en el centro, cuando se pasó a la calle 82 y cuando pasó a www.hjck.com. Yo le propongo que nos cuente un recuerdo por cada lugar.

Veamos, el primer lugar fue la calle 17 número 5 -4 -3. Eso quedaba en el segundo piso de la Librería Francesa, que era manejada por el matrimonio Paupe, don *Fulano* Paupe y su esposa France Martelli de Paupe, que era una mujer muy inquieta, librera de casta, que importaba los mejores libros y que quiso mucho a la emisora.

Cuando ella vio que la vocación de la emisora empataba muy bien con su profesión de librera, empezamos a crear un programa en el que ella leía en francés y yo en castellano. El programa se llamaba “Douce France”: ella decía *douce France* y yo decía *dulce Francia*...

Hablamos de Colette, de Proust, de los grandes de la literatura francesa, y le imprimimos a las audiciones un sello francés muy definido, cosa que me encantó. Yo siempre he querido mucho la cultura francesa y especialmente la de París, que es un lugar muy de mi alma.

De ahí bajamos a la carrera 7.^a número 17-14, a los altos del TIA, de donde tengo innumerables recuerdos... pero ahora se me viene a la cabeza la visita de Rafael Alberti, quien se aposentó en la emisora porque quedó muy impresionado con el nivel cultural y con nuestro amor por la poesía. Yo le cedí mi escritorio y él iba todos los días con su esposa María Teresa León, quien era una belleza de mujer.

Rafael Alberti organizaba “vinillos de honor” e invitaba a todos los poetas, a todo el Piedracielismo, a Carranza, a Umaña Bernal, y ahí nos tomábamos el vinillo de honor. Recuerdo con especial cariño un homenaje bellísimo que hicimos en honor de Federico García Lorca.

En la carrera 12 está la anécdota del soneto de Borges. Yo invité a Borges para que fuera a la inauguración de nuestro transmisor cuando pasamos de cinco a diez kilovatios y después logré convencerlo de que grabara su voz para la colección de discos literarios de la emisora.

Cuando estábamos en la empresa de grabación –porque en ese entonces todavía no teníamos aparatos de altísima fidelidad para grabar la voz de Borges– me dice el viejo: “Álvaro, te quiero recordar una cosa, y es que aparte de ser ciego yo soy amnésico y no me acuerdo de nada de mi poesía”.

“¿Cómo así, Borges?!, le dije yo. “No puede ser que usted no se sepa ninguno de sus versos... Pues si usted no se los sabe yo sí me los sé. Empecemos por ejemplo con el soneto a Buenos Aires:

Y la ciudad, ahora, es como un plano
de mis humillaciones y fracasos;
desde esta puerta he visto los ocasos
y ante este mármol he esperado en vano.
Aquel incierto ayer y el hoy distinto
me han deparado los comunes casos
de toda suerte humana; aquí mis pasos
urden su inacabable laberinto.

“¡No puede ser, Álvaro, nos salvamos!”, dijo Borges. Y yo por dentro desgarrado...

Aquí la tarde cenicienta espera
el fruto que le debe la mañana;
aquí mi sombra en la no menos vana
sombra final, se perderá ligera.
No nos une el amor sino el espanto;
¿será por eso que la quiero tanto?

De pronto, el viejo –que era malicioso– se acordó y me dijo –“¡Ay!, Álvaro, me acuerdo de uno, de El Tango...” Y me lo dijo... ¡Eran mentiras eso de que no tenía memoria!

Pero ahí no termina el cuento. Con todo lo que grabamos logramos sólo dieciocho minutos, pero necesitábamos que fueran sesenta. Entonces decidimos completar la segunda cara del disco con la lectura de uno de sus cuentos, y yo sugerí que fuera “Emma Zunz”.

“¿Emma Zunz? ¡Álvaro, qué maravilla! Pero Emma Zunz solo lo puede leer una mujer que sea judía, que sepa odiar... Y ya tengo la persona: Amelia Bence”. Así que yo la llamé diciendo que era un radiodifusor colombiano que tenía la suerte de estar con Borges, y que él pedía que ella leyera ese cuento. Después lo grabó de maravilla en Buenos Aires, y así completamos el disco.

- Estos encuentros con Borges fueron los que inspiraron el soneto que usted le hizo a él, según nos cuenta Álvaro Mutis en un diario mexicano.

Sí señor. Me lo sé de memoria y no lo olvido porque fue mucho lo que me hizo sufrir Borges en esa grabación. Dice así:

Abierta la pupila a un mundo vano
que sólo escoria de la luz concede.
Borges recuerda a Borges, retrocede,
toca antiguos olvidos con su mano.

¿Dónde estarán, en que escondido plano
los versos de otro ayer? ¿Lo que antecede
a “La lluvia” a “Ajedrez”, lo que sucede
en aquel canto a Ariosto, tan lejano?

Borges ya no recuerda. Lo ha perdido
el laberinto de su incierta gloria.
A la mirada gris que nada nombra
Se agrega la tiniebla del olvido.

Ojos sin luz, memoria sin memoria.
Borges sin Borges, sombra sobre sombra.

- Y después de tantas historias en la calle 82, qué recuerdo escoge de HJCK.com

Un recuerdo muy lindo fue el homenaje que nos hizo la revista *Arcadia* cuando pasamos a la Internet. Ahí Marianne Ponsford invitó a todo el mundo, y dijo –como es verdad– que el porvenir de la radio era Internet.

Hay otra cosa muy importante, y es que la HJCK no ha entrado inocentemente a Internet, sino que tiene un propósito muy concreto: seducir a Caracol para que su gran audiencia oiga también la HJCK. Y esto se lo digo con el placer enorme de recordar el programa que oí anoche, que se llama “Clásicos para todos. La letra menuda de la música clásica”, en el que se habló del nacimiento de la ópera en el palacio Vecchio de los Médicis en Florencia.

Así intentamos que la mayoría que escucha Caracol se familiarice y empiece a gozar de la programación de la HJCK. Y así pasó también cuando empezamos la fórmula de la radionovela, pero no la radionovela de personajes banales y pendejos, sino una con Bach y sus hijos como personajes, y después Mozart y Vivaldi. Eso es lo más importante que puedo decirle de esta etapa en Internet

- Además de estos cambios, la HJCK ha abierto sus puertas en estos últimos años a nuevos ritmos: al rock, al jazz, a la música del mundo, a la música indie... ¿qué opina usted sobre esto?

¿Que qué opino? Que la música es un abanico inmensamente amplio, pero mucha gente cree que nosotros solo somos fanáticos de la llamada “música culta” y ponen por ejemplo a Bach... ¡No! La música es un mensaje múltiple, que en este momento mucha gente está creando, y nosotros no podemos tener nuestros oídos cerrados a la creación. Por ejemplo, uno de los programas que mayor acogida ha tenido es “La música de mundo”, que está a cargo de Guillermo Uribe y de su esposa, mi hija Pilar.

Lo último que estamos haciendo es presentar a mi nieto Juan Ruy Castaño en un programa que se llama “La veleta”, en el que presentamos lo último que está sonando. Y ese es el deseo de la emisora: ir hacia delante, como una proa. No podemos quedarnos en el siglo XVII o XVIII si el mundo va para adelante.

Este joven y su socio Juan Daniel Caro son unos de los más recientes navegantes de esta nave de sesenta años.

- Y entre los nuevos géneros de la emisora ¿hay uno que le guste menos?

(Ríe) Pues... Camilo Pombo presenta en la HJCK un programa de rock, pero a mí no me seduce tanto. En cambio, sí me gusta la música que está representando mi nieto, porque es muy abstracta, muy aérea, muy indefinida, pero muy audaz. Música para el futuro, y eso me gusta mucho.

- Y más allá de lo que está sonando en la HJCK ¿qué música no le gusta para nada?

¿Para nada?... pues ni creas, es que a mí toda la música me interesa. Pero claro, hay diferentes grados de agrado.

A veces, cuando el vallenato es muy intenso, se puede pasar a tomarle antipatía, pero eso no es justo porque, desde luego, hay vallenatos excelentes.

¿Pero que me desagrade?... no sé. Es que yo le tengo simpatía a la música, no hay remedio.

- La última pregunta: ¿qué conserva de sus años como estudiante de Derecho?

De cosas materiales, conservo mi Código Civil, que es un símbolo de esos años. Hace unos días me pidieron que lo regalara, pero no lo hice. Y también me quedó la obligación de ser justo. Eso me lo enseñó el Derecho.

Alonso Sánchez Baute

RESPUESTAS POR CORREO Y EN PERSONA



Fotografía: Tony Arévalo.

Estudió Derecho en la Universidad Externado de Colombia. Es autor de la novela *Al diablo la maldita primavera* y del libro de crónicas *¿Sex o no sex? Libranos del bien*, su obra más reciente, es una presentación de la violencia en Colombia y de dos de sus personajes: Jorge 40 y Simón Trinidad.

Cuando terminé de leer Al diablo la maldita primavera aparecieron las primeras preguntas de esta entrevista, fue inevitable; pero solo después de terminar de leer ¿Sex o no sex? y Líbranos del bien pude enviar el cuestionario completo. “Preferiría recibir todas las preguntas en vez de ir contestándote en puchos”, contestó Alonso Sánchez Baute, con su muy propia forma de escribir, que como se ve en muchos de sus escritos, toma frutos tanto del lenguaje popular como del español más castizo.

Después llegaron las primeras respuestas. Respuestas sintéticas, pero complejísimas. Respuestas que sobrepasan por mucho las cuadriculadas preguntas de este primer correo:

- ¿Por qué estudiaste Derecho? ¿Qué circunstancias rodearon esta decisión?

Fue una decisión más familiar que personal.

- ¿Cómo empezaste en la literatura?

En la soledad de mi niñez empecé a inundar mis espacios con personajes que extraía de la literatura y que luego acompañaba con los que yo mismo inventaba cuando se me dio por escribir hacia mediados de mi adolescencia. Ya estudiaba Derecho cuando dejé de escribir cuentos y relatos que se caracterizaban

por la tragedia y el dolor. Retomé la escritura en 1997, cuando escribí el cuento que luego se convertiría en el primer capítulo de *Al diablo la maldita primavera*. Desde entonces cumplo una estricta disciplina de escritura diaria.

- ¿De qué forma escribes? ¿Tienes algún ritual, o alguna preferencia para poder escribir?

Normalmente escribo entre las seis y las diez de la mañana y de nuevo al final de la tarde, a la hora del véspero, cuando el rojizo atardecer bogotano me altera las nostalgias. Para escribir necesito de la urbe y sus sonidos urgentes: pitos y aceleradas rápidas de autos, gritos de la gente, ladridos fortuitos, el martilleo trepidante en alguna construcción vecina. El silencio es el dueño de mi vértigo: es la razón por la que no podría escribir en algún lugar desértico o solitario.

- *Al diablo la maldita primavera* es una novela con mucha música; en ella suenan Celia Cruz, Rocío Durcal, Aterciopelados, Sergio Vargas, Alejo Durán, Yuri y tantos otros. ¿Cuál es la importancia de esta música en la novela y en la vida de sus personajes?

Más que en la vida de mis personajes, en la mía propia. La música me motiva, me inspira, me da ganas; me llena de nostalgia y melancolía; me pone a reír y a llorar; me envanece, me doblega; me pone a pensar, a soñar, a imaginar. La música es la ventana por la que entro a mi mundo interior. En *Al diablo...* la música cobra especial importancia por el carácter del personaje y su necesidad de rebosar el mundo con su energía y alegría.

En *Líbranos del bien*, en cambio, me fue imposible utilizar música de fondo porque la tragedia que contaba exigió cierta catarsis de mucho dolor. De haber impreso esa música, la novela habría quedado demasiado densa. Por eso aquí definí las metáforas a partir de evocaciones cinematográficas que van desde simples menciones de personajes de películas hasta frases y escenas que me permitieron enfatizar sobre ciertos puntos.

- ¿Qué opinas de Edwin Rodríguez Buelvas?

¿Qué puedo decir? Es un personaje salido de mi imaginación nocturna que me pesó durante muchos años, pues su poderosa voz doblegó la de cualquier otro personaje que intenté describir en nuevos libros. Es una persona de un profundo dolor a quien el odio por sí mismo nunca le permitió conocer el amor; un ser muy triste que logra confundir con su supuesta alegría a aquellos que se acercan con banalidad a su historia y no aceptan luego la tragedia que él cuenta camuflada en la ropa de marca, la promiscuidad y la droga.

- En *Al diablo la maldita primavera*, Edwin expresa algunas opiniones sobre lo jurídico, cosas como:

(...) porque en esta ciudad ser gay está de moda: nos llaman de todas partes, nos invitan, nos aclaman, y hasta nos dan la razón jurídica, porque hay que ver la mano de ... ay, cómo es que se llama eso... fallos, de fallos que dictan ahora los jueces colombianos a favor nuestro... Sí, qué dicha de la picha: todos los días somos mencionados en la prensa y los *straight*, que son lo más de hipócritas, se

rasgan las vestiduras cuando están entre ellos y dicen que eso es el colmo, que nosotros no tenemos derecho, que cómo así, que ese es el ejemplo para sus hijos; pero cuando están con nosotras ahí sí vienen con carita de yonofuí y dicen que en este país sí hay justicia, que qué berraquera es la equidad, que no podemos quejarnos porque todos somos iguales...” (5.^a reimpresión, 2004, p. 122)

O

(...) y con la ley de nuestro lado porque los magistrados al fin entendieron que existe el derecho a la personalidad y a la libertad de conciencia y a todas esas cosas que estipula la Constitución y que a cada rato les oigo pregonar a las amigas abogadas que saben de leyes y derechos y esas cosas que a mi me parecen bastante jartas, aburridísimas las cosas legales, pero que, si es verdad que la Constitución lo dice así pues eh ave María Santísima, así hay que aplicarlo (...)” (5.^a reimpresión, 2004, p. 158)

Y otras más sobre temas relacionados con la ley.

- ¿Qué expresas como autor a través de estos parlamentos? ¿Qué intención tenías al presentarlos?

Más allá de la aparente frivolidad de Edwin Rodríguez se esconde un hombre culto que habla sin tapujos sobre *El Príncipe*, *El arte de la guerra* y que presume de sus conocimientos sobre Grecia clásica. Por desgracia, muchos lectores, en su afán por calificarlo de banal, conservan de él sólo esa apariencia que utiliza como mecanismo de defensa sin aceptar –como dije

atrás— la esencia de hombre estudiado que Edwin se esfuerza en esconder.

- ¿Qué conservas de haber estudiado Derecho?

Nunca ejercí el Derecho, pero, como lo afirmé en alguna entrevista anterior, “la profesión va por dentro”. Más que como oficio, el estudio del Derecho me ha servido como disciplina, aunque no pocas veces he echado mano de mis conocimientos de derecho contractual a la hora de firmar los anticipos.

- En las citas que anteceden al desarrollo de tu libro *¿Sex o no sex?*, el primero en opinar es Woody Allen, le sigue Marilyn Monroe y en tercer lugar Edwin Rodríguez Buelvas. ¿Por qué escogiste a estos tres personajes? ¿Qué encuentras de inspirador en sus palabras?

No es por inspiración. Me gusta utilizar epígrafes como una manera de resumir o de prologar aquello de lo que hablaré a continuación. Lo hago al inicio de mis tres libros publicados, también en varios de sus capítulos.

- En las primeras páginas de *Líbranos del bien* el lector se encuentra con un párrafo en el que citas a Juan Gabriel Vásquez: “Hay un momento que siempre es misterioso en que una idea interesante se convierte en una novela”. Más allá de las preguntas que presentas sobre la clasificación de tu obra, ¿qué recuerdas de ese momento misteriosísimo cuando se empezó a gestar tu libro?

Lo que recuerdo es que adelantaba una investigación para escribir una crónica sobre las vidas que llevaron Ricardo Palmera y Rodrigo Tovar antes de convertirse en Simón Trinidad y en Jorge Cuarenta, respectivamente, y de repente entendí que contar sus historias sin ilustrar la cultura en la que crecieron era labor huera. Fue cuando surgió en mi ficción la figura centenaria de Josefina Palmera y la novela comenzó a fluir de otra manera.

- ¿En alguna etapa consideraste que *Libranos del bien* intentaba “hacer justicia” con las situaciones que muestra? Si ese es el caso, ¿crees que esto puede ser entendido como otra forma de ejercer el Derecho?

¿Hacer justicia? No creo que una novela pueda “hacer justicia”, ni tampoco es ese mi interés. La novela no tiene ninguna función más allá del placer que su lectura proporciona al lector. Además, cuando un texto se hace público, no se sabe de qué manera le va a llegar al lector. Incluso, la mayoría de las veces los lectores “leemos” textos que los escritores no han escrito. Luego, eso de utilizar la novela como “forma de ejercer el derecho” es una utopía, un contrasentido, o al menos una falta de sindéresis, por cuanto, en lugar de una obra literaria, se escribiría un panfleto.

*La curiosidad viene al caso. De cada respuesta,
de cada palabra de las respuestas podrían
aparecer otras preguntas; podría hacerse un
ejercicio infinito.*

*En este punto se unen las anteriores respuestas
con las siguientes preguntas y en estas puede
encontrarse el eslabón que une estos dos
grupos: “Si un libro no te lleva a otro –o en
este caso, unas respuestas– pierdes tu tiempo.
La curiosidad te tiene que llevar a lo que hay
detrás”. Miremos.*

- Alonso, hálbanos un poco sobre dos de tus personajes, sobre Edwin y sobre Josefina.

Edwin Rodríguez Buelvas, protagonista de *Al diablo la maldita primavera*, y Josefina Palmera de Pupo, protagonista de *Líbranos del bien*, son sosias estructuralmente: ambos comparten el carácter contradictorio, ambos se muestran de una manera pero actúan de otra. Edwin lo hace como una persona banal, frívola, cuando en realidad es un tipo inteligentísimo que maneja un conflicto personal muy profundo y un conocimiento de la vida bastante interesante. Josefina se presenta como una mujer tolerante, respetuosa y cosmopolita, cuando en realidad es una mujer machista, racista, clasista y homofóbica.

No es que me preocupe por describir a este tipo de personajes. Digamos que me salen de esta forma porque así somos los humanos: ni totalmente buenos ni totalmente malos, además de que presumimos de ser quienes no somos. De alguna manera,

cada uno de nosotros no es más que el personaje literario que hemos inventado, no solo porque creemos que dejarnos ver como realmente somos nos hace vulnerables ante los otros, sino también porque ese que creemos ser es en realidad aquel que quisiéramos ser.

De hecho, Edwin lo dice claramente en una frase al principio de la novela: al mostrar su verdadero yo les regalaría a sus enemigos su vulnerabilidad para que lo atacaran. Para él, la vulnerabilidad implica fragilidad y no podemos olvidar que él es un personaje darwiniano, sabe que “en la vida animal los débiles deben ser eliminados”. En cuanto a Josefina... ella se presenta como una mujer de mundo y precisamente por eso no acepta públicamente su esencia privada: ni su machismo ni su clasismo.

- Cuando en el mensaje de correo electrónico te pregunté ¿qué conservabas de estudiar Derecho? En tu respuesta dijiste que “la profesión va por dentro”. Me pareció una frase fabulosa...

Pero es completamente real. Me gradué de abogado, pero nunca ejercí el Derecho aunque es claro que la información ya me pertenece, ¿ves? Lo que aprendí durante los cinco años en el Externado ya quedó ahí dentro. Cuando voy a firmar un contrato con alguna editorial o una productora de cine o de televisión no necesito de otro para que me lo aclare. Son cosas pendejas, pero son cosas que a uno le deja la profesión.

Adicionalmente, el Derecho es una profesión extremadamente amplia que permite conocer sobre diversos temas, como histo-

ría, economía o sociología, y hasta nos enseña a ser puntuales con el uso de la palabra, que es una de mis mayores preocupaciones literarias: el manejo del lenguaje.

Además, esta profesión nos ayuda mucho a expresarnos correctamente, por el solo hecho de saber que una palabra puede hacer que uno gane o pierda un caso, o que hay que estar atentos a los múltiples significados de una palabra.

Pero este manejo de las palabras lo puedes mezclar con otros temas. Por ejemplo, mientras estudié Derecho, mi clase favorita fue Penal, era lo que más me gustaba y lo que más estudiaba. De alguna manera, el conocimiento del derecho penal fue mucho más allá del simple conocimiento del Código Penal e implicó también el conocimiento de la psicología del posible autor del delito: yo invertía mucho tiempo en estudiar casuística por el interés en la psicología del criminal.

En el año del consultorio jurídico, cuando me tocaba ir a La Picota a hablar con los delincuentes, yo indagaba más sobre la personalidad de ellos que sobre el delito como tal, para así saber qué era lo que los había motivado a hacerlo o, por el contrario, qué había podido impedir que llegaran a ejecutarlo. Me interesaba más conocer a la persona, algo que subsiste como interés literario: lo que siempre me ha interesado –y lo digo en *Libranos del bien*, al final– es entender al ser humano buscando entenderme a mí mismo.

Por todas estas razones es que afirmo que la profesión va por dentro.

- ¿Decir “la profesión va por dentro” es a su vez decir “la procesión va por dentro”? En otras palabras, ¿estudiar Derecho fue tortuoso?

No para mí. El problema que tuve con el Derecho –y va a sonar pedante– fue que resultaba demasiado fácil. Antes del Derecho adelanté dos semestres de Ingeniería de Petróleos, porque yo era fanático de la química. Pero nunca he podido con las matemáticas ni con nada que tenga números. Yo soy pésimo en eso... me causa una dificultad terrible.

Para el estudio del Derecho, además, tengo la gran ventaja o el talento de la memoria, que también era lo que me hacía tan exitoso en la química: memorizaba las fórmulas con total facilidad.

Ahora, en mi profesión como escritor, la memoria me ha ayudado mucho, pues para mí la literatura es un tema de memoria. Lo que hago en el momento de escribir, más que imaginar, fantasear o inventarme mundos, es yuxtaponer escenas que he vivido o conocido. No sé cómo funcionan los otros escritores, pero yo recurro todo el tiempo a mi memoria. A partir de ella junto y reinterpreto situaciones.

- Volviendo un poco, ¿cómo fue esa experiencia del derecho penal en el consultorio jurídico?

Fue muy enriquecedora. Como a todas las cosas, al derecho penal llegué sin expectativas y este me fue agarrando poco a poco. En La Picota, como en el mismo consultorio de la Universidad, siempre intenté confirmar cómo todas las teorías del

derecho penal se podían llevar a la práctica para entender la mente humana.

- Además de esto, en *Líbranos del bien* creas un tipo penal hipotético: el delito de *cogniscencia*. Háblanos un poco sobre esto.

El tema del delito de *cogniscencia* está en el capítulo “Cara a cara con Cuarenta”, y es un paréntesis que introduzco en *Líbranos del bien* porque algunos periodistas se creen con el poder divino de destruir honras a tutiplén, incluso a sabiendas de que la información que están tratando de usar está mal obtenida o está completamente tergiversada.

¿Recuerdas a *Andrea Caracortada*?... ¿No? *Andrea Caracortada* es aquella periodista de *Kika*, la película de Almodóvar, que tenía un programa de televisión en el que sólo mostraba el morbo... Recuerdo una escena en la que ella le pregunta a una mujer que acaba de ser violada: “La acaban de violar. Cuénteme ¿qué sintió usted en ese momento? ¿Sintió la polla?, ¿cómo la sintió?...

En *Líbranos del bien* la idea era mostrar a estos periodistas imbuidos en el morbo, que al tiempo se creen con la moral suficiente para destruir la honra de quien se les antoje; periodistas que se creen magistrados de la Corte Suprema o al menos que conocen el Derecho al derecho y al revés.

Pero lo anterior, más que un llamado a estos periodistas, es un llamado a la sociedad en general en el sentido de que es *uno* quien quiere creerles, es *uno* quien quiere seguir oyendo esa

entrevista, es *uno* quien quiere ser partícipe del morbo que transmiten, a pesar de que uno sabe que, cuando le toque el turno de ser destruido en esa cabina radial, va a decir: “Ese periodista es un hijueputa, porque esto que dice no es así”... pero, claro, eso no lo dice cuando se meten con los demás. Por el contrario: si hay algo que nos gusta a los colombianos es que hablen mal de los demás. Tan provincianos somos que solo existimos en la medida en que desaparecemos a los otros, tanto en la realidad como en el imaginario.

- Cuando estás haciendo la investigación para tus libros, ¿cómo haces para preguntar y para no caer en el vicio que resaltabas?

Lo que yo hago en mis entrevistas es conversar. Creo que lo más profundo no se encuentra cuando uno trata de intimar con las personas, lo profundo está en la superficie, en la manera como habla quien es entrevistado, en el lenguaje que utiliza, en las cosas que recuerda, en lo que trae a su memoria... Logro información más valiosa cuando charlo, pues cuando uno trata de hurgar, el entrevistado reacciona negativamente.

- ¿Pasó lo mismo en *¿Sex o no sex?*, donde se tocan temas tan personales?

Más todavía: solemos hablar con mayor facilidad sobre temas de sexo con alguien que no conocemos. Cuando se trata de amigos muy cercanos, en ocasiones resulta más difícil hablar de cosas íntimas. Cuando me acercaba a una persona en un bar –con tragos o sin ellos– me hablaban muy fácilmente de

temas personales. De hecho, uno tiende a hablar de temas personales con desconocidos... como el psiquiatra, por ejemplo.

De hecho, cuando se establecía cierta relación con estas personas, empezaban a manifestarse prevenciones, no por lo que yo fuera a escribir, sino por lo que su amigo cercano fuera a pensar al leerlo, o por lo que fuera a pensar su familia.

- Volviendo al correo. En la respuesta a la pregunta sobre cómo escribes, hablas de la necesidad de la música y el ruido. “El silencio es el dueño de mi vértigo”, dijiste.

Hago mucho énfasis en eso porque la mayoría de mis amigos escritores, o aquellos que no lo son, suelen recurrir al silencio y a la soledad para desarrollar sus tramas. Se me viene a la mente ahora esta película *La ventana*, con Jhonny Depp, en la que él se va a una cabaña abandonada buscando escribir una novela... Y acabo de recordar a Sergio Álvarez, mi gran amigo autor de *La Lectora*, quien en este momento está encerrado en una finca en La Vega, terminando su nueva novela, *35 muertos*.

En cambio, para mí eso sería una tragedia, porque yo no puedo con el silencio. Yo necesito escuchar a la ciudad ahí. Me gusta mucho el ruido, la urbe, el martilleo, el pito, el griterío, el *nosequé*... En estos días estaba trabajando con un amigo en mi apartamento —él en su computador y yo en el mío— y al tiempo remodelaban el apartamento vecino. En un momento dado él reaccionó con violencia y me dijo: “¿Qué es esta locura?, ¿cómo puedes trabajar con ese martilleo?”, y yo le contesté: “El problema no es el martilleo, el problema es que

cuando los obreros se vayan del edificio yo tendré que hacer lo mismo”. Lo dicho: yo no puedo con el silencio. Ese es mi gran coco, mi peor pesadilla.

- Y sobre la pregunta relacionada con la música, en la respuesta del correo dijiste que más allá de ser un tema de la novela, es un tema personal...

De alguna manera la música se circunscribe a la respuesta anterior, en el sentido de que no soporto el silencio. Todo el tiempo escucho música, todos los géneros de música. Por ejemplo, esta mañana estaba escuchando a Rocío Jurado, pero de igual forma podría haber estado oyendo flamencos o sevillanas.

Así, en *Al diablo la maldita primavera*, Edwin canta “Penas, penas” —una canción de Sergio Vargas—, pero también canta algo de Nina Simone, —un *blues*— y después te habla de ópera, de *La Bohème*... Y eso es así porque yo soy así. Tengo todo un *popurrí* en la cabeza.

- La segunda parte de la respuesta está relacionada con la ausencia de música en *Libranos del bien*. Cuéntanos por qué.

En *Libranos*... no podían aparecer referencias musicales, ni siquiera un vallenato. Aparecen descripciones de las parrandas, pero no oyes la música. Ni siquiera la percibes. Otra cosa pasa con las películas.

Yo estoy todo el tiempo imbuido en el tema de la creación. Lo que más me place es la lectura, pero me distraigo con la música

y con el cine. Adicionalmente, todo el tiempo estoy hojeando libros de arquitectura, de decoración o de todo lo que tenga que ver con la creación.

Tengo una oficina que se llama... *Tower Records*. Ahí me puedes encontrar por las tardes. Cuando termino de escribir, me voy allá a hojear libros o revistas de arquitectura que me mueven la imaginación de una forma que no puedo explicar.

Con el cine pasa lo mismo: todas las noches veo una película. Antes de dormirme siempre veo cine, de manera que hay demasiada información en mi cabeza, y cuando estoy escribiendo salen todas estas situaciones —lo que te hablé de la memoria— sin saber en qué momento voy a recibir el *flash informativo de última hora* que me dice: *en tal película dijeron tal cosa*.

- Amplíanos esa utilización de referencias cinematográficas en *Libranos del bien*.

La película que más cito es mi favorita de guerra, *La delgada línea roja*. Para mí es una película que tiene mucha relación con el tema de la naturaleza en Valledupar; tiene mucha cercanía. Allí el protagonista se pregunta todo el tiempo por temas de la guerra a los que no da respuestas. Hago lo mismo en *Libranos del bien*: preguntarme sin darle al lector mis respuestas, todas las preguntas quedan abiertas.

Hace poco dije en alguna entrevista que la mayor influencia que recibí cuando escribía *Libranos del bien* está en *El laberinto del fauno*. Resulta que los escritores tenemos dos grandes problemas al momento de escribir una novela *¿quién la cuenta*

y cómo la cuenta? Si tienes claros ambos puntos, la novela ya está escrita al menos en un ochenta por ciento. Cuando yo me enfrenté a ese problema las casualidades del destino me llevaron a ver *El laberinto del fauno*. Aquello fue como una iluminación.

Así, lo que más les ha llamado la atención a quienes han reseñado mi novela es la manera como mezclo lo real con la mentira, el periodismo con la ficción. Al final la gente no sabe si lo que estoy diciendo es ciento por ciento real o ciento por ciento falso, y eso a mí no es lo que me importa porque para mí la literatura es un asunto de metáforas. En el caso de *Libranos del bien*, para mí Trinidad y Cuarenta no son más que personajes metafóricos que me sirven para hablar del odio, del miedo y de la intolerancia. Entiendo que, como personajes reales que han ganado tanto repudio nacional, es difícil desprenderse de sus figuras físicas, que fue exactamente lo que tuve que hacer para poder escribir sobre ambos sin involucrarme con ninguno más allá de lo que la novela me exigía.

Pero, volviendo al tema del cine y a *El laberinto del fauno*, para mí la Guerra Civil española tiene una gran relación con el paramilitarismo colombiano por la manera tan salvaje como se cometieron todos los asesinatos. La extrema derecha siempre es más salvaje que la extrema izquierda. Por eso miro hacia atrás y encuentro que la mejor forma de entender lo que pasó en Colombia con el paramilitarismo es a través de la Guerra Civil española: y lo menciono varias veces en *Libranos del bien* porque suelo pagar todas mis deudas tanto literaria como cinematográficas. Así, además de *El laberinto del fauno*,

la influencia de *Soldados de Salamina* también merece una importante mención en este momento.

- Hablabas hace un momento de los libros de arquitectura, lo que me recuerda el momento en que describes la cocina de Josefina Palmera, punto de cruce de dos historias, la de Josefina y la de Lola Moscote, la cocinera.

Lola Moscote es el personaje más importante de *Libranos del bien*, en la medida en que es el personaje que te descubre. Lo que más aprendí de la lectura de *El Quijote* es que se necesita una contraparte para poder demarcar el carácter de los personajes. Al Quijote el carácter se lo define Sancho Panza, quien es el que se burla de él, el que lo descubre. Acá pasa lo mismo. Josefina sin Lola hubiera sido un personaje completamente anodino. El lector se creería el cuento de que es la gran señora, la gran tolerante, la gran dama, pero es Lola Moscote la que te dice: “¡Esa vieja es una hijueputa!, esta vieja es una malparida, no le comas cuento a eso”. Se necesita de este otro personaje para llamar la atención del carácter real de aquel.

- Cuando en *Libranos del bien* se describe la forma de hablar de Lola, resaltas la dulzura de su voz y además la forma tan literaria en la que hablaba...

Eso no es algo utópico, tú puedes hablar con una persona que puede ser analfabeta, pero que domina un discurso inteligente y literario.

- Frente a esto se podría hacer un paréntesis para decir que el lenguaje que se usa popularmente en Valledupar y que traes en *Líbranos del bien* es un poco arcaico, pero tiene mucha belleza...

Los vallenatos estuvimos aislados del resto del mundo hasta hace unos cuarenta años. Por eso conservamos un lenguaje mucho más castizo que el que se utiliza en el interior del país.

Hay muchas palabras de nuestro lenguaje que son completamente castizas, que si bien no se utilizan en Bogotá, sí se usan en muchas otras partes. Por ejemplo, la palabra *garúa* para hablar de la llovizna.

- No recuerdo la expresión exacta, pero creo que alguna vez dijiste que eras “arqueólogo de las palabras”...

Bueno, esa es una de esas frases efectistas a las que en ocasiones recurrimos los escritores para presumir.

- Ahora, releyendo *Líbranos del bien*, y para entender el significado de algunas de estas palabras, me encontré con el *Lexicón del Valle de Upar*. ¿Buscabas recuperar este lenguaje?

Si un libro no te lleva a otro, pierdes tu tiempo. Lo bacano es que la curiosidad te tiene que llevar a lo que hay detrás. Y tanto lo que aparece en *Líbranos del bien* como lo que aparece en *Al diablo*... está llevando al lector a otras instancias, bien sea musicales, cinematográficas o literarias. Esto me parece maravilloso. Si alguien quiere tener un acercamiento con el castizo de Valledupar, tarde o temprano debe llegar al *Lexicón*.

El trabajo que yo hice con el lenguaje fue un proceso de recuperación de memoria. La investigación de esos años en los que se escribió *Libranos del bien* consintió, entre otras cosas, en hablar todas las tardes con quienes en su momento fueron las amigas de mi abuela. En las conversaciones con ellas salían estas palabras. No era que yo les preguntara por palabras raras, simplemente ellas hablaban y las palabras que yo había perdido en mi memoria las iba anotando... Ni siquiera tenía que buscar el significado de esas palabras porque yo ya las conocía. Simplemente las recuperé. Fue un trabajo de recuperación del lenguaje de mi niñez.

- Cambiando de tema, la pregunta que formulé por correo acerca de tu opinión sobre Edwin la compartí con un amigo editor. A él le sorprendió, y dijo que era una pregunta que podía darse para malentendidos...

Y tiene toda la razón, pero la contesté como lector y no como escritor. La respuesta fue mi opinión personal. Sucede que cuando uno escribe no sabe qué va a pasar con ese escrito; no sabes de qué manera le va a llegar al lector, ni siquiera sabes quién será el lector. A partir del momento en que lo entregas, dejas de ser el escritor para convertirte en otro lector más, en un mundo en el que cada persona tiene su propia lectura del texto.

Yo pude haber tenido mil ideas sobre Edwin en mi cabeza en el momento de narrar su historia, pero ya no importan porque las que escribí son las que quedaron. Ahora, al lector le corresponde definirla como quiera.

Por eso aquella respuesta es una respuesta de lector y no de escritor.

- Este asunto de que después de escribir el personaje cobra vida y empieza a ser interpretado por cada persona de forma diferente era lo que me parecía tan interesante de que tú citaras palabras de Edwin en libros posteriores. Darle una vida propia y pararlo al lado de Marilyn Monroe y de Woody Allen.

Hay un texto de Sergio Álvarez sobre la vida propia de Edwin Rodríguez, pues recién publicada la novela me pasó una cosa muy curiosa con él. En la novela aparece su correo y yo, muy hábilmente, le abrí una cuenta en *hotmail*. Ahí todavía está.

Cuando la novela se publicó, Edwin comenzó a recibir correo, cualquier cantidad de cartas le llegaban día a día. Tengo un arrume de impresos de todo el correo que le escribían, y siempre comenzaban preguntando “¿estás ahí?, ¿esto es real?”, entonces Edwin les contestaba y la conversación seguía. Usualmente le pedían consejos.

Escribí este personaje de ficción y resulta que la gente se lo creyó tanto que luego le pedían consejos. Había casos extremos: una pelada que se quería hacer las tetas le pidió consejo y le envió fotos a Edwin de como las tenía y después le mandó fotos de cuando se hizo la operación. Es una vaina loquísima, pero que habla mucho de esta realidad urbana, de esa necesidad de acompañar la soledad con alguien, así uno sepa que ese alguien es un personaje de ficción.

Entonces, sí: los personajes tienen vida propia. Voy más allá: no solamente los personajes, la novela también tiene vida propia. Uno no sabe en qué momento comienza a caminar. Uno

la pone en los estantes, pero no sabe a quién le va a llegar ni cuando.

Cuando iban a publicar *Al diablo la maldita primavera*, Alfa-guara dijo: “El mercado gay es como de mil, dos mil personas...”, y no, resulta que los gay no la leyeron. En ese momento, de hecho, la rechazaron. Cuando la novela salió, el público fue principalmente de mujeres entre cuarenta y cincuenta años, cosa que jamás pensamos. Con *Líbranos del bien* está pasando algo similar: quienes más la están leyendo son historiadores y sociólogos, y no era un sentido *de historiador* el que tenía.

- Háblanos un poco más sobre esta primera etapa de rechazo de *Al diablo la maldita primavera*.

Hace unos años, la Universidad Nacional publicó una serie de ensayos de algunos estudiantes de último año de Antropología, y entre ellos hubo uno que desarrolló su tesis sobre lo que él había encontrado en la comunidad homosexual cuando salió *Al diablo*... Según este documento, hubo mucha molestia de parte de los gays porque no se sentían representados, y porque no sentían que Edwin era ellos; pensaban que Edwin era demasiado superfluo.

Ante eso lo que puedo decir es que yo no escribo esperando representar a nadie. Esto sería una total falta de sindéresis. Que un escritor trate de meter seis mil millones de cabezas en un solo personaje es lo más ridículo que alguien pueda imaginar. Todos somos diferentes, y los homosexuales somos absolutamente diversos. Entonces, pensar que todos ellos están representados en Edwin es estúpido.

Pero más estúpida es la crítica de que Edwin es muy banal. A mí me parece todo lo contrario; Edwin me parece una persona con un conflicto de identidad muy fuerte. Durante toda la novela él trata de descubrir quién es y aceptarse como tal, lo cual tiene una carga de profundidad muy honda en el ser humano.

Lo banal es solamente lo que él muestra en cuanto a la ropa de marca que usa, pero al lado de la ropa de marca, él habla mucho de poesía, de literatura, de música... Edwin menciona su verso favorito más de tres veces, pero nadie se da cuenta de este gusto por la poesía, todos se quedan en *Versace*. Eso sucede por una razón: quienes leen la novela así son igual de banales. Llegan al libro con esa banalidad y se quedan con esa banalidad. Lo que critican es lo que ven de ellos en el espejo.

- Y sobre el hecho de que sean historiadores los que estén leyendo *Libranos del bien*, muy posiblemente, a futuro, se encontrará como personaje histórico a Fina Palmera.

Por ejemplo. Pero eso ya apareció hace mucho rato: los libros tienen vida propia a partir de cierto momento; se van y en un momento dado pueden volver.

- Para poner un caso, *Libranos del bien* resultó ser el regalo que la Primera Dama les dio a la Princesa Letizia y a la Primera Dama de México.

Sí, y no niego que me sentí muy honrado por el hecho de que mi libro haya llegado a manos tanto de la Princesa Letizia como de la Primera Dama de México, de mano de la Primera

Dama de Colombia, no tanto porque sean princesa o primera dama, sino simplemente porque se trata de nuevos lectores que desconocían mi trabajo.

- ¿Qué les escribiste en la dedicatoria?

Prefiero que las dedicatorias sigan siendo privadas. Me disculparás, pero eso queda entre doña Lina Moreno de Uribe, la Princesa Letizia y yo.

- Bueno, pero estábamos hablando de la vida de Edwin. Si Edwin estuviera aquí, ¿qué opinaría él sobre los abogados?

Hasta allá no me meto... esas honduras las paso de agache.

- Mi conclusión como lector es que a través del personaje de Edwin uno podía ver lo distante que se siente la ley, lo jurídico y los fallos judiciales en la sociedad. Cómo vive uno al margen de todo eso...

No lo había visto así. Y tú mismo estás contestando lo que preguntaste acerca de qué pensaba de Edwin, es decir, esa es tu lectura.

Cuando estudiaba Derecho escuché una charla que me encantó, la dio en el Externado el profesor Cancino y se llamaba “El derecho penal en *Cien años de soledad*”. Todo se podía ver desde allí: cómo robaban, la prostitución en ese entonces, la corrupción... Cada lector busca sus propios temas al igual que el espectador espera encontrar en el cine o en las revistas

su propia fotografía. El ser humano es demasiado narcisista y siempre está buscando su figura en todas partes. La frase de la contemporaneidad debería ser *Poso, luego existo*.

Entonces, esa mirada que presentas frente a lo que dijo Edwin la tienes tú que eres abogado, pero no le preguntes eso a tu mamá, pues ella también quiere encontrarse, a su manera, en mis novelas.

- Pero yo creo que mi mamá podría sentir un fallo de la Corte Constitucional como algo tan importante, pero a la vez tan distante como lo que siente Edwin... Es decir, ¿de qué sirve que lo hayan puesto en letra de molde en una sentencia si en la realidad no cambia nada?

Por lo menos es un antecedente: la ley lo dice, y *dura lex sed lex*. El tema social siempre se demora mucho más en cambiar, pero afortunadamente está el tema legal, porque ¿qué tal que no estuviera?, ahí sí cómo estaríamos, no solamente en el tema gay, sino en cualquier otro.

- Pasando a otro punto, en el correo yo te preguntaba si en algún momento *Líbranos del bien* intentaba “hacer justicia”, y la respuesta fue que si así fuera, “en lugar de una obra literaria, se escribiría un panfleto”. Por favor, cuéntanos más sobre este punto.

Yo no le juego a esos elementos políticos. Yo manejo la literatura desde cierta humildad, a mí lo que me interesa es narrar unos hechos, narrar unas historias, porque estoy convencido

de que la literatura no tiene ninguna función más allá del placer de su lectura. Si no es así, cierro el libro y me paso a leer otra cosa.

Cuando uno intenta llevar al lector a alguna parte, el lector se da cuenta. El lector dice: “Me están utilizando”, y eso es algo que podría haberse dado en ambas novelas: en *Al diablo la maldita primavera* yo podría haber llevado al lector para que terminara pensando “este *man* es una víctima de las circunstancias” y, como lector, diría que en ningún momento se ve eso; igual pasa con *Libranos del bien*.

Uno no puede pretender usar la literatura para mandar un mensaje, lo único que uno puede hacer con la literatura es narrar, contar cosas, y el lector verá si la lee o no.

- Y qué pasa con los hechos reales que presentas en los libros, por ejemplo los abusos de la policía frente a la comunidad homosexual. ¿Poner estos hechos reales en el texto tuvo alguna intención diferente a la literatura?

No. Lo que pasa es que yo narro y cada lector interpreta. Si alguien lo interpreta como una denuncia, o como un fetiche, eso depende de cada quién. Nunca he pretendido manipular al lector. En este caso yo solo cuento lo de la violación de los policías. ¿Cuál es su impacto?, eso no lo sé. Algunos no le pararán bolas, otros dirán: “¿seis policías nada más?... la historia sería buena si fueran veinte”.

Juanita León García



Fotografía: José Alejandro Naranjo.

Estudió Derecho en la Universidad de los Andes. Es autora de los libros de crónicas *País de plomo* y *No somos machos pero somos muchos*. Es la directora del portal sobre política colombiana *La Silla Vacía*.

¿Qué diferencias existen entre lo que se estudia en una facultad de Derecho y muchas de las realidades del país? Para responder esta pregunta es necesario haber vivido estos dos escenarios y hablado con las personas que los habitan: tanto con los profesores y los campesinos como con los políticos y las personas en armas. Hay que haber viajado, haber investigado y, en este caso, haber escrito; así se puede responder la pregunta. Además de esta pregunta hay muchas otras: ¿Qué historias se cuentan y cuales se dejan de contar? ¿Cómo se hace la guerra en Colombia? ¿Cómo se resiste la guerra en Colombia?

Estas han sido algunas de las preguntas que enmarcan No somos machos pero somos muchos y País de plomo dos libros de crónicas sobre guerra y resistencia escritos por Juanita León. Pero estos libros representan solo un momento. Ahora la pregunta ha cambiado, hoy la pregunta es ¿cómo funciona realmente el poder en Colombia?, pregunta que mantiene en movimiento a La Silla Vacía y a su directora.

- Juanita, ¿por qué estudiaste Derecho?

Estudié Derecho porque quería ser periodista, pero no quería estudiar comunicación social, ya que en esa época eso era lo que estudiaban las reinas. Me pareció que el Derecho podía darme una visión del Estado y de cómo funcionaban las cosas en la vida pública, que era sobre lo que yo quería escribir.

- Cuando empezaste a estudiar Derecho, ¿cuáles fueron tus primeras impresiones?

Yo estudié en los Andes, donde la manera de estudiar Derecho era muy diferente a la que se usaba en otros sitios. Entonces, para mí siempre fue muy emocionante poder estar con personas tan inteligentes, y con unas miradas tan originales de las cosas. Uno de mis primeros profesores fue Manuel José Cepeda, quien estaba en el proceso de la Constituyente, además tenía como profesor a Eduardo Álvarez Correa –que era un sabio– y también a Ciro Angarita. Fue muy emocionante estudiar Derecho, sobre todo en los primeros años.

- ¿Tus impresiones fueron cambiando con el tiempo?
¿Tuviste alguna decepción?

Tuve una decepción cuando comencé a trabajar en el consultorio jurídico porque ahí me di cuenta de lo importante que era el derecho procesal, que me parecía aburridísimo. También me di cuenta de que a los jueces, al final, les parecía más importante, antes que tu argumentación, lo que dijera la interpretación de *Legis*.

Y, bueno, también influyó haber tenido que tratar con esos abogados todos tiesos de los bufetes. Yo defendí un caso de sucesión, y fue entonces cuando me di cuenta de que no quería pasármela defendiendo una cucharita de plata.

- Tú has trabajado en *El Tiempo*, en *The Wall Street Journal* y ha tenido experiencia en *Semana*. ¿Cómo empezaste en el periodismo? ¿Cómo fue el proceso?

Yo fui una de las fundadoras de Opción Colombia, un programa en el que estudiantes de las universidades íbamos a trabajar en los municipios y luego volvíamos a la universidad a retroalimentar la educación con lo que habíamos aprendido en el ‘otro país’. Por esa época hice la recopilación de historias para la telenovela *Tiempos difíciles*, y haciendo eso me di cuenta de que a mí me encantaba contar historias y viajar por los municipios, y que eso era lo que quería hacer. Así fue como decidí estudiar periodismo. Después me fui a hacer una maestría a Columbia y de allí salí a trabajar en *The Wall Street Journal* en Nueva York. Y ahí me volví periodista.

- ¿Qué rescatas de tus años de estudio en Nueva York?

Lo más importante fue que aprendí a pensar como periodista, a mirar el mundo a partir de historias. Antes, mi enfoque eran las teorías, después del posgrado fueron las historias.

- ¿Resaltas algo de tu vida como estudiante en Columbia?

Además del esfuerzo, por la cantidad de trabajo que había, aprendí mucho de la ciudad. Nueva York te da la versión des-

carnada y ampliada de todo: de la riqueza, del talento, de la miseria humana. Es como hacer un zoom al futuro, con todo lo bueno y lo malo que trae. También fue importante para mí tratar de hacer algo que me costaba tanto esfuerzo como escribir en inglés.

- ¿Qué diferencias encuentras entre las universidades extranjeras en las que ha estudiado y la Universidad de los Andes?

Yo estudié en los Andes en un periodo muy especial: fue cuando se hizo la Constitución de 1991, cuando mataron a Pizarro, y cuando eligieron a Gaviria. Fue un período tenaz. La actividad política que se vivía en ese momento no la sentí para nada ni en Columbia ni en Harvard.

En los Andes estudié con gente que era excepcionalmente inteligente e interesante y con profesores maravillosos, pero uno no estaba inmerso en un ambiente totalmente académico porque los estudiantes íbamos a clase y luego de vuelta a nuestras casas. En Columbia y en Harvard, en cambio, toda la vida gira alrededor de la universidad. Creo que esa vida de campus hace mucha falta aquí. En Colombia, uno vive dos vidas aparte.

Otra cosa: sobre todo en Harvard, estás en un ambiente cien por ciento intelectual, todo el día estás debatiendo ideas; en Columbia, por estar en Nueva York, la cosa es diferente, ya que la ciudad tiene una presencia preponderante en tu vida, se impone sobre la universidad.

En Colombia, además, todo el tiempo llevan gente de la industria a hablarte, y así pude conocer a grandes periodistas como Bernstein y Woodward, que pasaban por la universidad a compartir sus experiencias con los estudiantes. Esto hace parte de una cultura según la cual tienes que ir a la universidad a devolver tu conocimiento, una cultura en la que no basta aprender lo que está en los libros, sino que tienes que contrastarlo con la gente que está en el oficio. Me parece que eso, cuando yo estudié en los Andes, era menos evidente.

- ¿Qué te inspiró para terminar viajando por Colombia o haciendo crónicas de guerra y resistencia civil?

Por el lado paterno, yo vengo de una familia de inmigrantes judíos checos. A mi bisabuelo lo mataron en Auschwitz, y mi bisabuela, abuela y tía abuela tuvieron que huir y llegaron al Ecuador y de allá se vinieron a Colombia. Siempre he sido muy consciente de cómo la historia afecta la vida. Oír y ver todas esas historias del Holocausto fue para mí muy importante. Entendí con claridad cómo la guerra incide en las pequeñas decisiones de la gente y también cómo cada persona asume su tragedia de manera diferente. Creo que eso me sensibilizó para mi trabajo posterior cubriendo la guerra.

También influyó en mí haber leído desde muy temprano a Oriana Fallaci; creo que eso fue clave en mi decisión de estudiar periodismo. Además, con mi familia viajé mucho por Colombia, toda la vida a mis papás les encantó viajar, por eso yo tenía claro que no quería pasar todo el día metida en una oficina.

- En *No somos machos*... hablas de cómo te inspiraste en la imagen del joven que se le atraviesa al tanque para evitar que llegue a la Plaza de Tian'anmen. Además de esta imagen, ¿recuerdas otra que te haya perfilado hacia donde estás ahora?

Las palabras siempre han sido muy importantes para mí, y creo que eso fue lo que me puso en este camino, además leer a Fallaci o conocer a Kapuscinski, pero en realidad antes de eso ya me encantaba escribir: desde chiquita me gustaba leer y me gustaba escribir, y escribía poesía —o creía hacerlo— casi desde los ocho años estimulada por mi abuelita. Mucho después fundé la revista *Alter Ego* en la universidad; entonces creo que ya tenía muy claro que lo mío era por el lado de las letras.

Además de eso, Opción Colombia fue para mí una experiencia esencial. Haber creado algo y haberme dado cuenta de la existencia de ese país que está más allá de Bogotá, fue muy importante. También haber conocido todas esas historias que vivían los estudiantes en los municipios fue clave para mí.

- Haber conocido a Kapuscinski fue muy relevante para lo que después se convirtió en tus dos libros. Quiero preguntarte si en alguna ocasión has sentido tu confianza traicionada por alguna persona cuando hacías tu trabajo, como le pasó a Kapuscinski cuando lo subieron a un minarete abandonado y terminaron asaltándolo.

Nunca me ha pasado que me pongan en peligro. Yo siempre asumo que todo el que te cuenta algo, tiene un interés en con-

tártelo, que no es *la hermanita de la caridad*. Eso nunca me ha molestado porque me parece que la labor de un periodista es comprobar qué información es verdadera más allá de los intereses de la persona que te la dio. La gente te dice mentiras y te cuenta medias verdades, pero el trabajo de uno consiste en verificar la información y establecer la verdad de esas versiones. Pero más allá de esto, nunca me ha pasado que me hagan una emboscada o cosas así.

- Mientras hacías las crónicas, ¿de qué forma escribiste? ¿Escribías mientras viajabas, cuando regresabas, o tienes algún ritual en especial?

Mi libro lo escribí después de viajar, con las notas que tenía y volviendo a hacer algunas de las entrevistas. Cuando escribía historias para *Semana* o para *El Tiempo*, o ahora para *La silla vacía*, las hacía y las hago ahí mismo, es decir, casi siempre las estoy escribiendo en mi cabeza, mientras estoy de vuelta después de encontrar la historia. Cuando llego, las escribo de una.

- ¿Tienes algún ritual para escribir?

A mí me parece que hay mucha farsa en esa idea medio romántica que tiene la gente sobre la escritura. Sinceramente, creo que la gente que tiene tanto ritual escribe muy poco. Me da la impresión de que existe la idea de que ser escritor es *chévere*, algo así como lo que uno ha leído en las historias de García Márquez y de Cortázar; y creo que muchas veces a los jóvenes escritores, más que escribir, les gusta la pose de escritores.

Me parece que cuando uno es un periodista de verdad, no tiene mucho tiempo para rituales. Tú llegas a escribir la historia y punto.

- Mientras viajabas y cuando hacías el trabajo para la creación de Opción Colombia, ¿cómo encontraste la diferencia entre la Facultad de Derecho y las circunstancias colombianas?

Lo que pasa en Derecho –aunque en los Andes es cero dogmático– es que uno vive el mundo de Bogotá, que es un mundo globalizado, que no está conectado con las realidades locales que son tan diferentes. Yo me fui a hacer Opción Colombia a San Andrés y Providencia. Me fui como abogada del Indere-na, y ahí me di cuenta de que no sabía una cantidad de cosas súper pequeñas –por ejemplo, hacer una notificación–, pero que marcan toda la diferencia del mundo...

También fue muy importante darme cuenta en la práctica de lo que significa aplicar un código: el Código de Recursos Naturales está hecho *para Alemania* y tiene poco que ver con las circunstancias colombianas; por eso la misma aplicación de la ley causaba una cantidad de conflictos. Creo que en ese sentido sí fue muy reveladora la experiencia de salir de la universidad. No sé cómo será para la gente que trabaja en un bufete, seguramente hay una menor distancia entre la teoría y la práctica.

Lo que pasa es que cuando tú cubres el conflicto o cuando estás en las regiones te das cuenta de que la ley es una cosa mucho menos clara, menos obvia de lo que crees cuando estás estudiando.

- También hablas de “la ley del monte”, de los “tribunales revolucionarios” y de la “justicia paramilitar”. Cuéntanos algo al respecto.

Hay un capítulo de mi libro *País de plomo* sobre la oficina de justicia de las FARC en el Caguán. Con cosas como estas te das cuenta de que la justicia paramilitar y la justicia guerrillera es muy efectiva porque sigue muy pocos procedimientos, pero por lo mismo es muy arbitraria. Aun así, en las regiones, muchas veces la gente prefiere tener una justicia arbitraria, pero que *pase algo*.

En la mayoría de municipios es muy difícil aplicar lo que viste en la Facultad de Derecho. Digamos: si hay un juez, es muy difícil hacer efectivas sus órdenes porque no hay un policía para llevar a la cárcel a alguien, o si lo hay, porque la cárcel queda a cuatro horas por río, y ¿quién paga el transporte del preso y del policía? Entonces, este tipo de cosas te muestran que entre lo que estudias y lo que aplicas hay unas circunstancias prácticas que hacen todo mucho más complejo.

- En el capítulo del que estás hablando narras cómo presenciaste unas escenas muy difíciles. Por ejemplo, cuando llevan a un deudor ante las FARC para cobrarle... ¿Qué sentías al estar en esa posición?

Sentí que en el fondo yo era muy abogada y que valoraba cosas que cuando estaba estudiando me parecían aburridas. Después de decir *qué manera estudiar Procesal*, entendí que en los procedimientos también está el valor de la justicia, para que

no dependa de un *matoncito* decidir cuál es el procedimiento y la ley aplicable en cada caso.

- ¿Cómo empezó a crearse la idea de *La silla vacía*?

Suena chistoso, pero cuando yo me retiré para escribir mi libro tenía mucha pereza de volver a *Semana* porque me había dado cuenta de las cosas que había dejado de contar. Me daba *jartera* volver a imponerme censuras, pequeñas censuras que de alguna manera hacían que no terminara contando toda la verdad.

Entonces, le pregunté a mi papá qué podía hacer, y él me dijo: “No sé, ¿por qué no te compras *El Espectador*? Averigua cuánto cuesta”. Obviamente, no teníamos plata para comprar *El Espectador*, pero eso me metió el gusanito de que yo quería ser dueña de un medio, así fuera minúsculo.

Creo que desde ahí lo empecé a pensar, entonces, entré a semana.com con la idea de aprender cómo hacerlo. Después, cuando me fui a Harvard, también estudié mucho sobre Internet, y monté una revista en Nueva York –la revista *Flypmedia*– donde apliqué todas las cosas útiles que había aprendido. Volví aquí y monté *La silla vacía* con la beca que me dio el Open Society Institute, la fundación de George Soros y con ahorros de mi familia.

- ¿*La silla vacía* implica alejarse de las historias personales con las que venías trabajando en tus libros?

Sí. Implica alejarse de esas crónicas largas que venía escribiendo en mis libros. Cuando estaba en Harvard me di cuenta,

estudiando historia de Colombia, que aquí sabemos muy poco de cómo funciona realmente el poder. Creo que los medios se la pasan sosteniendo una visión formal de la realidad, así que me dieron muchas ganas de contar *realmente* cómo es que opera el poder. Muchas veces el poder en Colombia se cocina a nivel regional, pero las crónicas de los desvalidos, de las víctimas no ayudan a entender cómo es que este opera. Ahora quiero saber qué pasa por la cabeza de los que toman las verdaderas decisiones, de los que hacen que las cosas pasen, para bien o para mal.

- Cuéntanos un poco más acerca de las investigaciones que has hecho en los Montes de María en *La silla vacía*

Yo he dejado de tener la mirada solamente sobre las víctimas, ahora estoy intentando poner más la mirada sobre los poderosos, y esa crónica es un típico ejemplo de eso.

Normalmente, yo habría ido y habría hecho reportería sobre la gente que se quedó sin la tierra y habría contado el tema desde el punto de vista del campesino que fue desplazado, que tuvo que vender y que ahora se da cuenta de que alguien se ganó toda la plata del mundo con eso, mientras que él terminó *fregado* como pobre urbano en Barranquilla.

Como lo que me interesa ahora son los mecanismos del poder, pongo el foco de luz y cuento la historia alrededor de quienes compraron las tierras. Esto en cierta forma es una reportería más difícil, porque gente pobre y desamparada es lo que abunda en Colombia; en cambio descubrir quiénes habían comprado las tierras es mucho más complicado. A mí

me tomó dos meses encontrar a quienes compraron: yo tenía una lista de las empresas, pero los nombres de los dueños no eran evidentes. Solo después de investigar en las cámaras de comercio y de estudiar quiénes estaban en las juntas directivas y de averiguar las conexiones entre unos y otros se podía empezar a ver eso.

Entonces, el cambio que yo veo que he tenido no está relacionado con los temas que me interesan o con el proceso de reportería, sino en el punto de vista desde el cual escribo.

A mí me parecía que lo importante era contar la realidad, contar ese país que cuando estás en Bogotá ni te enteras de que existe. Creo que eso sigue siendo muy valioso, pero como ahora estoy más metida en el tema de la política lo que yo quiero es investigar cómo gran parte del país opera de otra forma, más allá de la institucionalidad que se puede ver desde los medios de comunicación y desde las ciudades.

De alguna manera los abogados nos movemos en el mundo de la legalidad, de la institucionalidad, pero ahora a mí me interesa entender cómo gran parte de Colombia opera en una zona gris entre la legalidad y la ilegalidad.

- Cuéntanos cómo fue la investigación que hiciste para escribir el artículo sobre los Montes de María.

Esto comenzó con una historia que yo hice en la que me preguntaba “¿Para quién se desmina?” que surgió de los comentarios de un amigo que trabaja en el tema de las minas antipersonales. Cuando publiqué esa historia, alguien en *La silla*

vacía nos pidió que investigáramos quiénes eran los dueños y coincidentalmente otra persona que leyó la historia me envió el listado de las empresas que estaban comprando en los Montes de María.

Con ese listado pedí información en las cámaras de comercio y con esa información hice un estudio comparando las juntas directivas de estas empresas, que me permitió encontrar algunas coincidencias.

Llamé a los que aparecían como representantes legales y uno de ellos quiso hablar conmigo; así que, aprovechando que iba a viajar a Medellín para dictar una charla, me encontré con él, me explicó todo el cuento de la Corporación Montes de María y me contactó con un representante de esa corporación.

Después viajé a Cartagena, fui a la Gobernación de Bolívar y ahí hable con las personas que hacían parte del Comité de Desplazados, con quienes habían hecho las medidas de protección de tierras. También hable con campesinos que habían sido desplazados y que estaban en Cartagena y, entre ellos, con dos campesinos que habían vendido sus tierras.

De ahí me fui en bus hasta Carmen de Bolívar para encontrarme con alguien de la Corporación Montes de María, quien estaba encargado de mostrarme las obras sociales que habían hecho y las tierras del proyecto. Las obras: además de arreglar una carretera, no habían hecho mucho; las tierras: son la cosa más alucinante del mundo.

Pasamos esto y me quedé en el pueblo –en Carmen– y ahí hice reportería con la gente del pueblo, entre quienes también estaba la gente del comercio, que en realidad estaba muy contenta con la llegada de las agrícolas.

Además, yo ya había ido allá hace seis años, cuando estaba trabajando en mi libro, así que pude hacer un análisis del contraste de estos años, sumado a una investigación sobre las actividades del Centro de Acción Integral del Ejército, cosa que no incluí en la historia, ya que esta es una zona de acción clave del Ejército. Y ya. Llegué y lo escribí.

- ¿Piensas hacer algo con las historias personales que están rodeando las de la gran política?

Hace poco escribí para *SOHO* una historia sobre los kankuamos, que también vamos a publicar en *La silla vacía*. Pero, en general, yo lo que quiero es meterme en los resortes del poder y contar eso desde adentro. Contar cómo funciona realmente, para que uno no se sorprenda de cosas, como que David Murcia fuera prácticamente un héroe nacional, que fuera a fiestas con los hijos del presidente.

Frente a este tema, lo que me pasó fue que en Harvard estuve escribiendo ficción y sentí que las crónicas eran el sustituto de la verdadera ficción para los malos escritores. Ahora quiero hacer periodismo duro o escribir ficción, pero ya no me emociona tanto hacer el tipo de crónicas que, por alguna razón, me emocionaban antes.

- Hace un momento nos contaste que no podías darte el lujo de tener rituales al escribir, pero leyendo *Love letters* –uno de tus escritos de ficción– me pareció encontrar un énfasis interesante en la necesidad de escribir que sentían los personajes que estaban en correspondencia. ¿Acaso esto que presentas a través de tus personajes es algo que sientes?

La ficción tiene mucho de mí, gran parte de manera inconsciente. Pero en mi realidad las cosas son diferentes. Tú no te alcanzas a imaginar la cantidad de tareas que implica *La silla vacía*; en parte porque los periodistas que estamos a cargo de las historias somos pocos.

Hacer ese nivel de historias y de reportería, además de la edición, toma mucho tiempo; pero además tienes que hacer cosas técnicas y buscar cómo sobrevivir consiguiendo pauta y todas las otras mil cosas que uno tiene que hacer cuando está frente a un proyecto.

Claro que reportajes como el de los Montes de María o el de la Orinoquía toman mucho tiempo, pues leer los documentos y hacer la reportería implica varias semanas de trabajo. Después, como he hecho tanta investigación, escribir resulta más fácil.

Con la ficción sucedió algo completamente diferente. Haciendo esos cuentos me demoré casi seis meses, escribiendo y reescribiendo. El proceso de la ficción es completamente diferente al de la no ficción. Para mí la ficción es completamente catártica, muy emocional, mientras que el periodismo es mucho más racional. Aunque es claro que mi corazón está puesto en

la selección de las historias y eso me emociona mucho, pero el resto del proceso es racional.

- Y en la medida en que dices que escribir ficción es algo catártico, ¿se podría pensar que eres tú la que dice, a través del personaje del Secuestrado, que si no puedes tener el cuadernito para escribir, enloquecerías?

No. Como periodista a mí me hace muy feliz hacer reportería, el proceso de escritura siempre resulta más difícil. Por otro lado, en el caso de la ficción, el proceso de escribir sí me hizo muy feliz, pero no creo que me volvería loca si no lo pudiera hacer.

Yo no soy como esos escritores súper románticos que sienten que si no fueran escritores no serían nada más. Tengo la impresión de que si yo no fuera periodista, seguramente sería una abogada que haría litigio estratégico o estaría haciendo cine, u otra cosa; pero no, no siento que si no escribiera, nada más me haría feliz.

- Cuéntanos algo más sobre tus escritos de ficción.

Hay una preocupación que yo exploré en la ficción y es el contraste entre la belleza y el horror. A mí me ha impresionado que en los sitios donde se hace la guerra son los sitios más hermosos de Colombia, sitios donde tanta belleza te duele. También me impresiona ver, al llegar a un pueblo que acababa de ser destruido por la guerrilla, cómo la gente empieza a arreglar sus materas y a plantar flores. Eso siempre me ha parecido muy admirable de Colombia... y a su vez muy impre-

sionante, porque tal vez si a uno le pasara lo que pasó en estos pueblos, se echaría a la pena. Ellos sufren mucho, claro, pero a su vez estas pequeñas cosas estéticas son las que les ayudan a ir reconstruyendo su vida.

- En *Love letters* muestras cómo los personajes —una mujer colombiana en Nueva York y un secuestrado en Colombia— se escribían cartas en dos cuadernos. Uno es un cuaderno *ferrocarril* —que podría tener carátula de Natalia Paris— y el otro, un *moleskine* comprado en una librería neoyorquina. ¿qué querías mostrar con estos contrastes?

Lo que yo quería mostrar era el contraste entre la gente más acomodada en Colombia y los guerrilleros. Con la ciudad de Nueva York intentaba mostrar la vida que una persona como yo podría tener en Bogotá, aunque claro, en Nueva York ya encuentras la exageración del privilegio. Pero también, como estaba escribiendo desde Estados Unidos y a un público gringo, quería escribir algo que los pudiera conectar con la historia.

Además quería mostrar cómo Nueva York es un sitio muy solitario, donde tú estás enfrentado a tus recursos internos, una sensación que —obviamente, con mil diferencias— puede ser compartida con el caso de los secuestrados. Me interesaba mostrar cómo a pesar de estar rodeado de todos los privilegios, estás solo y abandonado a lo que tengas por dentro.

- Más allá de tus escritos de ficción, tus reportajes en *La silla vacía*, si bien no son una forma de “evitar la locura”, ¿expresan una preocupación personal?

Si. *La silla vacía* es el fiel reflejo de mis preocupaciones. Hay mil temas políticos que yo ignoro: no me importa lo que *tal o cual* persona diga, me interesa más saber si la Constitución de 1991 se está deshaciendo.

Además de esto, ahora estoy interesada en el tema de la compra de tierras, porque creo que en cierta forma la guerra en Colombia está muy relacionada con eso. Con el interés de quedarse con las buenas tierras para adelantar los macro proyectos agroindustriales y ser competitivos el día que se apruebe el TLC.

- Mas allá de esto, en el *link* “acerca del sitio” de la página web, afirmas que “la sillavacia.com es el lugar donde usted encontrará la mejor información política del país”. ¿Cómo puedes cumplir ese reto?

En parte, porque no tengo negocios ni familiares en el poder, lo cual me da una independencia que muchos medios no tienen. Segundo, porque tengo un equipo especializado en cubrir solo eso: cuando tienes un medio de nicho, eso te permite tener un cubrimiento mucho más profundo que cuando tienes que cubrir todo lo que pasa. Tercero, porque como no estoy haciendo noticias sino que estoy presentando la información, la historia detrás de la noticia, creo que eso marca la diferencia, porque te puedes concentrar no en la noticia de que “El presidente dijo” o “El presidente hizo”, sino en la historia que está detrás. Por último, creo que tener un medio pequeño, sin el peso de la tradición, te permite pensar cada cosa, inventar nuevos caminos y formas de ver la realidad. Y también porque le puedes poner el corazón a cada cosa.

- Entre los otros proyectos en los que has trabajado está *Flypmedia*. ¿Qué resaltas y que rechazas de *Flyp*?

Yo trabajé mucho en la creación de *Flyp*, pero siempre me pareció que la plataforma lineal era una cosa muy restrictiva, que solo funciona para personas mayores. Para la gente que nació en la red, es algo contra intuitivo tener una navegación tan guiada. Lo que me parece chévere es que sí te permite una experiencia de inmersión, te permite estar adentro de la historia, y yo creo que esa es una de las ventajas de *Flyp* y de la red. Además, es el proyecto más multimedia que conozco.

- ¿Y qué le envidias a *Flyp*?

El diseño: creo que tiene un diseño buenísimo y una originalidad muy grande para narrar de manera realmente multimedia. Me encantaría llegar a tener ese nivel de calidad.

- Pasando a otro tema ¿Podrías considerar que a través de tus diferentes proyectos haces justicia?

No, en realidad no me siento haciendo justicia. Siento que estoy haciendo historias que le permiten a uno entender mejor en qué mundo vive. Trato de darle voz a una gente que no la tiene, pero no creo que esté haciendo justicia. Me parece que los periodistas que toman esa actitud de ser justicieros, son fatales. Además, es muy peligroso ponerse en ese papel en este país. Me parece que eso no es una buena idea.

- Después de todos estos años, ¿qué conservas de haber estudiado Derecho?

Un nivel de organización mental que te ayuda a entender el Estado y lo político. También creo que la gente que conocí me abrió a nuevas miradas; conocí a una gente muy interesante y especial, con la que hoy todavía tengo todo tipo de lazos.

Y haber conocido al doctor Álvarez, quien redefinió mis indicadores de éxito, cosa que fue muy importante para mí. Creo que eso fue lo más importante, porque, en últimas, dependiendo de lo que tú consideras que es una vida exitosa, haces unas cosas u otras, y creo que la clase que tomé con él me ayudó a entender qué significaba para mí ser exitosa, y eso siempre me ha ayudado a escoger qué camino seguir.

- ¿Qué clase fue? ¿Qué fue lo que pasó?

Yo no sé si tú sabes quién es Eduardo Álvarez-Correa. Él fue uno de los fundadores de la Facultad de Derecho de los Andes y era una persona excepcional. Él dictaba desde Derecho Aeronáutico y Derecho Bancario hasta Derecho Romano, y fue mi profesor en esta última materia.

Después, cuando fundamos la revista *Alter Ego* con unos amigos, invitábamos a gente a darnos charlas sobre temas que no tuvieran que ver con Derecho. Un día lo invitamos a él porque era el ídolo de todos nosotros y comenzó a hablarnos sobre lo que tenían en común las religiones del mundo. De eso salió una clase voluntaria que se llamaba “Hombre y Derecho” en la

que se presentaba lo que era esencial para las religiones, lo que tenían en común el budismo, el hinduismo, el cristianismo...

A mí esa clase me hizo entender que los parámetros de éxito que tiene mucha gente, como tener plata, tener fama, eran *chimbísimos*, y que al final no te llevan a ningún sitio. Que era más importante encontrar realmente tu vocación y qué era lo que te hacía ser fiel a tu propio destino. Era eso: escuchar tu corazón y hacer, más o menos, lo que tu corazón te dice.

Juan Gabriel Vásquez

RESPUESTAS POR CORREO Y EN PERSONA



Fotografía: Laura Kovensky.

Estudió Derecho en la Universidad del Rosario. Escritor y traductor. Su libro más reciente, *El arte de la distorsión*, reúne algunos ensayos sobre literatura. Es autor de *Los amantes de todos los santos* y de las novelas *Historia secreta de Costaguana* y *Los informantes*.

*Empieza la tercera parte de Historia secreta
de Costaguana y en el capítulo siete nos
encontramos con este párrafo:*

*Yo metí a Charlotte y a Eloísa en
la casa de Christophe Colomb,
me aprovisioné de víveres y agua
fresca y clausuré todas las puertas
y ventanas con tablas robadas de
las casas mostrencas. (...)*

*¿Mostrenco? ¿A qué se refiere? No se refiere
al hombre que no tiene casa, ni al ignorante, ni
al “sujeto muy gordo y pesado”; este mostrenco
es especial. Parecería ser el mostrenco de
Miguel Altamirano, jurisconsulto. Así, este
mostrenco se refiere a las cosas que no tienen
dueño conocido.*

*El que habla de las tablas de las casas es José
Altamirano, hijo de Miguel y posiblemente
heredero de ese raro lenguaje de los códigos.*

*Juan Gabriel Vásquez es el autor de Historia
secreta de Costaguana, y también uno de
los posibles herederos de este, don Miguel
Altamirano. Así supe de él por primera vez:
por correo, de lado a lado del Atlántico.*

- ¿Por qué estudió Derecho? ¿Qué circunstancias rodearon esta decisión?

Estudié Derecho porque estaba convencido de que quería ejercerlo: así de simple. Había escrito cuentos desde los ocho años, era un buen lector, pero no consideraba siquiera que eso pudiera ser la obsesión que fue después. El Derecho había estado en mi familia siempre: mis padres, un tío... Parecía un destino natural.

- ¿Cuáles fueron las primeras impresiones al empezar las clases? ¿Cómo fueron cambiando estas impresiones?

Me gustaron mucho las primeras clases, básicamente porque su contenido era muy humanista: Introducción, Ideas Políticas, e incluso Civil, todos tenían un sabor filosófico que me gustaba. Después todo empezó a parecerme una carga, no tanto por culpa de las clases (que también), sino porque había escrito un libro de cuentos y me había dado cuenta de que eso era lo único que me interesaba hacer en la vida.

- ¿Cómo empezó en la literatura?

Empecé de un día para otro: las obsesiones estallan así. Escribí unas cien páginas de una novela casi como un juego personal (Stevenson dice “jugar con papel”), y eso me llevó a una serie de cuentos que escribí ya con una cierta conciencia. Para cuando terminé ese proceso, ya sabía que nada más me interesaba en la vida.

- ¿Qué conserva de haber estudiado Derecho?

Supongo que una cierta noción de las posibilidades retóricas de la lengua. Además de eso, anécdotas de la política colombiana que algunos profesores sabían transmitir y que luego quedaron en mis novelas.

- ¿De qué forma escribe? ¿Tiene algún ritual o alguna preferencia para escribir?

Escribo en computador, porque necesito ver letras de imprenta y un cierto diseño de página, el dibujo que van formando los párrafos. Rituales: una taza de café con un libro que es siempre el mismo durante toda la escritura, y que leo para “entrar en la música”, como un afinador. Poco más.

- En *Historia secreta de Costaguana*, en los pensamientos de Conrad, hay una pregunta que también aparece en otras de sus obras: “¿Qué carajos es Colombia?”.

No tengo la menor idea. A veces se me ocurre que escribo novelas para acercarme un poco más a la respuesta.

- Bogotá es el escenario de varios de sus escritos, y en algunos de ellos, más que la ciudad, el centro de la ciudad. ¿Por qué escogió esos lugares? ¿Qué le gusta de ellos?

Nunca los he escogido porque tengan un sexapil especial. Los escojo porque en ellos sucedieron las cosas que cuento,

o cosas similares. Y también porque los conozco bien, y me gusta escribir con conocimiento de causa.

- En *Los informantes*, a través de Gabriel Santoro padre, usted dice algo que se escucha de vez en cuando entre los abogados locales. Usted habla de los artículos del Código Civil en los que se describe el aluvión y a la paloma que viaja de un palomar a otro. ¿Qué piensa sobre estos? ¿Encuentra la belleza de la que hablan?

Sí, de alguna manera sí. Pertenecen a una época en que el Derecho venía aparejado de buena prosa, o al menos con respeto por el idioma. Algo muy distinto a lo que vi en mi carrera. Para ser abogado ya no es necesario saber escribir correctamente, ya no, digamos, con cierta creatividad. Antes, sí.

- La muerte o la enfermedad del padre de sus personajes es otro factor común de algunas obras. ¿Cuándo comenzó a usarlo? ¿Qué le aporta este tema a las historias?

Me interesan las situaciones que ponen presión sobre los personajes, que los enfrentan a un conflicto con ellos mismos. Además, la enfermedad (el cuerpo contra el cuerpo) es metáfora de muchas cosas. Pero si pudiera decir de qué exactamente, no habría tenido que escribir los libros.

*Juan Gabriel Vásquez vino a Bogotá para
hacer dos exposiciones en el Festival
Malpensante de 2009, y ahí, después de que
algunos le pedían que firmara sus libros yo le
pedí algo diferente, más exigente: un rato para
hablar.*

- ¿Por qué estudió Derecho?

Yo estudié derecho porque sinceramente creía que tenía esa vocación, y creía que tenía un futuro como abogado, en parte porque me habían inculcado eso desde pequeño.

Tengo una familia de abogados: mis padres son abogados; también un tío paterno, que no solo fue abogado, sino una especie de figura ilustre de la familia: fue un ministro conservador importante en los años cuarenta y cincuenta. Luego fue embajador en varios países. Él se llama José María Villareal, y aparece en *Los informantes* con nombre propio. Hay una escena en la que me divertí metiéndolo en la ficción.

Entonces, a través de ese tío y su figura y a través de lo que mi padre había heredado de él, yo crecí con una idea del Derecho muy humanista, una idea del Derecho como una disciplina humana, cultural, que tenía que ver con la filosofía y con el arte de la palabra.

Yo crecí en un ambiente en el que la palabra era muy importante; se respetaba la idea de hablar bien. Y en este contexto, para una persona con inquietudes humanísticas, que además

ya era un lector perdido para el momento de la graduación del colegio, el Derecho era la carrera *con los pies en la tierra* que al mismo tiempo admitía ese lado humanista.

Como si todo esto fuera poco, había una cosa bonita, que en mi caso no tenía nada que ver con una idea de comodidad o de atajos, que era heredar la oficina de abogados de mi padre.

- Entonces ¿Estudió Derecho por una cuestión cultural o social?, o ¿cree que existían unos límites para dedicarse a otra cosa?

Yo no lo sentí así porque esos límites estaban tan firmemente establecidos desde que yo era niño que nunca me planteé dedicarme a la literatura. Nadie me mostró esos límites en la práctica, porque a mí nunca se me ocurrió —ni se me pasó por la cabeza— considerar que era posible dedicarme a escribir.

Sin embargo, en el momento en que yo empecé Derecho ya era un lector fanático, y desde los primeros años de Derecho me sentaba en la última fila para ponerme a leer.

Me acuerdo de haber descubierto a Borges en la última fila de un salón de clases de la universidad y recuerdo que aparte de que yo quisiera estudiar Derecho, había materias que me aburrían horriblemente y materias que no. En las materias que me aburrían me hacía en el fondo y me ponía a leer literatura.

Mientras más cómplice fuera el profesor con mi obsesión por la literatura, más me interesaba su clase. Tenía un profesor de Obligaciones, Carlos Darío Barrera, que empezó el año

hablándonos de la noción de venganza en *El barril de amontillado* de Poe, y además hacía referencias a nociones genéricas del Derecho, cosas como justicia, reparación, u obligaciones morales, mediante ejemplos literarios.

Entonces, eso ya abría un canal de comunicación con el profesor; esa clase me gustaba, a pesar de que no era una clase sobre textos literarios ni filosóficos. Así, mi relación con la carrera se fue radicalizando dependiendo de los intereses humanistas o literarios del profesor, fuera cual fuera su materia.

Coincidió que los profesores de las materias más áridas eran también las personas más áridas, y eso generó que me radicalizara aún más...

- ¿Cómo empezó en la literatura?

Mientras todo esto pasaba yo había empezado a escribir cuentos. Probablemente, los primeros son de 1992, aunque creo que en 1991 ya había comenzado a escribir una novela que llegó a la página cien. Era una imitación descarada de *Cien años de soledad*, pero fue ahí cuando el Derecho empezó a irse para el carajo.

Mirando en retrospectiva me doy cuenta de que cuando uno empieza a escribir imitando deliberadamente otro artefacto, lo está haciendo para aprender, lo está haciendo porque ya uno es escritor, aunque no lo sepa. Está leyendo, no por la información, no por el entretenimiento, no por la apertura hacia el mundo que le ofrece la literatura, sino para aprender cómo carajos se hace eso. Ahí uno ya es un escritor y está perdido, lo quiera o no.

Después de eso empecé a *capar clase* para irme a las librerías de un sitio que se llama *El callejón de los libros*, donde vendían libros de segunda; también a una librería que se llamaba El Templo de la Idea –que quedaba por la calle 7.^a u 8.^a– y comencé a ir a la Casa de Poesía Silva para sentarme en los sofás, para ponerme los audífonos y oír poesía.

Comenzaba conscientemente a despreciar la carrera y a dedicarme a esto. A partir de esto mis amistades cambiaron: mis amigos del curso fueron los que entendían este cambio o los que estaban en un proceso similar –que nunca completarían o que completarían a medias– o simplemente los que también tenían estos intereses.

El proceso de decisiones fue muy corto. Yo creo que no pasó más de un año entre el momento en que, después de la novelita esta, yo escribí unos cuentos que empecé a mandar a concursos y el momento en que dije *esto es una bobada, a mí lo que me interesa es leer y escribir. Nada que hacer. Hay que encaminar la vida hacia allá*. Todo ese proceso duró un año, fue muy rápido y muy vertiginoso.

Una de las maneras de hacer el tránsito fue estudiar Literatura en la Javeriana por las tardes, simultáneamente, ya que el horario de Derecho en el Rosario lo permitía. Ahí se radicalizó el lado más solitario que tengo: salía a la una de la tarde de clase de Derecho, almorzaba con un libro, e iba a mi clase en la Javeriana, a vivir una vida mental muy excitante y muy eléctrica.

Estaba viviendo todos los días con nervios. Por la carrera de Literatura en la Javeriana, por las lecturas que descubría, por

los profesores, y al darme cuenta –muchas veces– de que yo había leído más que los profesores. Para mí todo eso fue como tirarse por un rodadero y descubrir en la mitad que ya no había manera de parar.

Al mismo tiempo empecé a estudiar francés, por razones muy raras. Yo me quería ir para París -con seis meses de clases de francés- con el pretexto de perfeccionar el manejo del idioma y para poder aspirar a un doctorado de Literatura en la Sorbona.

- ¿Por qué París?

Para mí, habiéndome graduado de un colegio inglés y teniendo una relación muy fuerte con la literatura en lengua inglesa, lo más natural hubiera sido tener como destino una ciudad de lengua inglesa. Pero no.

Todo eso era un pretexto para aprender a escribir en París, para dejar que París me convirtiera en escritor; convencido de toda esa cuestión mitológica de París y los escritores que yo tenía muy metida en la sangre porque mis escritores en lengua inglesa eran Joyce, Hemingway, Fitzgerald, y todos los que habían vivido en París en los años veinte y treinta.

Además, los escritores de mi lengua, con la excepción de Borges, eran los del Boom Latinoamericano, que había escrito sus grandes novelas en París; por ejemplo *El Coronel no tiene quien le escriba* o *La Casa Verde*. Y evidentemente Cortázar. Todo eso contribuía para que creyera que París era una ciudad que lo volvía a uno escritor. Entonces, si yo quería ser escritor, tenía que pasar por París.

Cosa completamente absurda -me di cuenta cuando llegué- no solo porque París ya no es el ombligo literario del mundo, como sí lo era efectivamente en los años sesenta, sino porque ahora los escritores se hacen de otra manera. Yo tenía que irme para darme cuenta de eso, pero de todas maneras, ¡lo que trabajé en París!...

Siento que yo le debo a París el descubrimiento de ciertos autores, pero sobre todo, el descubrimiento de la disciplina –que también es una cosa fundamental. Yo en París, viviendo solo y –digamos– siguiendo los consejos de Flaubert, Vargas Llosa y toda esta ética del escritor como obrero de su trabajo, empecé a sentir la necesidad de un horario, empecé a sacrificar la vida social y todas esas cosas por la literatura. Todo se lo debo a París. La noción del valor de la soledad y el valor de la disciplina.

- ¿Qué pasó antes de irse a París? ¿Qué paso con el Derecho?

Terminé mi carrera, primero para obtener un diploma. De alguna manera sabía que por razones prácticas, si quería irme de Colombia, tenía que ser con un diploma en la mano para poder hacer un doctorado o lo que fuera, y segundo por responsabilidad social: teniendo esa plaza, dejarla tirada era una cachetada a toda esa gente que le gustaría tener la oportunidad de terminar Derecho y tener ese diploma.

Terminé por eso, pero mis dos últimos años de carrera fueron una tortura brutal, porque a partir de la mitad de tercer año yo ya tenía clarísimo lo que quería hacer, y los dos últimos años fueron los de las materias más especializadas, más áridas

y más técnicas, con la excepción de Filosofía del Derecho en quinto año.

Además, cuando yo empecé a decidirme por ir a París, Bogotá era una ciudad terriblemente violenta: el narcotráfico estaba en guerra con el Gobierno, mataron a Pablo Escobar y en 1995 mataron a Álvaro Gómez... Durante la carrera me tocaron dos o tres bombas: dos en el centro y una en el centro comercial Centro 93. En fin, estaba muy vivo eso, lo que contribuyó a que yo quisiera irme, porque me afectaba el clima de violencia.

- En estos últimos años, también está el año de práctica. ¿cómo le fue?

Fue muy traumático, por razones egoístas y por razones altruistas. Por razones egoístas, porque me robaba de mi tiempo: el consultorio jurídico era terriblemente consumidor, también ir a los juzgados a revisar los procesos, y todo eso.

En el momento que eso llegó, que fue en 1995 –cuando ya faltaba un año para que me fuera– yo ya había empezado a sentir franco resentimiento contra todo lo que me quitara mi tiempo de leer y aprender a escribir. Empecé a dividir el mundo así, y todo lo que me quitara tiempo de leer y escribir para mí era una tortura, entonces lo vivía muy mal.

Por razones altruistas, porque implicó entrar en contacto de una manera muy brutal con el sufrimiento humano. Yo tenía una “*usuaria*”, una cliente que tenía cinco hijas y cuyo marido había violado a cuatro de ellas, y mi cliente sufría mucho por saber qué le iba a pasar a la quinta, la menor, que tenía ocho

años. Llevaba dos años de procesos y de demandas y no solo su situación era terrible, sino que yo sabía que iba a estar en contacto con ella solo por un año y que después me iba a ir, e iba a llegar el siguiente practicante y de alguna manera toda la simpatía que yo había desarrollado por ella, transformada en el interés de sacar su caso adelante, iba a quedar otra vez en ceros.

Ese es el triste destino de la gente que tiene que recurrir al abogado de oficio y a los consultorios jurídicos como institución: todo lo que se construye desde el punto de vista humano en un año se pierde; hay que borrar y volver a empezar de cero. Era triste darse cuenta de eso.

- Y qué resalta de esa experiencia.

En esa época yo vivía a media hora del norte de Bogotá, entonces ir a una sesión del consultorio jurídico me implicaba un trayecto larguísimo, y después de llegar al centro, devolverme era difícil, era agotador; entonces empecé a conocer todo el centro de Bogotá como manera de pasar el tiempo, y eso fue extraordinario. El tiempo perdido en las calles del centro para mí fue extraordinario porque de ahí salen muchos de mis escenarios. Mucho del interés que yo siento por la historia política colombiana viene de conocer los espacios físicos donde sucedieron estas cosas; yo me iba a la esquina donde habían matado a Uribe Uribe, y al sentir que eso había pasado ahí, que la historia estaba viva, de alguna manera el pasado se fue metiendo en mi cabeza.

Desde luego, el lugar donde mataron a Gaitán, que para mí es casi que un fetiche: yo vuelvo ahí cada vez que vengo a Bogotá.

Vuelvo y leo otra vez las placas, y creo que alguna vez en la vida acabaré escribiendo una novela sobre el 9 de abril... pero con la cantidad de cosas que se han escrito no sé para qué. Es una obsesión que tengo, y seguramente nace de esos días.

- Además del tiempo que pasó en las calles del centro, ¿qué otra cosa conserva de haber estudiado Derecho?

El valor de las palabras. Eso forma parte de una vieja ética del Derecho que yo creo que lamentablemente se ha perdido. Hoy es muy fácil darse cuenta, leyendo una providencia cualquiera, de que los jueces no tienen idea de dónde se pone un punto o una coma; oyendo un debate en el Congreso uno se da cuenta de la pobreza conceptual, de la pobreza argumentativa, de la pobreza retórica, en un país donde la retórica era un bien supremo. Yo siento que en Colombia, durante mucho tiempo, no importaba lo que uno dijera, mientras que lo dijera bien.

- Eso lo retoma en *Los informantes*, ¿no?

Claro, para mí la escritura de *Los informantes* fue fascinante porque fue la primera noción de que esos cinco años de Derecho podían servirme como material literario.

Antes de ese momento yo había escrito mis primeras dos novelas –que luego he desechado porque me parecen novelas de formación– y mi primer libro maduro, que es *Los amantes de todos los santos* sobre historias de amor en Francia y en Bélgica.

Estas historias no solo no tenían nada que ver con mi país, sino que no tenían nada que ver con mi experiencia intelectual.

tual, con mi biografía intelectual. Tenían mucho que ver con mi biografía emocional, mucho que ver con las historias que me contaron, pero *Los amantes de todos los santos* lo hubiera podido escribir una persona que hubiera vivido su vida en Bélgica y en Francia, no necesitaba haber vivido los veintisiete años que yo había vivido antes...

- Como lo que cuenta en *El arte de la distorsión* sobre el hecho de que *Los amantes de todos los santos* fue clasificado entre los libros más vendidos, pero en la categoría de autores extranjeros.

Sí, eso me parece genial. El dato me lo mandó Héctor Abad...

- Pero no lo desvió del tema, del Derecho y las palabras...

Yo había mamado esto desde niño, esta idea del Derecho, por parte de este tío que era un buen articulista –yo me encontraba sus artículos en la revista de la universidad de los años veinte o treinta... no lo sé... por esa época. También de mi papá, quien siempre cultivó ese respeto por la expresión oral y escrita. Sus alegatos, sus documentos como abogado, tenían cierta preocupación por esto, y además él disfrutaba mucho poniendo referencias literarias cada vez que podía, y me decía: “Bueno, esto no lo va a entender el juez, pero no importa”.

Por eso yo crecí con una idea anticuada del Derecho, y en parte por eso se dio el choque cuando comencé la carrera. Pero la idea que está en *Los informantes*, de la poesía oculta en el Código de Andrés Bello y del padre como un *dictador*,

—en el sentido de dictarlo todo como un experto—, son cosas inspiradas en mi papá.

Yo llegué a trabajar con él en segundo de Derecho —como patinador— y era muy divertido verlo dictar un documento de cinco o seis páginas sin corregir una sola coma; y además era él el que me decía: “Es que fíjate en esta cosa de la paloma que ocupa...”, a él todo eso le fascinaba.

Yo creo que el Derecho me dejó una cosa abstracta, una manera diferente de percibir la relación de la persona con las palabras que dice, con las palabras que escribe y la importancia de eso. También la importancia de la retórica como el arte de convencer, que es finalmente lo que tiene que hacer el escritor de ficciones. El escritor de ficciones es alguien que está diciendo mentiras todo el tiempo, y su trabajo técnico, su trabajo de carpintería, está en convencer al lector.

Esto desde un punto de vista abstracto. Desde un punto de vista más concreto, la utilidad que tuvo para mí el Derecho estuvo en ciertas informaciones laterales que me entraron durante la carrera para poder construir la trama de *Los informantes* y el personaje de Gabriel Santoro padre. Eso fue muy útil y yo lo viví con mucho placer. La idea de que no había perdido el tiempo por completo, sino que esa información me servía de material literario, fue como un ajuste de cuentas con mis estudios.

- ¿De qué forma escribe?

Yo tengo una disciplina muy rígida. Sobre todo en *Los amantes de todos los santos* y en *Los informantes* escribí de una manera

muy ritual, durante las mismas horas del día, durante todos los días, con una disciplina monacal, solo, en mi estudio, desde mi casa en Barcelona.

Pero luego he cambiado mucho; la vida se me ha desordenado de maneras muy agradables y muy bienvenidas. Tuve a mis hijas en el 2005 y terminé de escribir *Historia secreta de Costaguana* cuando ellas estuvieron en la incubadora. La última parte de la novela la escribí en la época en que estaban a punto de nacer, cuando nacieron y durante el mes que estuvieron en la incubadora. Toda esa parte fue escrita robándole tiempo al tiempo, acostumbRANDOME a que yo no podía ser estrictamente dueño de mi tiempo en esa época. Por ejemplo, hice una cosa que no había hecho nunca: escribir de noche. Así he dejado atrás un poco la rigidez de los métodos.

Ahora, cuando estoy trabajando en algo, trato de trabajar todos los días un número determinado de horas. Una cosa muy importante de escribir ficción es que las franjas de tiempo tienen que ser muy largas: yo no puedo escribir sacando una hora por la mañana, una hora por la tarde y una en la mitad, eso no me sirve. Esas tres horas tienen que estar juntas, porque muchas veces las dos primeras horas son de mirar al techo sin tener *ni puta idea* de lo que uno quiere decir, pero esas dos horas son las que producen la última hora. Si esas tres horas se dividen a lo largo del día, el resultado no es el mismo.

Entonces, siempre respetando estos procesos rarísimos de la mente, —que supongo son distintos para cada escritor— he cambiado mucho los métodos. Básicamente, hago lo que puedo y

lo que mi vida de familia me permite, que es lo único a lo que más o menos cedo.

Desde la época de *Los amantes de todos los santos* y *Los informantes*, mis trabajos *alimenticios* también han cambiado: se han vuelto más y más variados. Durante estos años he hecho traducciones, he dictado clases, he escrito críticas, todo eso para *comprar* esas tres o cuatro horas de trabajo en mis propias cosas.

He descubierto que no puedo permitirme el lujo de los rituales muy elaborados y me limito a los rituales que siento verdaderamente necesarios para ponerme a escribir.

Son muy pocos, por ejemplo leer el mismo libro antes de ponerme a escribir, libro que cambia con cada texto que yo escribo y que por alguna razón misteriosa y difícil de explicar me mete en la voz que necesito: es como el triangulito que tienen los músicos para afinar. A veces es Marcel Proust, a veces Philip Roth, a veces Martin Amis... Depende de lo que esté escribiendo, hay un autor cuya música me permite entrar en mi música. Hago eso como para afinar. Es básicamente lo único.

- En *Historia secreta de Costaguana* usted decía que sus hijas habían llegado con la novela debajo del brazo. Además de estar escribiendo la novela al lado de la incubadora, ¿qué más hay detrás de eso?

Las últimas páginas de la novela –y eso quiere decir las últimas ideas de la novela– llegaron al mismo tiempo en que nacieron mis hijas. Hasta ese momento yo no sabía que la última escena

de la novela iba a ser la que fue: la escena en la que el tipo se encuentra con Conrad; eso, en la primera concepción de la novela, no pasaba. Entonces, esa idea, y por tanto la terminación del libro y el cierre de muchos temas del libro –porque esa escena es importantísima– llegaron por la época en que nacieron mis hijas. Por eso la dedicatoria.

- Que puede decir frente a la pregunta que hacía en *Historia secreta de Costaguana*, esa que formulaba Conrad: “¿Qué carajos es Colombia...?”.

Creo que no puedo dar una respuesta más elaborada sobre esa pregunta, porque si ya hubiera contestado o si no me preocupara esa pregunta, seguiría escribiendo cuentos en Bélgica, en Francia y en España.

En mis novelas, Colombia, más que un escenario, más que un tema, es una pregunta, un problema por resolver; las novelas que he hecho, más dos novelas que tengo en la cabeza, son mi manera de intentar responder esa pregunta.

Ahora, las novelas no dan respuestas claras; las buenas novelas nunca simplifican la vida. Lo que hacen es demostrarle a uno que el problema es mucho más complejo que lo que uno había pensado, que las zonas grises son más que las que uno había pensado. Las buenas novelas tratan de hacer las preguntas más interesantes que sea posible.

Los cuentos tratan de hacer preguntas a su escala y sobre temas más íntimos, más personales –sobre el amor, sobre la infidelidad, sobre la relación del amor con el pasado, con la

culpa— pero las novelas lo hacen con el *big picture*, con nuestra relación como individuos con la historia del país.

Yo escribo para responderme esa pregunta y todavía no he llegado a ninguna conclusión.

- Y frente al tema de la pasión de Gabriel Santero padre por el Código Civil, ¿usted sí encuentra esa belleza en el Código? ¿Acaso no sería una estética olvidada, por no decir caduca?

Sí, es completamente caduca, pero yo creo que en eso está su interés. Evidentemente, yo caricaturicé eso en *Los informantes* al hablar de la belleza de la prosa de Andrés Bello, pero aparte de ese juicio —que es un poco caricaturesco— sí hay algo interesante en la tensión que hay entre lo que hace el Código Civil y la forma en que lo hace.

La intención del Código Civil de Andrés Bello, heredada del Código napoleónico, es regular las situaciones de la vida humana; eso se podía hacer de muchísima maneras, unas más áridas que otras, y Andrés Bello escoge un sistema absolutamente interesante. Es decir, si su intención es tratar de que todos los posibles comportamientos de la vida humana entren en mil páginas de normas, a uno le tiene que parecer muy interesante qué tipo de casos escoge. Y que escoja la paloma que va y se pone en el palomar del otro señor, a mí me parece apasionante. Además, porque es difícil redactar una cosa así sin sonar ridículo... yo creo que él le dio vueltas.

Aparte, si esas palabras que escoge Andrés Bello –o quien sea– pretenden regular la vida humana, esas palabras tienen que ser lo más precisas, lo más claras posible, y resulta que no. Resulta que el idioma se le escapa de las manos a Andrés Bello como a cualquier otro y ahí es cuando uno entra, o cuando los abogados –los abogados interesantes, digamos– entran en debates absolutamente elaborados, sobre qué quiso decir el legislador en este o aquel artículo, porque hay artículos del Código Civil en los que si uno quita una coma, quiere decir una cosa, si la pone, dice otra completamente distinta.

Para mí es una de las pruebas últimas de la importancia de la palabra: con la palabra hemos regulado nuestra sociedad. En el Código Civil la importancia de la palabra es tal, que una interpretación más allá o una interpretación más acá, una redacción distinta, puede cambiar la vida de una persona: puede cambiar lo que tiene derecho a heredar o lo que no, que tenga derechos o no, o que deje de ganar no sé cuánta plata porque la paloma del vecino se pasó.

En Estados Unidos –que es, como usted sabe, otro sistema– todavía hoy están peleando por una coma en la Segunda Enmienda de la Constitución en la que se habla de la autorización del porte de armas a los particulares. Es cuestión de una coma y la interpretación de una palabra; por eso hay gente muriendo en este momento, porque si les hicieran caso a los que hacen tal interpretación, los particulares en Estados Unidos no tendrían derecho de tener armas, y los homicidios, los actos terroristas, los asesinos seriales, disminuirían radicalmente. Todo eso depende de una coma, de una coma de 1791.

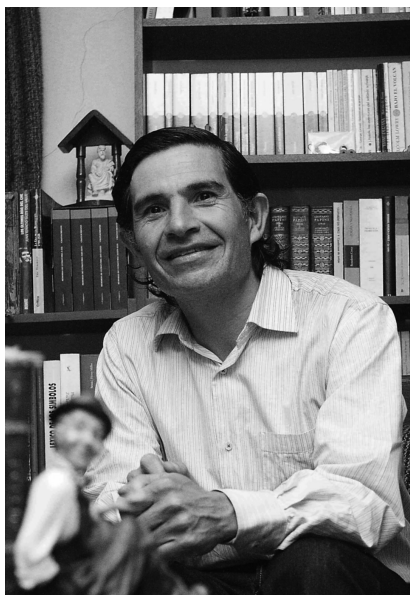
Ahí está la prueba de lo importante de ponernos todos de acuerdo sobre el uso del idioma. Mire: hay una frase que alguien dijo en algún momento, que no recuerdo bien, sobre la Segunda Guerra Mundial, algo así como: “Nada de esto hubiera sucedido si la gente hubiera sido más cuidadosa con la gramática”... o algo parecido.

Pero la idea era que cuando una civilización descuida el idioma, el camino hacia el caos está abierto, el camino hacia el desprecio por la persona, hacia el desprecio por los valores de la persona, por la vida humana, todo eso es solo una causalidad a partir del momento en que uno empieza a despreciar el idioma. Yo no creo en eso que se oye con tanta frecuencia entre los políticos y los críticos de los políticos: “Queremos hechos, no palabras”.

Yo quiero todo lo contrario, quiero palabras. Las palabras importan. Ahora, cuando Obama fue a la mitad del mundo árabe a decir que Estados Unidos tenía la culpa en algunas cosas, a decir que Israel no tenía derecho a hacer asentamientos en Gaza –por primera vez en la historia– eso es de una importancia mayúscula. Ahí no hay hechos todavía, pero no importa, es de una importancia mayúscula porque decirlo es cambiar un paradigma político y social que ha durado desde la guerra del 1973.

Las palabras importan y esa ética está en el fondo de *Los informantes*, y en eso está, un poco, la herencia de mis años de abogado.

Jorge Iván Salazar



Fotografía: José Alejandro Naranjo.

Estudió Derecho en la Universidad del Rosario. Profesor, lector y escritor. Trabaja como profesor universitario en Bogotá con cátedras que se encuentran entre la literatura, la filosofía y el derecho.

Mr. Utterson, el abogado, era hombre de semblante adusto jamás iluminado por una sonrisa, frío, parco y reservado en la conversación, torpe en la expresión del sentimiento, enjuto, largo, seco y melancólico, y sin embargo despertaba afecto (...).

Esta es parte de la descripción de la personalidad de Mr. Utterson, abogado del Doctor en Medicina Henry Jekyll y encargado, entre otras cosas, de hacer valer el testamento de su apoderado. ¿Qué tiene que ver esto con este libro?

- Jorge, usted se graduó de Derecho y nunca lo ejerció. Más allá de esto, recuerdo que alguna vez dijo que quienes habían tomado esta decisión tenían una ventaja y era que no estaban solos ¿Por qué dice eso?

Supongo que eso es así porque uno puede hacer una buena lista de abogados que se dedicaron a cualquier otra cosa diferente al Derecho. Abogados literatos y abogados filósofos, abogados artistas y abogados matemáticos, de modo que hay un montón de gente que nunca se dedicó al ejercicio del Derecho, o que dedicaron la mitad de su vida al Derecho pero lo que los hizo famosos fue la otra parte de su vida, su vida como escritores o como filósofos.

- Por ejemplo.

Recuerdo que muchos pensadores de los siglos XVI y XVII eran, tranquilamente, abogados o médicos, pero se hicieron famosos a través de la filosofía o de la teoría del conocimiento. Además de estos casos, recuerdo otro de un matemático del Renacimiento al que le decían Fibonacci, sobre el cual Hofstadter dice que era abogado de profesión pero matemático de vocación...

De momentos más recientes le pongo por ejemplo a mi favorito: Stevenson. El caso de Stevenson es bonito, porque él sabía que iba a ser escritor y que quería ser escritor, pero tuvo problemas con los papás. El papá era macabro: un famoso constructor de faros, muy victoriano, que insistió en las profesiones *serias* para su hijo. Así que Stevenson, después de muchas vueltas, eligió el Derecho... pero nunca lo ejerció.

Algo que me gusta de Stevenson es que en su literatura, la formación de abogado casi no se nota: tal vez sólo en unos pasajes de *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* que están escritos en términos jurídicos, pero en su mayoría se desprendió de ese lenguaje técnico.

- Miremos un ejemplo.

Sí, le pongo por ejemplo el testamento del doctor Jekyll. La cita dice así:

Aquella noche, Mr. Utterson llegó a su casa de soltero sombrío y se sentó a la mesa sin gusto. Los domingos, al acabar de cenar, tenía la costumbre de instalarse en un

sillón junto al fuego y ante un atril en que reposaba la obra de algún árido teólogo hasta que el reloj de la iglesia veneciana daba las doce, hora en que se iba a la cama tranquilo y agradecido. Aquella noche, sin embargo, apenas levantados los manteles, tomó una vela y se dirigió a su despacho. Una vez allí, abrió la caja fuerte, sacó del apartado más recóndito un sobre en el que se leía, “Testamento del Dr. Jekyll”, y se sentó con el ceño fruncido a inspeccionar su contenido. El testamento era ológrafo, pues Mr. Utterson, si bien se avino a hacerse cargo de él una vez terminado, se había negado a prestar la menor ayuda en su confección. El documento estipulaba, no sólo que tras el fallecimiento de Henry Jekyll, Doctor en Medicina y miembro de la *Royal Society*, todo cuanto poseía fuera a parar a manos de su “amigo y benefactor, Edward Hyde”, sino también que, en el caso de “desaparición o ausencia inexplicable del Dr. Jekyll durante un periodo de tiempo superior a los tres meses”, el antedicho Edward Hyde pasaría a disfrutar de las pertenencias de Henry Jekyll sin la menor dilación y libre de cargas y obligaciones, excepción hecha del pago de sendas sumas de menor cuantía a los miembros de la servidumbre del doctor.

Recuerdo otro libro que se llama *La casa desolada*, de Dickens, el cual podría ser un antecedente de Kafka, en la medida en que la trama es un proceso jurídico interminable en torno a una propiedad abandonada; proceso que nunca se logra resolver. Y eso nos lleva al ejemplo más obvio: Kafka.

- Háblenos un poco del caso de Kafka.

En el caso de Kafka, la relación con el padre también fue complicada; también había tenido que estudiar Derecho un poco a regañadientes y en parte por hacerle caso al papá, pero a diferencia de Stevenson y de otros tantos, a Kafka sí le tocó ejercer: estuvo en un par de compañías de abogados atendiendo principalmente casos relacionados con el tema de seguros.

Tenía que hacer una doble vida: durante el día trabajaba y en las noches escribía, pero él sentía que el tiempo que le estaba dedicando al Derecho le quitaba toda la fuerza a sus momentos de literatura. Pero nunca pudo desprenderse de eso, del hecho de que tenía que ser Jekyll y Hide: mitad escritor, mitad abogado.

Eso se nota mucho en su obra. *El proceso*, por ejemplo, es un libro que solo pudo haber escrito un abogado; es el caso de una persona que se ve envuelta en un proceso jurídico complicadísimo y extraño, que además nunca sabe por qué lo procesan ni cuáles son la pruebas.

- Muéstrenos un aparte en el que se vea la marca del Derecho en la forma de escribir de Kafka.

Le pongo por ejemplo una parte de *La muralla China*, Abogados:

(...) Esos pasillos estrechos, de sencillas bóvedas, cuyo recorrido era ligeramente sinuoso, surcado por altas puertas apenas decoradas, parecían creados para un profundo

silencio; eran los pasillos de un museo o de una biblioteca. Pero si esto no era un tribunal, ¿por qué buscaba yo aquí a un abogado? Porque lo buscaba por todas partes; después de todo, en todas partes es necesario; se lo necesita más fuera de un tribunal que dentro de él, pues se supone que el tribunal dicta su sentencia según la ley. La vida sería imposible si se admitiera que aquí se procede con injusticia o basándose en datos superfluos; hay que confiar en que el tribunal deje su acción a la majestad de la ley misma: acusación, defensa y sentencia; la intervención aquí de una persona en forma individual sería un sacrilegio. Otra cosa muy distinta es la que respecta a la circunstancia de una sentencia; ésta se fundamenta en testimonios de familiares y extraños, amigos y enemigos, en privado y en público, en la ciudad y en el campo; en síntesis en todas partes. Un abogado es aquí imprescindible; no, muchos abogados, los mejores, formando una hilera, una muralla viviente, pues los abogados son lentos por naturaleza en cambio los fiscales, esos zorros astutos, esas sagaces comadreas, esos ratoncitos invisibles, se cuelan por los recovecos, se escabullen entre las piernas de los abogados. ¡Cuidado! Pues por eso estoy aquí; por coleccionar abogados (...).

Y como esta cita hay muchas otras.

- Pónganos un último ejemplo de un abogado dedicado a la literatura.

Otro que me gusta mucho es Edgar Lee Masters. Él –hijo de abogado– al parecer también estudió Derecho bajo presión

paterna. Al igual que Kafka, trabajó como abogado, primero en la compañía Edison en Chicago y después dedicado a defender huelguistas y sindicatos. Hasta intentó ser juez, pero no lo logró.

Mi favorito de Lee Masters es *Antología de Spoon River*, donde hace la descripción de un pueblo a partir de las lápidas de sus tumbas. Y entre ellas la de algunos jueces.

- Muéstrenos, Jorge...

Esta es la lápida de alguno de los jueces de Spoon River:

El juez Arnett

Es cierto, conciudadanos,
que mi viejo archivador de sentencias, por tantos años
en un estante sobe mi cabeza y encima
de mi silla de juez, digo que es cierto
que el archivador en cuestión tenía un canto de hierro
que me partió la cabeza al caer...

(...) Pero arguyamos punto por punto y por orden,
y razonemos todo el caso cuidadosamente:
En primer lugar, convengo que mi cabeza fue partida,
pero, en segundo lugar, lo espantoso fue lo siguiente:
las hojas de las sentencias volaron y caían
en torno a mí como las cartas de una baraja
en las manos de un prestidigitador.

Y estuve hasta el final viendo aquellas hojas,
hasta que me dije: "No son hojas;
¿es que no ves que son días y días,
los días y días de setenta años?"

¿Y por qué me torturas con hojas
y con las pequeñas partidas que contienen?”.

(Ríe).

- Y que otra relación encuentra entre el Derecho y la literatura...

A mí me parece muy bonito ver cómo el Derecho ha terminado siendo un tema o un elemento de estudio para novelas o cuentos. Los abogados no se toman muy en serio la literatura, pero creo que si se leyeran ciertos libros de literatura terminarían encontrando grandes enseñanzas jurídicas y políticas. El ejemplo que usualmente pongo está en *Los viajes de Gulliver*, de Swift.

Además, muchas veces la literatura sirve de espejo para el abogado, porque le permite ver cómo los ve la sociedad. Supongo que los abogados somos un poco... onanistas, ya que estamos mucho tiempo metidos en nuestro mundo, y en esa medida el hecho de que la literatura nos muestre cómo se nos piensa desde afuera, resulta muy interesante.

Me acuerdo de algunos casos: uno de ellos está en un cuento de Cortázar que se llama *Las puertas del cielo* en el que se describe un congreso de abogados, se lo recomiendo. También me vienen a la mente los ejemplos que pone Dickens o Moliere –quien también estudió Derecho– en los que se ve a los abogados como unos personajes enredadores, tramposos, o que legitiman a los personajes más siniestros, lo que pasa –por ejemplo– en *Oliver Twist*. Con esto no digo que los abogados

sean así, pero sí creo que es la percepción de una buena parte de la sociedad.

- Y usted, Jorge, ¿por qué estudió Derecho?

¿Por qué estudiar Derecho?... no estoy muy seguro. Yo quería estudiar Filosofía o Literatura, pero cuando le planteé eso a mis papás hicieron feás caras, así nunca hubieran dicho que no. Mi papá dijo que debía pensarlo mejor porque iba a terminar de profesor, y eso indicaba, más o menos, que tocaba conseguir otra carrera. Pensé en muchas cosas, y creo que escogí Derecho porque creí que se parecía a la Filosofía: que iba a leer muchísimo y que más que todo era una cosa de cultura general.

Fundamentalmente, por esas razones escogí Derecho. No tenía ni idea de qué era lo que estaba haciendo, en lo absoluto. Nunca supe qué era la carrera ni cómo se ejercía ni nada. Sólo pensé que iba a leer mucho.

- ¿Y qué resultó cuando empezaron las clases?

(Ríe) Pues, supongo que todo lo contrario. En toda la carrera, yo no recuerdo haberme leído un libro completo, ni uno.

Los dos primeros años fueron más o menos interesantes, porque habían cosas de teoría jurídica, constitucional y problemas teóricos que sí se parecían a lo que yo quería, pero de ahí en adelante, cuando eso desembocó en la dogmática jurídica y procedimientos y cosas así, ya era claro que me había equivocado de carrera dramáticamente.

- ¿Y por qué no se salió?

Tuve una crisis después del primer semestre. Entonces mi mamá me atajó; el planteamiento de mamá era que me retirara, pero que entonces me pusiera a trabajar. Nunca se habló de “retírese y cambie de carrera” o algo así, de modo que para mí no era una buena opción.

Finalmente, como por inercia, seguí. Que yo recuerde, nunca pensé *¿qué voy a hacer cuando esto acabe?* Afortunadamente, porque me hubiera pegado un tiro; simplemente estaba ahí, y me iba tan bien que no había problema.

Ese fue el éxito de mis estudios: que yo nunca supe para qué estaba haciendo eso. Nunca me lo pregunté.

- ¿Y después de esa crisis, cómo fue avanzando la carrera?

Pues entre el segundo semestre y quinto año no pasó nada, absolutamente nada. A escondidas, yo compraba libros de filosofía y de literatura, y de eso me alimentaba.

Al Derecho le dediqué, hasta donde recuerdo, una hora diaria. Juicioso, eso sí. Y fue suficiente. Yo seguía, y para mí funcionó perfectamente: “Como vamos, vamos bien”.

En último año sí llegó la crisis grande porque había llegado el momento de preguntarme qué iba a hacer con el Derecho, y ahí sí todo fue horrible. Al menos ahí cobré conciencia de que esa carrera nunca la iba a ejercer, y que no sabía qué esta-

ba haciendo, pero estando en último año era un poco difícil retirarse. ¿Renunciar en noveno?... eso no se podía.

- ¿Y le tocó hacer consultorio jurídico?

Me tocó consultorio, que fue el clavo del ataúd. Entonces fue claro que como abogado, no servía.

- ¿Y qué casos le tocaron?

En un año tuve tres casos, nada más, así que creo que no tenía por qué quejarme.

Había un caso de laboral, que no avanzó mayor cosa. Otro caso que me dio mucho pesar fue el caso de un barrendero que había sido atropellado por un carro y que por eso estaba reclamando una indemnización, pero en esas llevaba casi veinte años. Más allá de que trabajamos, no hubo nada que hacer, eso no avanzó.

Y el tercer caso fue el caso más dramático de mi vida: el cliente era un inventor que se llamaba Jorge Enrique Rodríguez y el caso era un lanzamiento de los inquilinos de una casa que él tenía arrendada.

Nunca había conocido a un tipo tan intenso y tan desagradable como el señor Enrique Rodríguez... ni tan peligroso, porque uno le decía una cosa, él sonreía y decía que sí, pero después se iba a preguntarle a todo el mundo para verificar si lo que uno había dicho era cierto.

Llamaba a todas horas e iba a todas horas. Yo creo que él vivía por ese proceso, no creo que hiciera nada más. Nuca vi que trabajara, sólo se la pasaba en el consultorio jurídico día y noche.

¡Le metí un golazo! Bueno, creo que eso es lo mejor que he hecho en materia jurídica: estudiando las leyes de arrendamiento, encontré que para hacer un lanzamiento uno debía mandar un preaviso con seis meses de anticipación y por correo certificado; y resulta que eso no lo habían hecho. Entonces, yo le dije: “No, mi señor, esto toca hacerlo así; ni modo. Ahí está la ley. Entonces esta cosa la empezamos dentro de seis meses”.

Claro, cuando yo le dije eso, este tipo se fue de un lado para otro preguntándole a todo el mundo si lo que yo había dicho era cierto, pero al final ni modo. Aun así, en esos seis meses no dejó de buscarme día y noche. Después de los seis meses apenas alcanzamos a iniciar el proceso. Me admitieron la demanda y se acabó el año.

- ¿Y le tocó patinar juzgados?

¿Con mis tres procesos?... no, casi nada. Pero las seis o siete veces que fui a un juzgado, tenía que salir al siquiatra y gastar, más o menos, un mes en recuperarme.

Yo no sabía cómo era un juzgado, no tenía la más remota idea, y tenía la impresión de que podía ser como en una película gringa; así que tropezarse con la cruda realidad fue muy duro. Yo me sentía metido en un libro de Kafka todo el día y eso no era lo que quería. Ahí lo que sí aprendí fue que yo no podía ejercer el Derecho, por lo menos a ese nivel.

- ¿y en las clases cómo le iba?

¡Maravillosamente! Como en mis clases todo era teórico y de pura memoria, entonces con memorizar bien, todo era un solo cinco. Me iba muy bien.

Creo que nunca entendí nada. Era muy buen memorista, pero no entendía de qué estaba hablando. Repetía como una lora y con eso bastaba.

- Y cuando se estaba poniendo la pinta de graduando, ¿qué veía venir?

Pues... entre el último año de Derecho y el grado yo pasé un par de años haciendo preparatorios y tesis, y eso adormeció un poco la crisis. O sea, durante esos años no pensé mucho, hasta que llegó el grado y una depresión horrible: no hablaba con nadie, me sentía infeliz... Al final tomé la decisión de hablar con mis padres y les dije que yo no quería ejercer la carrera nunca. “Qué pena con ustedes”, pero yo no veía cómo podía hacer eso.

- ¿Y después del grado qué pasó?

¡Ah!, bueno, eso mejoró: les pedí a mis papás un plazo de tres años para pensar, y en esos tres años yo me encerré a leer en mi biblioteca: leía de ocho a cinco y de cinco a siete jugaba básquet. No se cómo hacer para que vuelva eso otra vez. En esos años no hubo ninguna crisis.

El único problema que tuve fue con mis compañeros de facultad, porque ellos decían que yo era... un lucro cesante. Así que cuando logré que mis papás ya no se preocuparan por eso, mis compañeros se empeñaron en conseguirme empleo: más o menos cada quince días tenía que sostener una batalla con alguien que quería que yo trabajara en la oficina de *no sé quién* o en la empresa *no sé cuál*.

- ¿Y qué le ofrecieron?

Varias cosas, la que yo más recuerdo fue un trabajo en la Corporación Las Villas. A eso me llevó un amigo que ya murió: Fernando. Él me llevó a rastras porque yo no quería ir, y como último recurso de defensa me llevé un librito, un librito de poesía de T.S. Elliot.

Entonces entramos, y estaba esta señora Amparo... Amparo Coronado, que era la jefa de toda la parte jurídica de Las Villas. Muy, muy inteligente la señora.

Yo no hice la entrevista, Fernando la hizo por mí, y él, descaradamente me iba vendiendo a la señora: "*Que mire, que este tipo puede hacer esto y lo otro*". Yo no decía ni una palabra; de pronto la señora se fijó en el libro y me preguntó qué estaba leyendo. Le dije que era un libro de T.S. Elliot en la traducción de Harold Alvarado Tenorio, y ella me dijo "¡Ah! mire, yo estoy leyendo a Cavafis..." y nos pusimos a hablar de literatura.

Después de un rato de hablar de literatura ella me preguntó si yo quería el empleo, y le dije que no, que no tenía la mínima intención, que no me interesaba en lo absoluto trabajar hacien-

do daciones en pago y echando gente de las casas, que yo solo había ido por mi amigo. Entonces se volvió hacia Fernando y le dijo: “¡Déjelo! Si el quiere ser escritor o profesor, ¿usted por qué se mete?”.

¡A la salida, Fernando me dio un puñetazo inmenso!

Otro trabajo que me ofrecieron fue el de jefe de personal del periódico La República. Ese me lo consiguió un amigo que se llamaba Raúl. Dedicó todo un fin de semana a explicarme en qué iban a consistir mis deberes. Recuerdo que me mostraba los afiches que el sindicato le había puesto, insultándolo y amenazándolo de muerte. Y me mostraba... no se cómo llamarlo... un prontuario de los trabajadores. Y de buenas a primeras, me dijo: “Mire, la próxima semana, cuando usted empiece a trabajar, tiene que echar a este, a este y a este”. En algún momento se me ocurrió preguntar por qué, me señaló a uno de ellos y me dijo: “Mire, este tipo es muy fuerte aquí en el sindicato; se le ha detectado un cáncer, pero el tipo no ha avisado todavía a la compañía, entonces, si lo echamos esa plata no se tiene que pagar”.

Entonces yo le pregunté cómo se echaba a una persona si no había hecho nada, y me dijo: “Mire, usted va caminando por un pasillo, se tropieza con él, lo mete en un salón, se lleva un testigo, le hace un disciplinario y lo echa...” Esa noche tuve una crisis nerviosa: tuvieron que llamar al siquiatra y estuve dos días dopado. Después de eso, nada.

¡Ah!, antes de eso presenté el test psicológico para entrar a esta empresa, y lo hice lo más honestamente que pude. Cuando

terminé, la psicóloga me preguntó si yo quería ese puesto, y le dije que realmente no. Me dijo: “Con razón, este puesto no da con el perfil. Usted está aplicando para jefe de personal y acá se nota que a usted no le gusta meterse con la gente, que detesta la cosa social y que no es bueno para las relaciones interpersonales”.

- Ya que le habían ofrecido trabajos en periódicos, ¿por qué no siguió el camino de otros que fue el periodismo?

De hecho, cuando este hombre me ofreció lo del periódico, yo pensé en eso; pero cuando vi de qué se trataba, me di cuenta de que no tenía nada que ver. Y pensé: “Si me quiere llevar a que escriba, eso sí lo hago”. Pero cuando llegué allá, resultó una cosa muy distinta.

Sí hice unos intentos en los periódicos, pero finalmente querían cosas muy específicas. De hecho, querían que fuera redactor judicial, y de eso a litigar no encontré mucha diferencia, así que no lo hice.

- ¿Qué pasó después de que le ofrecieron estos trabajos?

Después empecé a estudiar Filosofía, que era lo que debía haber estudiado desde los dieciocho (ríe). En ese momento ya tenía veintiocho años, pero *más vale tarde que nunca*.

Yo siento que frente al Derecho falta dejar en claro qué es lo que se hace y que para hacerlo hay que tener cierta vocación.

Eso no se lo enseñan a uno: que el mundo del litigio y de la asesoría requiere cierto carácter.

Es raro, porque un médico sabe que tiene que tener cierto tipo de vocación o se friega, lo mismo un sacerdote, y hasta un ingeniero, pero es curioso, el Derecho tiene una apariencia muy flexible; entonces si uno no cuadró en otra cosa, “metámonos a derecho, que de eso algo sale”. Yo veo mucha gente que se mete a la Facultad de Derecho sin saber exactamente de qué se trata la carrera ni qué va a hacer con eso.

A mí me gustaría que en primer año llevaran a los estudiantes a un juzgado y les dijeran más o menos qué van a hacer; que los metan a los juzgados para que sepan cómo es, que los pusieran a patinar un poco. Sí, el primer semestre debería ser de patinada, y si les gusta, pues chévere, que sigan.

La primera clase de Derecho que yo dicté fue para los estudiantes del Gimnasio Moderno que querían entrar a las facultades de Derecho. Entonces les expliqué toda mi experiencia y les dije más o menos cómo era un juzgado, cómo uno encontraba los bultos y los costales con expedientes. Esa fue la primera clase, después les dije: “Bueno, en la próxima semana empezamos a mirar el Código Civil, si todavía tienen ganas de estudiar esta vaina”. Y logré que muchos se retiraran.

- ¿Cuándo empezó a ser profesor?

Empecé a ser profesor cuando un compañero de la Facultad de Filosofía, Carlos Cardona, me propuso que fuera a dictar clases de Filosofía a un colegio donde él enseñaba. A esas al-

turas yo no había acabado la carrera, pero como tenía el título de abogado –ahí es cuando el título sí funciona– ya podía ser profesor. En ese mismo momento me propusieron que dictara una clase en el Rosario.

- ¿Qué clase era en el Rosario?

Filosofía y Literatura, en la Facultad de Filosofía. Les dictaba a mis propios compañeros. Terminábamos una clase, yo me pasaba del pupitre al puesto de adelante y dictaba la siguiente.

- Y entre ese momento y este ¿qué más ha pasado?

Después de eso todo fluyó, porque a la larga ser profesor es una forma de estar en el mundo de los libros, que era lo que yo quería. Es decir, ser profesor es una forma de ser lector. No es lo ideal, lo ideal sería que uno se encerrara en su casa a leer y le pagaran por eso, pero esto funciona. Uno lee, va a clase y habla de los libros que leyó. De eso se trata.

Entonces ha sido una buena forma de ejercer... aunque no se muy bien qué. Creo que mi profesión son los libros, creo que ejerzo los libros. Desde ahí no he tenido ni duda, ni problema, ni crisis. En general, me la paso bien.

- Volviendo al tema de por qué estudió Derecho, ¿algunas circunstancias sociales influyeron en esa decisión?

Creo que por circunstancias sociales y familiares, las posibles elecciones que tenía eran muy limitadas: uno podía ser médico, abogado, ingeniero y quizás un par de cositas más.

Ser profesor, por ejemplo, no era considerado una profesión adecuada; yo nunca pensé ser profesor porque eso no estaba entre las posibilidades. Una vez pensé ser barrendero, pero nunca pensé ser profesor. Tampoco pensé estudiar Literatura o Arqueología o ese tipo de cosas...

Mis opciones eran más restringidas: yo no podía ser ingeniero porque las matemáticas me encantaban, pero me angustiaban mucho; no podía ser médico porque la sangre me produce desmayo, entonces *¿qué más podemos ser?: tocó ser abogado*. No había muchas alternativas.

Por el lado familiar también hay una presión muy sutil: a uno lo invitan donde *Fulanito* que es abogado y que tiene una buena biblioteca, o le dicen: “¡Mire, mire, ahí está el programa que le gusta!”. Papá me decía eso cuando veía una serie que se llamaba *The Paper Chase*, que a mí me hartaba sobremanera; yo me sentaba, veía esas cosas y pensaba: “tocará estudiar esto”, si todos están esperando que uno estudie Derecho *¿qué más?*

Hay una presión social muy sutil. Nadie le dice a uno “Usted nunca...” pero sutilmente dicen: “Usted no puede ser artista, no puede ser músico, no puede ser basquetbolista, no puede ser profesor...”.

- ¿Y de estudiar Derecho, qué le quedó?

En medio de todo estoy agradecido con la carrera, primero porque supe que eso no era lo que quería y pude descartarlo, y segundo, porque de todas maneras sí da ciertas bases. Tí-

midamente, en ciertas clases uno entendía algunas cosas de historia o de teoría y podía seguirles la pista.

Eso se está empezando a explotar. Un abogado ya no tiene que ser un litigante o alguien que hace trabajo de oficina; un abogado puede ser alguien que se dedica a la teoría. Yo creo que nosotros no teníamos esa oportunidad, todavía no la habíamos recibido. Si hubiera tenido esa oportunidad, la hubiera tomado de inmediato.

Yo veo que muchos estudiantes tienen esa tendencia teórica: les encanta el constitucional, los derechos humanos, pero no quieren ir a poner una demanda a un juzgado. Veo que para esas personas ya hay ciertos espacios —todavía pequeños—, pero ahora las universidades les brindan la oportunidad para que puedan desarrollar eso.

- ¿Qué otra cosa rescata?

Los amigos. Fue un gran grupo el que yo tuve; creo que eso me impidió salirme. Me divertía mucho con ellos, eran muy locos, muy, muy chiflados. Clase tras clase eran una sola carcajada, y todavía persiste el vínculo después de tantos años. Además, nunca se convirtieron en abogados serios: siguen siendo los mismos patanes; a los diez minutos de encontrarse ya se están tirando cosas por la cabeza y arrojando comida. Eso me parece lindo.

También me quedó una biblioteca buenísima. Papá, que estaba muy emocionado por el hecho de que yo finalmente me hubiera encarrilado, me dio una tarjeta de crédito para que

comprara los códigos. Entonces, yo acostumbraba comprar un código y tres libros de otras materias, y así fui haciendo la biblioteca.

Papá nunca se enteró –afortunadamente– del empleo de su tarjeta; a veces se quejaba y decía: “¡Huy!, las cuentas de los libros están grandes ¿no?”, y yo le decía que sí, pero que eso era así porque pedían muchas cosas en la facultad. Afortunadamente, nunca encontró la diferencia entre Bukowsky y el Código de Procedimiento Civil, a él todo le parecía material para la facultad, que todo era para mi carrera, y así armé la biblioteca, a fuerza de hacerle creer que estaba comprando libros de Derecho.

- Usted ha pasado por muchas facultades de Derecho, ¿qué cambios ha visto durante estos años?

Depende de las facultades. En unas no he encontrado ningún cambio, es impresionante. En otros casos, creo que sí hay cambios, porque ya se está empezando a depender menos de los códigos a *codiguiar* menos, a pedir menos memoria, a pedir más analítica y más casuística.

Creo que sí se nota que hay cierta evolución, también en el sentido de que hay materias que uno no veía: sociología, intereses antropológicos o psicológicos. Conozco gente que trabaja el Derecho desde la Psicología –eso nunca se nos hubiera ocurrido– y también otros que lo trabajan desde la Historia o la Filosofía.

En otros casos sigue siendo la cosa rutinaria, muy pegada al código y muy memorística que fue. Pero creo que ese esquema

va a tener que romperse muy pronto. Cosas como la Constitución de 1991 y cambios en la sociedad hacen que uno no crea en el texto del código, sino que necesite algo más. Creo que nuestra formación fue muy textualista, y nos estamos dando cuenta de que eso no ha funcionado, que socialmente ese apego al texto no resuelve nada.

- En pocas palabras, ¿qué le disgusta del Derecho?

Yo no diría que me disgusta, como no me disgusta el fútbol, solo que es el tipo de cosas que no me gusta jugar. No me siento hábil en eso: no sé jugar fútbol y no sé jugar el juego del Derecho. Creo que hay personas que pueden jugar el juego del Derecho maravillosamente bien. El problema es que a uno no le muestran de antemano cuál es ese juego.

- ¿Y qué le gusta del Derecho?

El hecho de que uno se empieza a poner un poquito más suspicaz respecto de las cosas. A la larga, un abogado es un tipo malicioso: piensa doble y sabe que lo pueden estafar. Y para gente como yo, que suele ser más bien idiota a la hora de vivir, ese tipo de enseñanza ayuda un poco.

Uno sí ve que *el hombre de la calle*, el que tiene unas nociones más o menos vagas del Derecho, comete torpezas, pierde un montón de plata y se mete en unos líos tremendos por tontearías. Entonces, por lo menos uno no se deja meter los dedos a la boca tan fácilmente... ¡Pucha!, ¡por lo menos no me pueden tumbar tan fácil!

Este libro fue compuesto en caracteres
Simoncini Garamond 11 puntos, impreso sobre
papel propal de 70 gramos y encuadernado con
método Hot Melt, en el mes de agosto de 2010,
en Bogotá, D.C., Colombia

- Diez personas que estudiaron Derecho pero decidieron no seguir con el ejercicio tradicional de sus carreras nos hablan de su vida, de sus años como estudiantes, de cuáles fueron los momentos que les hicieron definir sus perfiles y encontrar su vocación.

Álvaro Castaño Castillo, Alonso Sánchez Baute, Felipe Zuleta Lleras, Fernando Pradilla, Jorge Iván Salazar, Juan Carlos Irigorri, Juan Gabriel Vásquez, Juanita León, Martha Senn y María Isabel Rueda son los personajes de esta obra. Cada uno con su estilo, sus ideas y sus historias nos dicen por qué *La profesión va por dentro*.